

Nostalgia por Las Ranas



Cale Agundis

Nostalgia[©]
por las ranas

Nostalgia por las ranas

Diseño y formación:

DG Gabriela Tristán Alvarado

Departamento Editorial y de Publicaciones

(Talleres Gráficos Universitarios)

Primera edición

Derechos Reservados por

© Cale Agundis

© Universidad Autónoma de San Luis Potosí

ISBN: 978-607-9343-89-7

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra esta protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños o perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin el consentimiento por escrito del editor.

Editorial Universitaria Potosina

Con sencillez, porque no hay palabras que capten la emoción de su recuerdo, quiero dedicar este libro al hombre que me formó como un ser humano integral, al que sembró en mi la semilla del amor por lo bello, lo noble y lo justo; a quien me alentó a escribir. A quien tanto me amó y a quien amo tanto: Mi padre el doctor Rafael Agundis Oliva

A mi madre Elia Aguilera Hernández, quién ha sido fuente de inspiración en todo momento, y a mis hijos Gustavo Alberto y Sabrina.

Índice

La última rosa	7
¡Al final lo lograré.....	10
60 Navidades.....	14
Coctel de frutas	18
De rincón a rincón.....	23
Detrás de la puerta.....	27
Con el viento a mi favor.....	34
Conchas duras.....	36
El alma traviesa.....	41
El globo chillón	45
El payaso plateado	49
El piano de papá.....	53
La cápsula del tiempo	58
La muñeca de Lucía	62
La trotamundos	66
La varita mágica.....	72
Los frijoles de otra casa.....	75
Mi amigo Chuy	78
Mis recuerdos olvidados	82
Cinco palomas	84

Los piquitos de María.....	87
Guerra de luces.....	92
Fuga de caracoles	96
Bolitas de aire.....	101
El columpio solitario	111
El huerto mágico.....	114
El pan de canela	116
Ranas y sapos.....	119
La cucaracha con buena racha.....	122
Mundos paralelos	126
Sabio corazón	132
Super ña por accidente.....	136
Una ciudad de marfil	143
La cereza del pastel	149
Nostalgia por las ranas	154

La última rosa

¿Quién no ha llorado la muerte de un papá, de una mamá, de un hermano, o de un mejor amigo?

Cuando niña, mi papá sembró en el jardín de la casa muchos pinos, abetos, pirules, ahuehetes y, también muchas flores, pero entre las que recuerdo que le agradaban mucho, estaban las rosas.

Sembró rosales por donde quiera, y de todos colores, pues decía que tan lindas eran las blancas como las rojas, las amarillas como las coral... los rosales siempre se caían de flores... yo solía salir a jugar al jardín y cuando terminaba, cortaba una rosa color coral (mi favorita); la olía tanto que casi arrancaba el aroma con mi nariz, y después la esculcaba y le revisaba que no guardara ningún animalito que fuera a sorprender a mi mamá.

Nuestra mesa del desayunador siempre estaba adornada con algunas de las rosas multicolores del jardín, no recuerdo que nos regañaran alguna vez por cortarlas, pues si no era yo, mis hermanos también se encargaban de llevarlas a la mesa. Había muchas, muchísimas en nuestro jardín, era una dotación espléndida que Dios nos regalaba día con día.

Recuerdo como cosa graciosa que mi mamá se quejaba siempre de que los “jardineros se robaban sus rosas” ¡En verdad no

sé cómo hacía para contarlas...! Pues calculo que eran unos cien rosales.

Cuando el invierno llegaba, una tristeza invadía mi corazón: Los rosales, todos, se secaban y se morían por completo quemados por el frío. Y aun así no recuerdo un invierno que mi papá no haya salido al jardín a regarlos, cada mañana antes de irse a trabajar, se congelaba sus manos con el agua helada, y cuando le preguntaba que si le dolían por el frío, sólo me alzaba las cejas esbozando una sonrisa expresiva en su cara, lleno de encanto por lo que hizo. Nunca las dejó de regar, porque para él eran un símbolo de amor, una caricia, una promesa... el recuerdo de un beso olvidado...

Mayo llegaba y las rosas comenzaban a brotar como estrellas bajo un encantamiento milagroso y sorprendente, pues de la nada florecían, impregnando el viento y el ambiente de aroma floral que agitaba a las mariposas, cada una aclamaba a los cielos libertad.

Mi papá era el ser más feliz del mundo al ver aquel abanico de colores que la naturaleza nos ofrecía día a día. Con sus guantes de jardinero cortaba algunas rosas rojas (sus favoritas) para regalárselas a mi mamá para la mesa del comedor. Siempre la fresca presencia de las rosas de mi papá por toda mi casa.

El tiempo pasaba... mi papá iba envejeciendo, y con él algunos rosales muriendo, algunas rosas intentaban defender su condición, a pesar de las soberbias espinas. Hubo días, meses en que nadie las regaba, y cuando llegaba el crudo invierno, la pérdida de todas ellas era inevitable. Y aun así, mi mamá cortaba las rosas secas y las pintaba con espráis metálicos: rosas, plateadas y doradas, haciendo hermosos arreglos florales con esferas que hacían lucir linda la mesa en navidad, capturando el primaveral encanto de cada una de ellas.

El escenario, poco a poco, se iba a apagando hasta que sucedió... La tarde murió, un junio del 2008, junto con mi papá y sus rosas, como llega la vida con sus ilusiones, como se va la vida, con sus nostalgias, por más líquido vital que les echaba para verlas erguidas otra vez. Su frescura se había ido con su aroma, con su beso olvidado.

Pasaron cuatro veranos, y este mayo los rosales de mi papá renacieron, uno a uno, las rosas rojas son como su corazón, volteo al sol y le mando un beso al cielo, que sólo él podrá recoger; y espero una señal de que ya tiene mi beso abrazado, que me hace suspirar, que me hace llorar. Mi papá entregó el alma en sus rosales, cautivando su corazón, que mientras este ahí, estoy segura, seguirán floreciendo cada mayo...

Mientras existan esas rosas, confiaré, mientras existan esas rosas, creeré y mientras Dios exista, esperaré a mi papá, aunque sólo quede la última rosa en su jardín.

Donde hay flores, hay fe; donde hay fe, hay amor; donde hay amor, hay paz; donde hay paz está Dios y donde está Dios está mi papá.

La esperanza es la alegría de los buenos, la reflexión de los sabios, y por sobre todas las cosas, el amor es: El asombro de los incrédulos.

¡Al final lo lograré!

Adrián está listo, su mamá lo envió al mercado a comprar masa de nixtamal y 100 hojas para los tamales, la sal, los chiles y 2 kilos de pollo...

Adrián es un pequeño de 9 años y, es un niño con Síndrome de Down. Su mamá, como es una persona humilde no supo la causa de su enfermedad; su papá, los abandonó cuando él nació. Él es un poco lento en sus actividades, pero bien sabe llegar al mercado a comprar lo que su mamá le ordena, las personas de ahí ya le conocen y, como un ángel, llega irradiando luz, pues Adrián no habla, pero se hace entender con puras sonrisas... es un pequeño que jamás se enoja y que no sabe de la crueldad de la gente... y tuvo suerte, porque en el pueblo donde él vive, Jesús María, todo el mundo lo quiere y lo cuida como un ángel de verdad...

Esa mañana amaneció muy fría, Adrián solo trae puesto el suéter azul marino del colegio, no tiene más para cubrirse, y aunque vive solito con su mamá, y son muy humildes, su madre siempre lo trae muy limpio.

Llegando al Mercado de la Salud, el pequeño se va al puesto de doña Esther, compra la masa y compra las hojas de tamales, ella le regala una naranja, que Adrián guarda en su bolsillo; después, se va con Juan, el carnicero, quien le pone los 2 kilos

de pollo, y le guiñe el ojo cuando le da su pedido. Finalmente, se va al puesto de doña Lola, una vieja chismolera y gruñona, que pareciera ser que solo la presencia de Adrián la conforta, y quien también le regala al niño un puño de cacahuates, junto con los chiles.

Viene Adrián por la banqueta, con su bolsa del mercado y feliz por los regalos que le dieron. En el camino, se encuentra a una señora con su bebé pidiendo caridad, Adrián saca su puño de cacahuates y se los pone a la señora en su mano, se los regala con una sonrisa, la que le devuelve la humilde señora con una chispa en sus ojos de agradecimiento.

Llegando al cuartito en donde viven, su madre ya estaba tronándose los dedos, muy angustiada, porque Adrián se tardo más de lo debido y ella tiene que tener listos los 100 tamales que venderán en la noche, cerca de la gasolinera.

Adrián siempre ayuda a rellenarlos, lo hace con mucho gusto, pues todo el dinero que sacan lo usan para vivir; él es consciente de eso, así que el muchachito lo hace lo mejor posible. Aunque hace un tiradero con el guisado, su mamá jamás lo regaña, al contrario le alienta y le dice que su trabajo es bueno; él, sólo se chupa el labio de abajo y le sonrío y sus grandes ojos cafés son como dos canicas ámbar que llenan de alegría su pequeño hogar... se sienta cruzado de piernas y deja ver sus calcetines llenos de hoyos, y sus botitas rotas; ellos no tienen más, sólo se tienen el uno a otro, y una vaporera de tamales calentitos que deberán vender sin falta a las 7 pm.

La noche está muy fresca, Adrián y su mamá bajan la vaporera de la estufa y la ponen arriba de una tablita con ruedas, tipo carrito, que hizo el niño en un taller de manualidades en una de sus terapias; se lo hizo a su mamá, para que no cargara la olla de los tamales. Salen los dos, lo primero que sienten es el aire

helado en la cara. Los dos jalan el carrito hasta la gasolinera, se instalan en un rinconcito y Adrián saca su letrero: “*Se venden tamales y atole*”.

Pero pasa mucho rato para que llegue su primera venta, aunque no es muy grande, al menos se fueron los 20 primeros tamales, Adrián guarda los 160 pesos en una cajita, que decoró en otra de sus clases, en donde puso muchos letreros que dicen “Al final lo lograré.”

Cerca de las 10 de la noche, llevan la mitad de la venta, Adrián se está quedando dormido, sentado en la banqueta... su mamá acaricia su cabello... como símbolo de calma, parece que ya no vendieron nada más. Levantan su vaporera y se regresan a su casa, caminan 4 cuadras para llegar, las dos últimas cuadras, el niño se sienta en el carrito, rendido por el frío y el cansancio, por lo que su madre se quita su chal y lo tapa, aguantándose ella el frío y el dolor de sus manos congeladas por jalar el carrito hasta llegar a casa. En peso, acuesta a su niño en el catrecito, mañana será un día difícil para ambos, pues tienen que ir hasta Aguascalientes, al CRIT a tomar las terapias.

Amanece en Jesús María. Adrián despierta a su madre; está emocionado, porque le toca su rehabilitación dentro de la alberca, ya empacó los 50 tamales que no vendieron la noche anterior para regalarlos a sus terapeutas y a las personas de intendencia que tanto le consienten y le ayudan.

De regreso de sus terapias, se cansa mucho... su madre lo toma en brazos y lo carga hasta la parada del camión. La pobre ya no puede con su peso... Adrián se despierta abrazado del cuello de su madre, quien lo trae cargado en su regazo como el tesoro mas valioso que ella pueda tener... se da cuenta de que ella apenas puede con él, y la abraza tiernamente... le dice con su vocecita dulcemente: –Gracias, mami. Ella rompe en llanto.

Es la primera vez que lo escucha hablar... Está tan emocionada que su carga se aligera al saber que todo está valiendo la pena... Adrián ve que su mamá trae seca la boca, y saca la naranja de su bolsillo... la cual saborean juntos mientras esperan el camión de regreso a casa. Están listos para comenzar a preparar los 100 tamales que deberán vender para comer mañana. Sin duda cada día una nueva esperanza nace para ellos; cada que amanece, el sol ilumina sus caras como diciéndoles miren: ¡Hoy tienen otra oportunidad...!

60 Navidades

La ausencia de mi hija mayor y de mi nieta, a consecuencia de su trabajo en el extranjero, me había hecho casi perder la esperanza y la ilusión. Y con ello, recordar la primera vez que tuve noción de la Navidad.

Los recuerdos empezaron a volver a mi mente, uno a uno, mientras que mi tren eléctrico daba vueltas alrededor del pino navideño.

Yo tenía 6 años de edad, pertenecía a una familia humilde. Papá trabajaba en una joyería y mamá se dedicaba a la casa. Yo tenía 3 hermanos más chicos. Mientras tomaba café caliente seguía recordando... Ese 24 de diciembre de 1955, mi casa estaba impregnada de delicioso olor a canela, papá le daba 15 centavos a mamá para comprar la fruta, y la tarea de mis hermanos y mía era, ir hasta el mercado grande a conseguir las frutas más frescas para cocinar el tradicional ponche. Recuerdo que mi mamá era la mejor cocinera del barrio.

Ese día, sentado frente a la estufa, mientras mamá meneaba las frutas cocidas, me imaginaba un lindo tren dando vueltas. Me gustaban mucho los trenes, y unas mil veces soñé con tener uno; esa misma tarde mamá me propuso que le pidiera a Santa Claus el tren que tanto quería, me explicó que Santa Claus era un lindo señor de larga barba blanca que vivía en el Polo Norte

y que traía regalos a los niños buenos. Como yo ya sabía escribir rápidamente elaboré una carta, y la llevé al correo, la metí en el buzón sin dirección... Por supuesto, sabía que le llegaría. Caía la noche, dejé a lado del nacimiento mis botas negras, recuerdo que eran los únicos zapatos que tenía, por lo que como situación graciosa, esa noche cené descalzo.

Mamá decía que los niños deberían de dormir temprano para que Santa Claus pudiera llegar, pero yo estaba demasiado ilusionado y no pude cerrar los ojos. A la mañana siguiente con el corazón desbordante de ilusión, me fui a ver mis botas, seguían ahí tal y como yo las había dejado... vacías.

Al recordar esto, sentí la misma sensación de tristeza de hace 54 años, los ojos se me rasaron, empecé a recordar detalles ya olvidados, el café que tomaba no me fue suficiente por lo que me paré a servir una copa de coñac, mientras seguía con la mirada cristalina el curso de mi tren eléctrico.

Esa triste mañana fui con mi mamá que estaba en la cocina, no tuve necesidad de decirle nada, con la voz entre cortada me dijo abrazándome tratando de dar una explicación:

– Tal vez estuviste despierto mucho rato y Santa no pudo llegar. Con un nudo en mi garganta omití la respuesta, cabizbajo salí de la cocina; estaba mi padre sentado en la salita que teníamos, me llamó, me sentó en sus piernas y acariciando mi cabello, me explicó que la verdadera felicidad de la navidad, no estaba en los regalos, si no en una mesa compartiendo la cena con los seres queridos. Pero esto un niño de 6 años no lo entendía y rompí en llanto, recargado en su pecho; entonces, papá sacó una moneda de oro de muy adentro de su bolsa del pantalón y me abrió el puño de mi mano diciéndome: –“Santa me encargó que te diera esto”, entonces la esperanza volvió a mi corazón.

Al año siguiente cuando yo tenía 7 años, al llegar la navidad, volví a llevar mi carta al correo, esta vez con más tiempo de anticipación, lo único que pedía era un lindo tren pero, curiosamente, de ese año no recuerdo mucho. Sólo recuerdo que mis padres discutieron mucho porque mamá había perdido el dinero que papá con mucho sacrificio había juntado para la cena navideña; lo recuerdo enfurecido, ese año no nos dejó poner el zapato en el Nacimiento. Seguro que Santa Claus no llegaría, y así fue. Nunca llegó.

En los siguientes años seguí llevando mi carta al correo, las dirigía al Polo Norte; nunca perdí la esperanza de que le llegaran. Hasta que cumplí 10 años, algo inolvidable aconteció en mi vida: – me levanté por otra copa de coñac, y respirando profundo volví a mi sillón reposit, desde donde al parecer, las vueltas de mi tren eléctrico me hacían recordar más y más los detalles ya olvidados –.

Ese diciembre de 1959, recuerdo a mamá radiante, más hermosa que nunca, cantaba muy lindo mientras preparaba el pavo y el tradicional ponche, un brillo en su mirada la caracterizó esa noche, plena. Después de cenar y de jugar un rato nos mandó a la cama, como cada año mi zapato era parte del adorno del nacimiento, y por supuesto, ya me había encargado de llevar mi carta al correo, aunque sabía que Santa no llegaría.

A la mañana siguiente, cuando desperté, ya no fui corriendo al nacimiento. Tranquilo me levanté para ir por un buñuelo a la cocina, que por cierto todavía saboreo en mi paladar su delicioso sabor a naranja y canela. Al pasar por la salita, algo vi de reojo, mi corazón empezó a palpar tan rápido que pensé que se me iba a salir, las rodillas se me doblaron y con los ojos como de plato me asomé al nacimiento, había debajo de mi zapato una gran caja envuelta de papel brillante color plateado, ¡creo que ha sido el día más feliz de mi vida! ¡Era cierto, Santa Claus existía!

Volví a experimentar esa sensación de felicidad y esperanza de hace 50 años, tomé el último trago de mi coñac y recargando mi cabeza en el respaldo de mi sillón, cerré los ojos, volví a ver mi grande caja plateada, con un moño rojo ¡tan lindo!, por fin tenía un tren, ¡ha como lo recuerdo!

Años después como cosa curiosa me enteré, que mamá no había perdido el dinero de la cena en aquella ocasión, si no que los había ahorrado para comprarme mi tren.

Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas. Comprendo el sacrificio que hizo mi mamá para darme gusto, mi alegría era su mejor regalo. Cómo añoro tener 10 años, a pesar de que éramos muy pobres teníamos la verdadera riqueza en la familia, eso era lo que mi padre siempre me decía y nunca lo logré comprender si no hasta hoy, que lo tengo todo, menos a mi hija y a mi nieta. Suspirando por ellos me quedé profundamente dormido...

De pronto el timbre insistente de mi portón me sobresaltó, con gran pereza y limpiando los residuos de lágrimas de mi cara, fui a abrir, mientras que una linda vocecita me gritaba —¡Feliz navidad abuel! No lo podía creer, era mi pequeña nieta con Elena, mi hija. Abrazándome me dijo —¿Hay lugar para dos en tu mesa, esta navidad?

Sollozando como un niño levanté la mirada y le di gracias a Dios, mi Padre Bueno, que me ha permitido vivir 60 navidades y sigo creyendo en Santa Claus, que por segunda vez en mi vida, me ha traído lo que más anhelaba.

Saqué de mi bolsa del pantalón la moneda de oro que papá me dio cuando tenía 6 años, aún la conservo pues todo este tiempo la he llevado como amuleto de la buena suerte, la vi brillando más que nunca, fuertemente la apreté entre mi puño, sabía que había llegado la hora de regalársela a mi pequeña nieta.

Coctel de frutas

Era una delicia, un acontecimiento, y toda una tradición, cumplir años.

Cuando era chica, más que ni las fiestas que nos preparaba mi mamá, o el no ir al colegio ese día, la emoción era a la hora de ir a la casa de mi abuela, a “recoger los regalitos que me tenían” Desde en la mañana, esperaba con ansias su llamada por teléfono para felicitarme, y culminaba con un “te espero al medio día para darte tu cuelga” y entonces la media mañana se me hacía eterna...

Y no era que mi abuela nos diera los mejores regalos de cumpleaños, pero era muy acertada con los gustos de todos; yo, no recuerdo que les daba a mis hermanos, pero a mí, siempre me daba lo mismo, y cada año me llenaba mi corazón de ilusión y felicidad...

Eran cuatro regalos... El primero, consistía en una caja enorme, de juego de té, ya sabrán: platitos, tazas, cucharitas, la tetera, que hacía un kit como de 50 cosas, ¡Suficiente para jugar todo el año!

El segundo regalo era muy especial, no sé de donde, ni como, cada año, me conseguía una cajita de música, con un vals diferente, recuerdo: el Vals de las Flores, del Cascanueces de

Tchaikovsky; Sobre las Olas, de Juventino Rosas; Danubio Azul, Suite de la Bella Durmiente del Bosque, el vals del Lago de los Cisnes, de Tchaikovsky.

Dentro de esa cajita, se encontraba el tercer regalo: una cadena de oro con un dije muy especial para mí... Un elefante de la buena suerte ó un Mickey mouse ó una sirena; algo lindo, de oro, siempre de 24 quilates. Lo envolvía en un micro costalito.

El cuarto regalo, era realmente especial, único ¿Saben que era?. Era un refractario de coctel de frutas, pero no era un coctel cualquiera... Era especial, porque lo preparaba conmigo. La cocina de mi abuela era chiquita, recuerdo la barra de piedra, en tonos grises y azules.

Un ventanal enorme que daba al jardín, siempre lleno de árboles frutales y pajaritos cantando; las ventanas siempre abiertas por donde se colaba el aire helado de diciembre, mes de mi cumpleaños.

Ella lavaba mis manos en el fregadero con un “jabón nórdico verde” y me sentaba sobre la barra de la cocina a que le ayudara a preparar el coctel que me llevaría a casa.

Con voz dulce, tierna, me daba instrucciones, tenía que ir vaciando los ingredientes al refractario y me recalaba: –Es el coctel de la buena suerte, me decía: El melón representa a los sentimientos, la sandía representa tu frescura, la uvas lo dulce de la vida, el mango tu sabor de niña, los gajos de naranja tus años cumplidos... (Aquí siempre vacilaba, porque si cumplía 8, 9 o 10 años no le iba a poner ese número de gajos, así que me decía: Como ya estás viejita creo que pondré muchos gajos, y mientras yo me reía, ella metía unos en mi boca), las nueces serán los deseos que se te cumplirán en el año; las cerezas rojas, los besos que te darán tus papás; las cerezas verdes, los besos

que te darán tus hermanos, las pasitas todos los dieces que vas a sacar en el colegio y, finalmente, y aquí era en donde estaba el secreto de ese coctel tan delicioso, me decía: “Ahora las gotas de la felicidad y lo bañaba de refresco Barrilito de piña” ¡Hay que mezclar todos los sentimientos para llevar una vida feliz! Con un palote de madera, revolvía hasta quedar listo, lo tapaba, me bajaba de la barra, y me daba un beso y me abrazaba deseándome el cumpleaños más próspero y feliz, ¿y quién no lo iba a tener con tanto lindo detalle?

Ese coctel lo disfrutábamos todos, nos lo chiquiteábamos, mi mamá nos lo servía en copas de cristal y era nuestro postre por tres o cuatro días.

El tiempo pasó; cuando yo tenía 14 años, mi abuela murió. La noticia me entristeció mucho, ella ya no estaría conmigo... Bajo las hojas secas de otoño le di el último adiós.

Era el final para sus pies cansados por tanto recorrido, era el final de una de sus tantas historias tejidas con su hilo infinito, el final de las caricias que mis hijos ya no disfrutarían. Adiós a mi abuela, mi amiga, la mujer, la niña, al zurcido de suspiros.

Era ella como mi madre pero con una rica cobertura de dulce, sostuvo tantas veces mis manos por un rato, pero ha sostenido mi corazón para siempre.

En mi cumpleaños número 15, al medio día, llego mi papá de trabajar y traía algo en su mano... era un regalo para mí, que me había dejado mi abuela, me puse a llorar cuando me di cuenta de que hasta en su último momento pensó en mí... Era una cajita de música, con “El Último Vals” (el Vals de las Mariposas...)

Dentro de la cajita, el tradicional costalito con un anillo, era una mariposa formada de zafiros.

Hoy, sigo preparando el coctel de frutas, en mi cumpleaños, y mientras lo hago con mis hijos se me viene a la mente el Vals de las Mariposas que no puedo dejar de cantar porque me acuerdo de mi abuela.

Le pusimos de nombre “Coctel Consuelo” (Consuelo era el nombre de ella) y le hemos agregado mas ingredientes, como el kiwi de la armonía, la papaya de la abundancia, los duraznos que traen paz...Y créanme, ese coctel, ¡Siempre me ha traído mucha suerte, felicidad y consuelo a mi vida!

Hoy, fui a mi cajón y abrí la cajita de música que me regaló el día de mis quince años, la tengo guardada entre las cosas más valiosas de mi vida, y sonó aquel lindo vals, cierro mis ojos y veo el rostro de mi abuela en mi mente, la siento viva en mí, porque no se muere cuando el corazón deja de latir, se muere cuando los recuerdos dejan de existir y canto la letra del vals para ella, muy quedito, casi en secreto:

*Paseando en tú jardín mil mariposas
comenzaron a decir cosas hermosas
la más bella de las mil, besa una rosa
y después se fue hacia ti, maravillosa.*

*Dime si tú, hoy,
quieres bailar con el son de
el vals de las mariposas conmigo.*

*Quiero bailar, si
quiero bailar con el son de
el vals de las mariposas contigo.*

*Cada día en tu jardín te veo hermosa
como una de las mil, mil mariposas
tú me enseñaste a bailar entre tus rosas
una tarde como ayer, maravillosa.*

Al ritmo del Vals de las Mariposas, huelo su terciopelo rojo, aun sale el aroma al jabón maja que usaba mi abuela, más bien pareciera que en lugar de haber estado guardada en mi cajón, la cajita estuvo en el cajón de la ropa de ella, no sé cómo después de tanto tiempo, aun conserva su olor, ¿será un “no me olvides” que ella me manda? y se pierde entonces mi mirada en la pequeña bailarina de su interior, mis lagrimas ruedan por mis mejillas, entonces me sorprende un suspiro, dicen que un suspiro es el aire que nos sobra por alguien que nos falta... cierro la cajita, la beso y vuelvo a guardarla... porque tengo que continuar preparando mi coctel de frutas.

De rincón a rincón

Queridos lectores ¿Recuerdan lo que era una muralla?

Una muralla era un lugar en donde nos sentíamos seguros, el lugar que nos daba fortaleza, nos llenaba de amor, de apapachos, nido de secretos, donde compartíamos risas, donde nos peleábamos “los brazos de mamá o papá” el lugar que mil veces funcionó también de “tomblín” de casa de campaña bajo las sábanas ó un refugio en una noche de tormenta...

Precisamente estoy hablando de la cama de nuestros padres... ¿Quién no llegaba ahí a media noche cuando tenía miedo? ¿Quién no se sentía a salvo entre sus cobijas cuando enfermaba?

En el año de 1980 mi papá compró una tele visión a colores muy grande, era una ilusión llegar del colegio y quitarse los zapatos y acostarse en uniforme a ver la programación del canal 5, que empezaba desde las 3:00 de la tarde de lunes a viernes, con La Abeja Maya, Huckleberry Finn, Don Gato, Los Pitufos, La Hormiga Atómica, La Pantera Rosa, Supersónicos, Capitán Cavernícola, Mandibulín, Scooby Doo, He Man, Tierra de Gigantes, Auto Fantástico, Los Dukes de Hazzard, Crucero del Amor, Bj Mackey, Disneylandia, Danntana, Misterio en su Casa, Galería Nocturna.... En especial recuerdo una caricatura que se llama Sport Billy, que llevaba consigo una especie de maletita de donde iba sacando todo lo necesario para seguir adelante.

En ciertas ocasiones mi mamá llegaba con sándwiches calientitos para mis hermanos y para mi, teníamos unas mesitas plegables que usábamos como comedor, y lo divertido era hacerlo antes de que llegara mi papá quien nos tenía prohibido comer en las recámaras. Aunque también a veces él llegaba súper cansado y se acostaba, y yo le llevaba la cena a la cama, que devoraba con alegría agradeciéndomela mil veces... se la preparaba yo, y aunque fuera “una cochinadota” se la comía gustoso. Nos acostábamos todos a su lado, mi hermana le hacía cariños en el pecho, mi hermano se acostaba a sus pies recargando su cabeza en sus rodillas y yo en la otra orilla, acariciándole su cabello.

De cuando en cuando, en los anuncios, nos preguntaba, ¿Y cómo les va en el colegio? Y mi mamá quien también llegaba, empezaba a platicarnos de sus amigas, de las tiendas, del hijo de fulana, que necesitaba dinero para esto, para lo otro, en fin, se acababan los anuncios y ella no paraba de hablar, hasta que en coro le decíamos todos: —¡Deja oír! Y eso era todos los días...

Y qué decir, de cuando invitábamos a dormir niños a la casa, mi mamá nunca nos decía que no... muy contenta nos decía: “Nuestra casa de rincón a rincón es colchón”.

Esa recámara, de cama king size, con una cabecera de entrepaños de madera, que funcionaba también de escritorio para hacer las tareas, de casita de las barbies, tiendita, mesa... La cortina gris, la edrecolcha azul, siempre suavcita oliendo a shampoo, las sabanas color paja de ligeras flores rosadas, un tocador de madera igual a la cabecera con un espejo enorme en donde nos veíamos mientras brincábamos en la cama, y la tele nueva, donde girábamos la perilla para cambiar de canal o subir el volumen... el baño verde con negro, siempre impecable, oliendo a cloro, en donde había un lavabo elevado por patas de acero, mismo que tiré varias veces, porque me trepaba para

alcanzar a verme en el espejo... Esa recámara, que más que los muebles que la adornaban, era su calor humano lo que la hacía acogedora, comunidad de amor, risa y esperanza, era nuestro refugio, nuestra sala de reunión, fungió como cuartel durante años... en donde aprendimos los primeros valores, en donde aprendimos que más que la sangre, la familia era nuestro oxígeno para vivir, nuestra familia es el castillo del que partimos, llevando como escudo nuestros más recónditos recuerdos...

Hoy, la recámara está tal cual como cuando niña... sólo que ya no huele a cloro, a shampoo o a sándwich calentito, huele a nostalgia, a viejo, a abandono, ya no se oyen las risas y los pleitos por el típico: "Te toca cambiarle de canal". Se oye silencio, soledad, tristeza...

Y entonces, me recuesto entre sus almohadas suavécitas, se hunde mi cabeza en recuerdos, y pienso que llegó el momento de ofrecerles a mis hijos esa muralla, ese pequeño mundo de donde despegarán, y en donde ahora ellos son los protagonistas.

Cierro mis ojos... y entonces pienso que yo también porto conmigo una maletita mágica como la de aquella caricatura de "Sport Billy", maletita que mis papás elaboraron para mí, con tanta dedicación. De donde saco todo tipo de recuerdos, olores, sabores, risas, llantos, días de paz, fotografías, y todo tipo de sentimientos que me han servido durante toda mi vida para no olvidar mis raíces, para no olvidarme de la mujer que me dio la vida, para recordar quién soy y para saber que quiero hacer, y pienso que he recibido durante mi vida regalos muy bellos pero ninguno, como esa maletita que mis padres llenaron con tanto amor para que la usara durante el camino de mi vida.

Amigos, como madre que soy ahora, me llegó mi tiempo de llenar la maletita que portarán mis hijos en el transcurso de sus vidas, con cosas lindas como las que metieron en la mía con

tanto cuidado, pero claro, comencare a preparárselas sobre mi cama, que es también, ahora refugio de ellos.

QUÉ LINDOS LOS CAMINOS RECORRIDOS
DERRAMARON GOTAS DE CRISTAL EN ILUSIONES
EN LAS ALMAS QUE EL AROMA HA FORTALECIDO
A LOS NIÑOS UNIDOS POR LOS MISMOS CORAZONES...
EL MUNDO GIRA CON SU VIDA BREVE
LAS PERSONAS TRANSFORMAN EL MUNDO TAN RODANTE
GENERACIONES NUEVAS QUE RECUERDOS BEBEN
DESAFIANDO AL TIEMPO TAN SÓLO EN UN INSTANTE...

Detrás de la puerta...

MI nombre es Pablo, tengo 8 años de edad. Nací en la ciudad de Aguascalientes un 10 de diciembre del año 2004 en una familia normal, de papás amorosos. Tengo dos hermanas mayores: Paola de 12 años y Pamela de 15.

Cuando yo nací, fui la felicidad de mi abuelo paterno, también de nombre Pablo quien pensaba que “con pura vieja” se iba a acabar el tan reconocido apellido, pero yo vine a rescatarlo, vengo siendo “Pablo Escudero, quinta generación”.

Mis tres primeros años de vida transcurrieron tranquilos, no recuerdo mucho, era un niño querido, y me daban mucha atención mis papás, y de mis hermanas. Bueno, era el juguetito, me cuidaban, me ponían mi pijama...

Cuando cumplí cuatro años, me hicieron una linda fiesta de Toy Story, mi película favorita, rentaron un salón de fiestas y mi mamá de nombre Ana Gaby invitó a muchos niños.

Cuando cumplí 5 años, oí pelear por vez primera a mis papás o, más bien, era la primera vez que yo escuchaba detrás de la puerta y me di cuenta de la situación; ella le alegaba que le faltaba el dinero y él decía que no tenía... razón de más, por la que me quedé sin fiesta ese año, entonces mi mamá me festejó en mi salón de clases, y la escuché contando mentiras a las

demás mamás de que no me había hecho fiesta porque nos íbamos de vacaciones.

Aquí mi vida comenzó a cambiar, de ser el niño tan deseado y querido, pasé a ser el “te dije que sólo tuviéramos dos hijos”. “Pagué las colegiaturas de las niñas, de Pablito no, al cabo esta más chiquillo y si lo corren no importa”. “No gastes en ropa para Pablito, dile a tus hermanas que te regalen la que ya no usan tus sobrinos, al cabo ni cuenta se da”.

Hacían comentarios muy fuertes, los que yo siempre oía detrás la puerta. Mis abuelos me encontraban siempre llorando acostado en mi cama, y mi abuela, me llevaba a su casa y me consolaba toda la tarde...

No supe en qué momento mi vida cambio, y lógico que lo que también cambio fue mi aprovechamiento en el colegio, y aquí fue donde la bomba detonó. Mi mamá decía que yo era un burro: “Un inútil”, y yo me la creí... mi papá decía que no estudiaba, porque nadie me obligaba; ambos se “echaban la pelotita”, hasta que acabé con la psiquiatra. Me comenzaron a dar terapias todas las tardes, me catalogaron un niño con “déficit de atención dispersa con hiperactividad” ¿Qué era eso?

Escuche decir a la psiquiatra que se trataba de un trastorno del comportamiento, caracterizado por distracción grave, con periodos muy breves de atención y extremada inquietud motora... ¿Yo tenía todo eso?

Pues sí, eso parecía. Me empezaron a tratar como “un niño especial” y en el colegio la maestra dejó de prestarme atención porque “yo era el niño problema”.

Casi lo puedo decir que me ignoraba todo el tiempo. Esto llevó a quedarme sin amigos, y entonces entré en una terrible depresión.

Mis papás aumentaron sus pleitos, discutían mucho por Pamela que era “adolescente y hacia lo que se le pegaba la gana”. Paola se la pasaba en la casa de los abuelos haciendo pulseras. Mi abuela le compraba todo el material y, juntas las fabricaban; mi hermana las vendía en el colegio y el dinero se lo daba a mi mamá... quien se la pasaba horneando pays de queso toda la tarde para venderlos afuera del colegio y ayudar a pagar las colegiaturas... pues papá se había quedado sin trabajo.

¿Y yo? Aunado con mi trastorno de “déficit de atención dispersa con hiperactividad” me habían encontrado un segundo problema: “Síndrome Depresión Infantil”, este malestar psicológico lo sentía porque me entristecía mucho ver que, día a día, mi familia se desintegraba; vivía en un entorno gris, de gritos, maldiciones, discusiones, acusaciones, necesidades, y falta de amor.

Sentía mucha tristeza, irritabilidad, pérdida de interés, fatiga, sentimientos de inutilidad y culpabilidad... Tal vez sin mí, estuvieran económicamente mejor.

Una noche, acostado en mi cama, llorando como ya siempre lo hacía antes de dormir... llegó mi abuelo Pablo, y se acostó a mi lado, levantó mi cabeza y la puso sobre su pecho... mis lágrimas no dejaban de escurrir por mi cara, entre sollozos traté de contestarle lo que me preguntaba...

—¿Qué te preocupa, Pablito, que te pasa?

La primera pregunta: por supuesto él lo sabía, sólo quería ver mi punto de vista, desde la percepción de un niño de 8 años...

—En el colegio me dicen que estoy loco... no tengo amigos, pero eso no me preocupa, aprendí a jugar solo. Lo que me preocupa es que mis papás ya no se amen, y entre ellos no se soporten, dime abuelo: ¿Por qué el adulto es tan complicado?

El me miró con sus ojos cansados, pero llenos de experiencia, noté el brillo de una lágrima en su pupila...

—¿Y qué más te aflige Pablito?

La segunda pregunta: que también ya lo sabía, me solté a chillar en su hombro, ahora sí, estaba peor de “chilletas” que mis hermanas, quienes también se la pasaban llorando, ellas lo negaban, pero claro que yo, siempre las oía detrás de la puerta...

—Mi papá se quedó sin trabajo, Mamá con sus pays y Paola con sus pulseras están pagando las colegiaturas, menos la mía, tengo 5 meses atrasado y en cualquier momento me van a correr... Creen que porque estoy chiquito no siento.

Mi abuelo, se quitó sus lentes, los limpió con la solapa de su saco, pues se le habían empañado por las lágrimas, y mientras los limpiaba, me dijo de broma, para hacerme reír:

—¡Bueno y a ti qué si te corren, al cabo nadie te va a extrañar! Soltamos la carcajada los dos, después vino un silencio, el que aprovechamos para abrazarnos, sentí sus brazos fuertes aún, rodear mi cuerpo chiquito, inocente, frágil...

Con su voz ronca me explicó:

—Mi Pablito, la convivencia humana es lo más difícil que hay en este planeta, somos tercos, orgullosos, obsesivos, no sabemos perdonar, guardamos rencores mucho tiempo, somos seres materiales, pero aun así, somos capaces de sentir amor, emociones... tus papás ya no se llevan bien, más no quiere decir que ya no se amen, y aun siendo así, jamás van a dejar de amarte a ti. Pero hay ocasiones en que las cosas no salen como uno quiere, la vida, nos lleva por muchos caminos sinuosos, y eso nadie lo podemos evitar. Y para devolverle su comentario de broma de hace rato le dije:

—¡Entonces los que necesitan ir a las terapias con la psiquiatra son ellos!

Nos quedamos viendo... ¡Le había dado en el clavo! Nos reímos mucho rato, hasta que me quedé dormido, en sus brazos. Esa noche, se quedó conmigo...

A la mañana siguiente, Ana Gaby, (ya tenía yo mucho diciéndole así... le había quitado el nombre de “Mamá” desde que me había dejado de hacer caso) entró a mi cuarto, y me encontró abrazado de mi abuelo... a puro “grito pelón” me levantó para que me fuera al colegio.

Mi abuelo le dijo dulcemente:

—Cálmate mi niña, y dile a Juan Carlos (mi papá) que venga, quiero hablar con ambos...

Estaban mis dos papás en frente de mi abuelo... El y yo sabíamos perfectamente que esa cita se la había sacado de la manga, porque me volteó a ver por encima de sus lentes de aumento, así como preguntándome ¿Y ahora qué hago?

Pero este señor, mi abuelo, de 72 años, era más inteligente que todos, y no iba a dejar de sorprendernos... Sacó de su cartera mucho dinero, y les dijo: En este mismo momento, nos vamos al colegio de Pablito a liquidar lo que falta de sus colegiaturas. Y se arreglan porque después nos vamos a las terapias de pareja. Mis papás ni siquiera trataron de “alegar” porque ya conocían el carácter de mi abuelo...

Cuando nos quedamos solos... chocamos nuestras manos, y volví a chillar... pues aquel viejo de caminar lento y bastón me había regresado la vida y el entusiasmo. Llegamos al colegio... mis papás se fueron a liquidar mis colegiaturas y no sólo eso, mi abuelo también les había dado el dinero para que liquidaran

el resto del año y que yo, ya no me preocupara... me dijo: – Tengo que hacer una visita, llévame a tu salón de clases. Cuando entramos, los niños todos se pararon y saludaron: “Buenos días” en coro...

Mi abuelo se quitó su sombrero elegantemente y les dio la señal de “síéntense”... y se fue al escritorio de mi “maestra Chayo”... La vi que se puso pálida, pues se sabía culpable, era ella la primera que me había humillado y recriminado ante todo el salón, al referirse a mí como “El niño loco y flojo de segundo A”

Y le dijo con su voz ronca, más ronca que nunca; pero muy educadamente:

–Le doy una semana para que integre a Pablito otra vez a su grupo y hacer que los niños vuelvan a quererlo... de no ser así, váyase buscando otro trabajo... ¡Buenos días tenga usted!

Se retiró con aquel caminar pausado, me guiñó el ojo y me dejó ahí, en mi salón. Enseguida mi maestra Chayo, nos dijo que nos tocaba dirigir el lunes los honores a la bandera, que tenía que formar la escolta... todos los niños levantaron la mano, menos yo; sabía que yo sería al último que escogería, me quedé sentado dibujando en mi cuaderno mis monitos, como solía hacerlo cuando quería “ignorar” una situación que me lastimaba.

–Pablo Escudero, (dijo ella) ¡tú serás el abanderado! pasa al frente y escoge a los 5 niños con los que quieras formar la escolta...

Me sorprendí tanto, en verdad, tuve que aguantarme el llanto, me levanté de mi escritorio como el niño valiente que siempre he sido, y como nunca he tenido preferencias por nadie, bueno ni amigos, escogí al azar a cinco niños de la lista.

–Los números: 5, 13, 24, 17 y el 35. Esa misma elección de justicia la habría hecho mi abuelo. Eran dos niñas, Ana Karen y Jessy,

quienes se asombraron, porque también “eran niñas bulleadas” que repudiaba el grupo, y tres niños, Oscar, Alberto y Sergio.

Ese día, después de mucho tiempo de lonchar solo, lonché con ellos 5, hicimos un círculo y compartimos todo.

Cuando llegue a casa, note a mis papás mucho más tranquilos, a mi papá le habían llamado de un posible trabajo en gobierno, y no dudo que mi abuelo también haya hecho magia por ahí. Escuché de tras de la puerta de que mis papás sí habían ido a la terapia, y estaban platicando de que si ellos “estaban bien” todo su entorno les comenzaría a cambiar... y así fue.

Pamela dejó de ser la niña rebelde, Paola empezó a consentirme otra vez, y a decirme bebé, como solía hacerlo antes, mis papás nuevamente fueron cariñosos conmigo, Ana Gaby volvió a ser mi mamá. Y Mi papá y mi abuelo, mis mejores amigos.

Esa semana, ensayamos mucho la escolta, hasta que logramos marchar como soldaditos. También habíamos logrado hacernos los seis, muy buenos amigos.

Hoy fueron mis honores a la bandera, llevé a la casa una bella invitación, que entregué a mis papás. Cuando me pusieron la bandera, sentí los flashazos de las fotos, me sentí especial, único, vi a mis papas en primera fila súper bien vestidos, mi papá con su traje color arena, el que usaba en las fiestas de gala, y mi mamá bueno, ella siempre linda, esbozaba una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando iba desfilando, atrás entre toda la gente, vi a mis abuelos, él, me veía por encima de sus lentes, y cuando nuestras miradas se cruzaron, me levantó las cejas, como suele hacerlo cuando algo se trae entre manos...

Mi nombre es “Pablo Escudero” el niño valiente, guerrero y curioso, que percibe el mundo, detrás de la puerta...

Con el viento a mi favor

Una persona muy importante para mí, me dijo un diciembre, que esa era su última Navidad, le acosaba una terrible enfermedad y le quedaban tal vez cinco o seis meses de vida... rompí en llanto con él, mis palabras no tenían fondo, mi silencio y mis lágrimas le decían todo... me sentí tan conmovida, temerosa y vulnerable, hoy era él, y mañana podría ser yo, o tú, ó nosotros... le pregunté qué pensaba hacer al respecto... primero me miró, aun con una chispa de alegría, me dijo que se consideraba afortunado porque aun tenía tiempo de despedirse de los suyos, de abrazarlos y decirles cuanto los amaba, y todo lo hablaba en presente, nunca me dijo: “Cuando ya no esté” en ese momento sólo se me ocurrió decirle que Dios elegía a las flores más bellas para llevárselas al cielo en un racimo que adornarían su jardín paradisíaco. Nos comenzamos a reír, me preguntó qué de dónde sacaba tanta tontería, le dije que él me inspiraba tanta sandez, por lo que nos reímos más.

Comenzaba a hacer frío, estábamos los dos sentados en una banca fuera de la iglesia de San Francisco, y la tristeza me invadía nuevamente... me lo notó en seguida, y me dijo: –Mientras exista la montaña, mientras el ave emigre, mientras la mariposa busque tu cabello, estaré yo aquí contigo, tomó mi mano y la puso en mi corazón... me di a la tarea de grabarme su voz, de grabarme su risa, para recordarlo siempre... le dije: –¡Ya se! ¡Hagamos una actividad juntos, algo que jamás olvidemos!,

en eso pasó una señora vendiendo periódico, lo compramos y mientras charlábamos nos pusimos a hacer barcos de papel...

Colocamos varios en un charco de agua y me dijo; ¿Cuál eres tú? Escogí uno grande, fuerte reforzado... el escogió el más chico e indefenso, ambos parecíamos niños chiquitos, tras las lágrimas y las risas, ahora bailoteando y soplándoles a nuestros barquitos para que avanzaran...

El mío se fue de lado y el de él continuó... –Así es la vida, me dijo; todos arrancamos del mismo lugar, y en medio del camino unos van cayendo, no importa que tan fuerte o débil seas, lo que importa es la actitud, y un buen viento a tu favor... que es lo que te moverá a seguir para ser grande.

Finalmente murió, una tibia mañana de verano. Recuerdo su risa como agua cristalina, recuerdo el brillo en sus ojos, su rostro sereno dormido, y sus últimas palabras que me dirigió... lo que importa es la actitud y un buen viento a favor, ahora comprendo a que se refería... la actitud es nuestra pose ante la vida y el viento a favor nuestras experiencias... mi amigo sabio, mi héroe de mil batallas: Mi Padre...

Con Actitud y con el viento a mi favor, desde ese día comencé a vivir mi vida plenamente porque, si bien es cierto que “cuando la vida te presente razones para llorar, demuéstrole que tienes mil y una razones para reír”.

Conchas Duras

Cuando apenas era un chiquillo, vivíamos en un pintoresco pueblito llamado Villa de la Paz, cerca de la ciudad de San Luis Potosí. Era hijo de una de las familias gambusinas que vivían del mineral. El pequeño pueblito tenía una población de cinco mil habitantes, entre ellos mi familia. Tenía cuatro hermanas mayores que yo. Mi familia no gozaba de lujos, éramos lo contrario, muy pobres... papá trabajaba todo el día en las minas y mamá ayudaba a una panadería. Como no teníamos casi dinero, le dejaban llevarse a casa las “conchas duras” que se quedaban del día.

Al caer la tarde, en un marco maravilloso, donde el sol se ocultaba tras las montañas azules, era una hora mágica, indescriptible, pues toda la familia se juntaba a merendar; nada laborioso, sólo las “conchas duras” que mamá llevaba, y una taza de champurrado; pero mamá hacía de la merienda algo muy delicioso y especial, porque ponía el pan en el horno de leña unos minutos, y nos lo servía calentito ¡Ah! Recuerdo el sabor incomparable de las conchas de chocolate, y el sabor del champurrado que nos servían en la taza de barro. Era un sabor a bienestar, a tranquilidad, a unión a familia, a mi familia, y a dicha y que, después de llegar todos de trabajar, nos sabía a auténtica gloria.

Mis hermanas: Esperanza, Consuelo, Aurora e Imelda, daban clases de música en el kiosco del pueblo, la gente les pagaba lo

que querían, y con ese dinero, de regreso, compraban la leche bronca. Habían heredado el gusto por la música y el buen oído del abuelo Juan. Esmeralda tocaba la guitarra, Consuelo tocaba violín, Aurora los panderos e Imelda cantaba. Tenía una voz que parecía un ángel ¡Y eso era! Tenía una carita muy tierna y muy dulce que enamoraba a todos, a parte de su buen corazón, pues siempre andaba regalando “lo que a ella le tocaba” a los más pobres.

Recuerdo a papá, también se llamaba Juan, era un hombre serio, de facciones duras, llegaba de trabajar a las siete en punto de la tarde y lo primero que hacía era besar a mama en la frente y pasaba a lavarse las manos, tenía manos grandes y ásperas, de tanto agarrar el mineral que sacaban, extraían oro de la mina principal que llamaban “La Mina de Dolores”.

No comenzábamos a merendar hasta que todos estuviéramos sentados, y teníamos el hábito de rezar tomados de las manos, para agradecer a Dios por el pan. Después de eso, papá tomaba su concha la partía en dos la sumergía a la taza de champurrado y la devoraba con aquella hambre que apechugaba de muchas horas.

El tiempo fue pasando, cuando yo tenía la edad de 12 años, me metieron a trabajar a la mina misma en donde papá lo hacía, yo era el encargado de “aluzar con una lamparita” mientras buscaban el tan apreciado metal, no era gran cosa mi trabajo, pero me obligaban a ir, me imagino yo que para formarme el hábito del trabajo y de la responsabilidad. Un día, jugando dentro de la mina con mi amigo “El Chore”, que así le llamábamos todos, nos perdimos. No sé cuántas horas pasaron... pensamos que íbamos a morir, pues aunque la mina tenía varias salidas de aire, a nosotros nos costaba trabajo respirar. Cerca de las ocho de la noche, escuché la voz de papá y de todos los mineros, muy alterados buscándonos. ¡Nunca me había dado tanto gusto escu-

charlos y verlos! Papá me abrazó y me sobó la espalda, percibí sus sollozos mudos; no me regañó, ni mucho menos.

Un día gris papa murió. Los que quedábamos seguíamos con la tradición de merendar las conchas y el champurrado pero, mientras lo hacíamos, casi no platicábamos de nada; en verdad extrañábamos mucho a papá. Era difícil estar solos sin él, pues la tristeza nos invadía el alma, nos oprimía el corazón...

Mamá nos soltaba una pregunta al aire, de vez en cuando, como para romper el hielo y hacernos plática. Pobrecita, mi madre querida siempre se partió el lomo para sacarnos a todos a delante; y, había veces que se quedaba sin comer, para darme a mí su ración, que como estaba creciendo la necesitaba. Pero nunca me percaté de esto hasta que crecí y fui padre.

Cuando cumplí 16 años, me fui del pueblo, fui el último en hacerlo, mis hermanas todas ya se habían casado, El día que murió mamá, después de enterrarla, me fui con Imelda y su esposo a San Luis potosí, viví con ellos un tiempo, mientras ayudaba en la pequeña tienda de abarrotes que tenía mi tío Amador. Me pagaba muy poquito, casi era simbólico, para que no me fuera en blanco, y lo que recibía se lo daba a Imelda, para ayudarle con los gastos de la casa. Cuando mi tío Amador se distraía, abría uno de los frascos de vidrio en donde guardaba los cueritos en vinagre y me “robaba” uno... salía a la banqueta a disfrutarlo para que no me cachara, no sé que tenían esos cueritos pero jamás en mi vida, volví a probar unos iguales. Después me enteré que Amador se hacia el despistado en la tiendita para dejarme “hurta” mi pedazo de cuerito en vinagre, siempre lo supo ¿Cómo? No sé, como los adultos se enteran de todo lo que los menores hacemos.

Mi vida transcurrió muy rápido, en tan solo un instante, en tan solo un suspirar, se ha ido con el viento o se la ha llevado el mar,

pero he dejado besos, he dejado caricias, experiencias, sin duda, he dejado mis huellas, para que los que vienen tras de mí, las sigan.

Mi nombre es Salvador, tengo la edad de 78 años, soy abuelo de cinco nietos maravillosos, y aunque ya tengo el cabello de plata, conservo mi corazón de oro. Hoy he ido de visita a la ciudad de Aguascalientes a ver a mi hijo y a mis nietos. Cuando llegó la hora de merendar, me senté en la silla de la cabecera, recordando mi lugar en la mesa de cuando era chiquillo y les dije:

—“A mi sírvanme un ponteduro” ¿Un qué?! Preguntaron todos, —“Un ponteduro” o sea un pedazo de pan duro... todos rieron y me empezaron a vacilar, pero las risas fueron cambiando por lágrimas cuando le empecé a redactar esta historia...

¡Cuántas historias guardamos las familias! ¡Cuántas tradiciones! Y ¡cuántos los recuerdos! Porque la verdadera tradición no emana del pasado ni está en el presente, ni en el porvenir; no es sirviente del tiempo, la tradición no es la historia, es la tradición la eternidad misma. Solamente cuando uno ama y, simultáneamente, admira a otro ser humano desde las más hondas profundidades de su alma, solamente entonces, se encuentra uno en absolutas condiciones de aceptar y asumir su tradición. Esa noche, calentamos el pan en el comal, hasta que se puso duro, preparamos champurrado y yo, el abuelo Salvador, una vez más, disfruté de lo que era compartir una rica merienda en compañía con mi gente querida.

—¿Quieres saber de qué te estoy hablando?

Compra conchas de chocolate, déjalas afuera de la bolsa todo el día y, en la noche, cuando llegues agotado y hambriento de trabajar, ponlas unos minutos en el comal... cuando estén calientitas, disfrútalas con una taza de chocolate caliente, no sin antes agradecer a Dios, por el pan recibido.

Sumérgete en tradiciones, retoma costumbres olvidadas, disfruta las cosas sencillas de la vida...

El abuelo Salvador murió en diciembre pasado, a la edad de 88 años; fue una gran pérdida para todos, sin lugar a dudas; y, para mí, en particular, que platicaba mucho con él. Me ha heredado un tesoro invaluable: Muchos buenos momentos, muchos consejos sabios y, sobre todo, muchas historias como ésta de “las conchas duras” que me ha dejado escrita en mi corazón.

El alma traviesa

Cierto día se encontraba Dios, pasando lista en su pizarra mágica, había llegado la hora de mandar al mundo a las almas que habían estado en entrenamiento la última temporada, eran muchas, muchísimas, los nacimientos allá abajo estaban a la orden del día y San Gabriel que era el encargado del tráfico de almas y cuerpos cada rato subía con Dios, para que entrenara más y más almas; San Judas Tadeo era el encargado de crearlas, tenía un agua mágica que el mismo preparaba, y sumergía un palo en la formula, le soplabla y salían pequeños seres con forma de humanos, de 10 cm, incoloros, insaboros e insípidos pero cargados con la energía necesaria para poder entrar al cuerpo asignado.

Después de que tomó lista el creador, con un soplo de luz, El y San Pedro se ponen al bebé que está por nacer en la mano, y después de peinarlo y contemplarlo un rato, le soplan al corazón introduciendo a cada uno su alma asignada.

Durante el entrenamiento, habían estado batallando mucho con un alma muy rebelde, que se llamaba Umbra, no sabemos porque era tan hiperactiva, ya estaba más que advertida, debería de ser buena y de cumplir con su misión, tenía que estar pasando el reporte de lo que acontecía cada 36 horas. En eso habían quedado.

Umbra llegó al cuerpo de un niño, llamado Mikel, los primeros meses, el alma si cumplía con su misión y mandaba mensajes de texto a Dios con un aparato especial diseñado por el creador mismo de nombre “cielocel” que servía para mensajear, monitorear, y enviar alertas de auxilio, esto porque Mikel era un niño con Síndrome de Down.

El tiempo paso, Umbra se empezó a desesperar de ser el alma bien portada, y de mandar los reportes al Señor, y un día, decidió salir del cuerpo del niño, solo iba “a ir cerquita” sólo “una vueltita”, nada de importancia y nada trascendental... y así lo hizo, de noche, mientras Mikel dormía, Umbra salió de puntitas, pegadita a la pared, para que nadie la sorprendiera y cuando vio que nadie rondaba la casa, salió como rayo! Esa noche, visito lugares excéntricos, en otras dimensiones, quedó extasiada de la belleza de otros mundos, y se frustró por su vida aburrida a lado de Mikel. Cuando llegó revisó su “cielocel” estaba llena de llamadas perdidas de Dios, que andaba desesperado buscando al alma.

Los siguientes dos días, no salió de viaje, se quedo cuidando a Mikel, y monitoreo todo el tiempo, pero el tercer día, Umbra volvió a salir... esta vez, tardó más en regresar, no solo toda la noche, sino también parte de la mañana, y esta vez Dios también, la buscó toda la noche.

Después, Umbra se volvió muy irregular, estaba con Mikel unos días, otros no, cuando se le daba la gana pasaba reporte, cuando no, ni siquiera respondía las llamadas de Dios. Así poco a poco hasta que Umbra jamás regresó a Mikel, ella prefería pasar la tercera dimensión, recorrer lugares, experimentar y su vida transcurría plácidamente vagando por dimensiones inimaginables, Jamás se volvió a acordar de Mikel. Hasta que un día, cuando tenía 10 años de edad, Mikel, murió.

Las almas gemelas Likis y Tikis que solían pasear de vez en cuando con Umbra y quienes tenían a cargo unas gemelas, se enteraron de la muerte de Mikel, y corrieron a avisarle a Umbra, quien se encontraba en un planeta paradisíaco tomando limonada rosa, con unos lentes oscuros y quien tomaba el sol despreocupadamente. Cuando Likis y Tikis le avisaron, Umbra escupió la limonada de la impresión... no podía ser, y trató de regresar de inmediato a la tierra, para meterse al cuerpo de Mikel, quien se lo encontró acostado, sobre sábanas blancas, con sus ojitos cerrados... en seguida, Umbra trató de meterse pero claro, no pudo, ya no pertenecía a Mikel. Y su cielocel, lo había perdido quien sabe en dónde.

Umbra se hincó a lado del niño, lloró inconsoladamente, que razones le iba a entregar a Dios, esta no se la perdonaría.

San Gabriel, bajó por ella, todo el camino no le dirigió la palabra, cuando llegaron con el Divino, San Gabriel la dejó ahí frente a Él. Quien traía el cielocel en la mano... y le empezó a decir...

—Eres una irresponsable, una inmadura, ¿Qué te pensaste, Umbra? Este cuerpo murió y tú no estabas ahí... no lo podemos recuperar porque no tiene alma.

Umbra sólo callaba, aceptaba su ingratitud y bajaba la cabeza, sólo levantaba un ojo para ver a Dios de cuando en cuando, quien le estaba leyendo la cartilla, muy molesto, caminando de un lugar a otro. Y muy preocupado, por no poder recuperar a Mikel.

—Tú misma, le dijo Dios, te vas a poner tu castigo... y si no lo cumples pediré que te desintegren con gotas de éter.

El alma, que era traviesa pero que no era mala, comenzó a llorar, sabía que su castigo se lo merecía, y que hasta entonces cumplirlo, ella podría descansar... así que, pidió lo siguiente:

–Padre mío, te suplico que me hagas humano, regresa a Mikel a la tierra, en otro cuerpo, yo le cuidare hasta mi final.

Esta fue la última conversación entre Dios y Umbra. Sentada en una sala de espera, el doctor Lucio Esteban manda a llamar a la señora Erika Pardo... la cual, estaba ya en el último mes de su embarazo...

–Señora le tengo una noticia... usted dará a luz a un niño con Síndrome de Down, permítame darle instrucciones de todos los cuidados que necesitara...

Ella se soltó a llorar, abrió su bolsa para sacar un kleenex, cuando en el fondo vio un cielocel, cuando vio la pantalla, decía...

–Umbra, esta es tu misión, llámanos si nos necesitas.

Ella protegió con amor a Mikel, a quien Dios lo regresó al mundo para salvar su cuerpo, claro, esta vez el alma que le había otorgado había sido mucho más responsable y su madre todos los días cuando amanecía, le mandaba un mensaje a Dios y le pedía el tiempo y las fuerzas para cuidar de él. Cumpliendo así su nueva misión, hasta el final.

Así Umbra fue perdonada por Dios y ahora hasta ha sido invitada a que ayude a dar los entrenamientos a las almas nuevas... Empezando así su presentación:

–Amigas almas, mi nombre es Umbra, y él es el ángel Mikel, si alguna se le asigna un niño con síndrome de Down, tendrán una misión muy especial por cumplir, recuerden que esos niños son ángeles enviados por Dios, para unir a las familias y para llevar amor, no deben abandonarlos en ningún momento, si esto sucediera, la tierra perdería un ángel y ustedes la oportunidad de volverse extraordinarias.

El globo chillón

Hola, soy Poncho, un globo no común. Soy rojo de látex del número 8, y digo no común porque yo tengo sentimientos activados, y también algunos de mis sentidos, como la vista y el oído, y no me pregunten como lo adquirí ni cuando sucedió, porque ni yo mismo lo sé. Y créanme, he sufrido mucho por esto, al darme cuenta de tanta barbaridad.

Solo se algo vano de mi origen, que la producción de globos de goma, comenzó en el siglo XIX, y ese globo de prueba despegado, habían comenzado los años treinta, el cielo fue el límite... primero los hubo de un solo color, luego de muchos colores, después lindos globos metálicos. Hicieron el “boom” en los años cincuentas.

Don Nachito llegó un domingo muy de mañana a la distribuidora de globos, “El Zeppelin” compró cincuenta para inflarlos con gas y venderlos en el transcurso de la semana en la Plaza de Armas del pueblo, escogiéndolos de todos colores.

Entre esos cincuenta globos, hay uno único y muy especial: Yo, que me siento muy frustrado y temeroso, porque me he dado cuenta de cómo nos maltratan, los niños y algunos adultos.

Para jugar con nosotros nos golpean con las manos o somos pateados, también rellenos de harina, nos ponen ojos de

“calcomanía” y, después, somos ahorcados con un estambre... y qué me dicen, cuando en los concursos de la fiestas infantiles muchas veces somos prácticamente “tritutados” por las pompas de la gente, o nos llenan de agua para ser lanzados como proyectil, o somos llenados de gas helio para ser soltados hasta el techo. En ocasiones, somos llenados también de aire humano y a veces tienen un aliento espantoso con peligro de ser tronados en cualquier instante en mil pedazos. Y si somos vendidos en la calle, y no nos atan bien a la mano del niño, nos iremos volando hasta perdernos en el azul del cielo infinito.

Don Nachito nos va agarrando al azar, escucho, veo y siento, y sé chillar muy fuerte. A escogido a todos los que están a mi alrededor, y yo me he escapado, a todos mis amigos inflados les han puesto figuras con una tinta especial que huele muy fuerte, caras de perritos, gatos, osos, y de cuanto animalito que se le va ocurriendo, y que a mi ¡no me gusta!

Me parece una reverenda humillación, sobre todo los “cara de conejo”. Pensando en esto, me sorprendió la mano de Nachito, creo que sigo yo...

Y ahí voy, cuando me terminó de inflar, y me va a hacer el nudo, comienzo a revolcarme en sus dedos, hasta zafarme, el no puede hacer mucho movimiento, porque sus dedos están muy tiesos por la edad, y salgo volando y chillando por el aire, don Nachito no me pierde de vista, caigo arriba de la cama y me vuelve a agarrar para volverme a meter a maquinita de gas y volverme a inflar... cuando termina, nuevamente me retuerzo entre sus dedos y salgo chillando por toda la recámara... ¡Globo chillón! —me reclama Nachito enojado, me va a volver a inflar pero se detiene, me deja entonces y toma los globos azules... Al menos me he salvado otro rato y me arrastro para guardarme en la bolsa de plástico.

Al cabo de unos minutos, termina con los globos azules, luego los blancos, después los amarillos, y con los rojos, todos han sido inflados con gas y pintados con diferentes motivos. Nachito los ata a un hilo, yo volteo para arriba y los observo a todos y a cada uno de ellos, me duele pensar que su final está cerca... al menos yo estoy a salvo dentro de la bolsa de plástico.

Al día siguiente Nachito se va a la Plaza de Armas, termina todos los globos, he visto como se han ido mis compañeros, uno a uno me he despedido de ellos, jamás les volveré a ver. Estaba hundido en este pensamiento, cuando llegó un niño discapacitado en una silla de ruedas, acompañado por su mamá, preguntando con su vocecita callada si ya no tenía globos de gas... ¡Oh oh! Sólo quedaba yo.

El viejo me tomó entre sus manos, se le salió al aire decir sin pensar: “Sólo me queda este, pero si vieras que es un globo chillón y no se deja inflar...” Me estiró muchas veces con sus dedos pulgar e índice, mientras le explicaba al niño discapacitado....

El pequeño de escasos seis años de vida se puso a llorar muy triste, me conmovió tanto que no tuve otra opción... porque oí que su madre le dijo al viejo:

–Se lo prometí después de su rehabilitación dolorosa de este día, ¿Sabe? Se portó muy valiente.

Así que Don Nachito, intentó inflarme una vez más, después de un suspiro, metió su maquinita por mi boquilla y me hizo el nudo rápidamente... y yo accedí... esta vez contento y feliz... Me escribieron la siguiente leyenda con un plumón negro...
“NO ES LA DISCAPACIDAD LO QUE HACE DIFÍCIL LA VIDA, SINO LOS PENSAMIENTOS Y LAS ACCIONES DE LOS DEMÁS”

Me puse a llorar, conmovido, cuando el pequeño leyó lo que decía en mí, también se le llenaron sus ojitos de agua...

Su madre me amarró en su silla de ruedas, al menos no terminare perdido en el azul infinito. Creo que ya no me importa mi destino, logré hacer feliz a un pequeño.

Hoy, soy el globo más feliz del mundo, porque todas las mañanas este niño me dice: "Hola compañero" y me sonrío, y aunque sé que sólo es un instante.... Hoy, alguien ha pensado en mí.

El payaso plateado

Son las 5:00 de la mañana, comienzo mis actividades de todos los días, no tengo ganas de levantarme, miro por mi ventana y es todavía de noche, me desperezco poco a poco, voy a darme un baño con agua fría porque no tenemos agua caliente en nuestro hogar, vivimos fuera de la ciudad en una casita que yo mismo he construido con las propinas que junto en la calle de mis shows en mi trabajo de payaso, vivo con mi esposa y mis dos hijos pequeños de cuatro y dos años de edad. Todos los días después del baño, me dirijo a casa de mi hermano pues es quien me ayudara a maquillarme... mi compadre tiene una pequeña tienda de pinturas, y me ha “fiado” un litro de pintura plateada metálica a base de aceite que “para empezar el bisnes”.

Me disfrazo de un personaje estereotípico con un maquillaje cargado en tono plateado, mi hermano cubre todo mi cuerpo con una esponja. Al principio me da mucho frío sentir la pintura en mi piel, y conforme se va secando, se me va arrugando, causándome muchísima comezón, la cual, si hace frío me duele mi piel y si hace calor, me hace sudar de mas, pues es una pintura plástica metálica... comienza por cubrir mis ojos, la pintura en mis pestañas me enrojecen la mirada, mi nariz se ahoga por el olor a los disolvente, por última vez, chupo mis labios, ya que en las siguientes 6 horas, no los sentiré más, los cubre también, siguen mis oídos, mi cuello, mi cabello y finalmente mi cuerpo...

cuando la pintura se ha secado, mi torso lo dejo desnudo y solo cubro mis piernas con alguna vestimenta extravagante.

Me despido de mis niños, les hago una pequeña pirueta para que vean que su papá disfruta hacer lo que hace y mi esposa me da la bendición, no sabe si volveré este día, pues me toca ponerme en el cruce de carros más conflictivo de la ciudad pero también el más concurrido.

Tomo mi camión, hasta ese lugar, hago aproximadamente una hora en llegar, de repente suben niños llorando y me entretengo en irles haciendo caras, voces, risas, hasta que logro sacarles una sonrisa, me doy por satisfecho.

Creo que la enfermedad del mundo tiene una solución: la risa. Cuando llego a mi esquina, aproximadamente a las 8:00 de la mañana, dejo mi mochila en el camellón, saco mis 3 bastones que prendo con un chorrito de gasolina en la punta para comenzar mi malabarismo de rutina, mi función es: hacer reír a la gente, gastar bromas, hacer piruetas y trucos divertidos, creo que soy un actor satírico que se burla de la cotidianidad, tengo que caracterizarme por tener un humor chusco, aunque sienta por dentro que arde mi piel, que me pica el cráneo, que me mata el hambre, siempre busco la complicidad y la empatía con mi público de un minuto, que es lo que dura cada semáforo en rojo, un minuto para mi acto y un minuto para recoger dinero, el tiempo esta contado, si me retraso algunos segundos en mi Show porque se me caiga alguno de los bastones encendidos ya no alcanzo a pedir dinero a los 20 autos.

Cuando estoy parado en la escalera haciendo malabares, cada vez tengo que tomar la decisión de triunfar, quiero pensar que no tengo otra opción. Me ponen nervioso las miradas de todas las personas en sus autos, escucho algunos comentarios como “Mira su maquillaje plateado ¿No le dará calor? ¿Y si se le caen

los bastones? ¿No se quemara? Pobre tipo, y a mí no me sobra un peso para dárselo” ó “Usa el dinero para drogarse” a algunos niños les doy miedo y se ponen a llorar, “no lo veas hijo”, les dicen las mamás, esto me hace sentir muy frustrado, cuando pasa así, no me atrevo a pedir dinero a ese auto.

Imaginen tan solo ese minuto de mi vida, siempre alerta a cuando se pone en rojo el semáforo, pongo una escalera de aluminio frente a todos los carros, prendo mis bastones, me persigno, me subo hasta el tercer escalón, acomodo mis 3 bastones y comienza mi malabarismo, la mayoría de las veces peleando contra el viento, que me los quiere arrebatarse en un soplando, o peleando contra la lluvia que amenaza con apagar-melos, poniendo mi mejor cara, una sonrisa durante 60 segundos que convertidos en seis horas de trabajo haciéndolo un semáforo sí, un semáforo no, se convierten en los 180 minutos más tediosos y peligrosos de mi vida... de cada día.

Termina mi jornada... estoy cansado, exhausto, sólo quiero volver a casa a ver a mis hijos, de regreso en el camión vengo durmiéndome, ya no trato de hacer reír a nadie, la pintura que-ma mi cuerpo.

Hoy, una señora que le tocó verme de frente a mí en su auto, me dio 20 pesos y me pregunta: ¿No te da miedo que tu piel absorba el plomo de la pintura? A lo que respondí... ¿Tengo otra opción? Mis hijos tienen que comer. Mejor agradezco a Dios porque estoy vivo, porque estoy completo, porque tengo fuerzas, y porque tengo por quien vivir.

Llegando a casa, huelo el rico sabor a huevito con frijoles que me preparó mi esposa, las tortillas calentitas, hechas a mano, y el olor a los chiles toreados; suspiro de felicidad, mis hijos me reciben felices con un fuerte abrazo, me besan, no les importa mi pintura, ni mi sudor, ni mi olor, yo los abrazo... es cuando

olvido la jornada de este día, y me da ánimos para volver a comenzar mañana... me meto a bañar con agua fría, poco a poco voy retirando mi pintura plateada... y va saliendo el hombre de 36 años que soy, por la coladera de la regadera se va el “Payaso Plateado”, al menos por este día, para convertirse en el padre, el hombre, y el esposo más orgulloso, por tener una familia que siempre espera con ganas de verme.

Cada noche, después de dormir a mis niños, y platicar un poco con ellos, me voy a la cama con este pensamiento: Después de la lluvia, un arco iris; después de la tormenta, la calma; y después de un final, un nuevo comienzo...

El piano de papá

Aún recuerdo aquella tarde calurosa, cuando papá, el gran personaje de toda mi infancia, marco los tres números de teléfono para comunicarse con el viejo Vilches, un señor que era mayor de edad y que era dueño de la galería de pianos más grande de nuestra ciudad.

Recuerdo bien como era mi casa en aquel entonces, yo tenía solo siete años de edad, pero tengo muy presente aquella época tal vez porque fueron los años más felices de mi vida. Mi casa tenía un gran patio descubierto y las recámaras se situaban alrededor, teníamos una sala muy grande, donde papá se soñaba tocando una melodía compuesta por él, en un piano negro de cola.

Esa tarde de verano, cuando papá se ponía de acuerdo con el viejo Vilches, mi madre preparaba un atole de guayaba, su exquisito olor se esparcía por toda la cuadra, aquel aroma nos reconfortaba a todos, nos sentíamos felices, por fin papá tenía el dinero para comprarse su tan anhelado piano.

Nuestra familia no poseía de lujos, de ninguna manera, esa casa era nuestra por tratarse de una herencia que había recibido mamá, y sí, era una casa muy bella, aunque nuestros muebles no eran lujosos, tengo muy presente una mecedora de cedro rojo que había sido de mi abuelo, donde mamá tantas veces

nos había arrullado cantándonos melodías bellas, así nos dormía cuando enfermábamos.

En ciertas ocasiones escuché a mis padres que discutían por comprar ese piano, porque mamá quería guardar un poco de dinero para su vejes.

El carácter de papá, siempre terco y obsesivo, al contrario del de mamá, sumiso y dulce fue lo que los llevó a hacer la compra, aunque creo pensar que mamá también estaba feliz.

Pasaron 15 días desde que papá le había llamado al viejo Vilches, ¡seguro fueron los 15 días más largos en la vida de mi papá! Recuerdo que planeaba una y mil veces en dónde lo colocaría, y nos pedía opinión a todos, y entre bromas y el humo de su puro, mi mamá también opinaba.

Quisiera describirles el rostro de papá para que lo imaginen un poco, era un señor muy bien parecido, alto, de complexión robusta, sus ojos, tan verdes como un par de esmeraldas, su piel muy blanca, su cabello entrecano peinado para atrás y sus pasos aunque ya un poco cansados, aún los caracterizaba su aspecto varonil que todavía lo hacían verse fuerte, con una personalidad increíble, lo que más me llamaba la atención de él era su expresión, aparentaba ser un hombre recio pero su mirada reflejaba tanta dulzura y cansancio de toda una vida.

Recuerdo bien cuando llegó el gran día, eran cerca de las 3:00 de la tarde, alguien, con insistencia golpeaba la puerta, salimos todos de las recámaras corriendo, empezaba a llover, así que cruzamos el patio cubriéndonos la cabeza con las manos, cuando papá abrió la puerta, estaba parado el señor Vilches, elegantemente vestido con 15 cargadores, abrimos las puertas de par en par, aún recuerdo el brillo de sus ojos verdes, esa imagen la llevo como fotografía en mi mente, ¡era el hombre más feliz que

yo había visto! Lleno de energía, ordenó donde colocarían el piano que aquella tarde lluviosa todos contemplamos por horas.

Desde ese día, todas las tardes después de la comida, mi papá se sentaba a inventar bellas melodías, cabe mencionar que ha sido el músico lírico más reconocido de su época.

Hubo una tarde que aún recuerdo con melancolía y tristeza, era un 24 de diciembre, 3 años después, papá tocaba villancicos, compuestos por el mismo, esa tarde yo llegue corriendo con una luz de bengala encendida, pero me tropecé con la orilla del tapete y por desgracia la lumbré cayó sobre el barniz del piano, quemando también la madera, las manos grande de mi papá se dejaron caer sobre el teclado, frunciéndome el ceño, me dijo todo.

Papá nunca pudo mandarlo a arreglar, sus ingresos eran muy bajos y nunca le sobraba lo suficiente, yo, me sentí culpable durante mucho tiempo, cada que recordaba el incidente, recordaba el sacrificio de papá para adquirirlo.

Los últimos años de él los tengo muy presentes, pasaba casi todo el día sentado en su gran piano de cola, con su cabello completamente cano y su mirada cansada, siempre desviada del teclado como viendo a la nada, pasaba sus dedos arrugados sobre la quemadura que yo había hecho.

Todo fue envejeciendo, mi casa ya no era tan hermosa, mi padre viejo y encorvado, nada parecido al héroe que yo solía recordar de mi infancia, mi madre murió antes que papá, recuerdo su cara, serena y hermosa siempre fiel servidora de toda su familia. El día de su muerte mi papá le compuso una melodía que tituló “adiós para siempre amor”, aun llevo su ritmo en el alma, porque mi papá la tocaba con tanto sentimiento que varias veces lo sorprendí con lágrimas en sus ojos.

Cuando papá murió yo estaba en el extranjero, me entristecí muchísimo, en seguida regresé a México, pero cuando llegué a mi casa, sin nunca saber porque, unos hombres se habían llevado todas las pertenencias de mis papás, incluyendo el piano. A mis hermanos pareció no importarles mucho, pero yo sentí que me arrancaban la parte más feliz de mi infancia.

Nunca, nadie me supo decir a donde se habían llevado el piano de papá, créanme, lo busqué por todos lados, moví cielo mar y tierra para encontrarlo, se había convertido en una obsesión para mi tan grande, que ahora comprendo y admiro más a mi papá.

Hoy, iba caminando cabizbajo por la calle, cuando una fuerza muy grande me hizo detenerme en un aparador, era una tienda de antigüedades, y ahí estaba, el hermoso piano de cola, el corazón se me desbordó tanto, que me hizo recordar el día lluvioso cuando el señor Vilches tocaba insistente a la puerta, y papá corriendo como nunca.

Cuando entré a la tienda comencé a temblar, no sé si de nervios o de alegría, me sentí como hace 40 años, me acerque, aún tenía la quemadura que yo le había hecho, pasé mis dedos suavemente recordando el incidente de la luz de bengala... ¡cuántas veces papá lo había lamentado tanto! Sin querer, empecé a cantar la bella canción que le había compuesto mi papá a mi madre el día de su muerte... me sentí lleno de melancolía, pero una voz me sobre saltó:

—¿Puedo mostrárselo? me preguntó.

— ¡Ya lo conozco! gracias, conteste tocándome un poco la nariz para que no sorprendieran mis lágrimas.

— Su único defecto es esta quemadura. Me dijo.

—Aún conserva su etiqueta original donde lo compro su primer dueño.

Cuando me agaché para leer por debajo del piano, decía en una plaquita dorada: “GALERIAS DE MUSICA DE FACUNDO VILCHIS SAN LUIS POTOSI 1942”

El piano lo pagué al contado, y se lo regalé a mi hijo en su cumpleaños, porque aunque no conoció a su bisabuelo, también lleva la música en el alma, y esta historia en su corazón.

La cápsula del tiempo

Marzo de 1995

Estamos en carrera, estudiando “Ingeniería civil” en el Tec Milenio de la ciudad de Toluca.

Nuestro maestro de “planeación y control” nos ha puesto una actividad padrísima, consiguió un contenedor, que usaremos como “capsula del tiempo” en donde ahí, pondremos nuestras cosas más queridas y lo que está de moda hoy. Se abrirá el 3 de marzo del año 2015. ¡Increíble para muchos, asombroso para otros, y emocionante para todos!

Yo, en lo que primero pensé, es en escribir una carta, ojalá que algún día le toque a mi hijo (a) abrirla:

Querido hijo mío, soy tu papá, pero aun no existes, solo tengo 23 años, estoy en el último semestre de mi carrera, y como todos, pienso casarme, formar una familia y tenerte a ti, que aun sin que existas ya te amo, me han pedido que deposite en un contenedor, algo muy valioso para mi, algo que “quiera dejarle” a alguien que ame mucho, pero más que eso, quisiera dejarte mis experiencias.

Soy un chavo común y corriente, amo la música, me gusta el grupo Nirvana, magneto, la voz de Selena, en el radio se oye mucho

el grupo Garibaldi y si un día la llegas a escuchar la canción de “Azul de Cristian Castro” acuérdate que la estaba escuchando mientras te escribía esta carta. Las fiestas me gustan mucho, soy el arroz de todos los moles, no faltó a ninguna. Por lo mismo no tengo novia, nadie me aguanta! Me encanta vestir con pantalones levis desgastados y camisas de cuadros. Uso “un Bíper” para comunicarme con mis papás, mi número es 87693728. Me entretiene ver el programa de Paco Stanley, y de Eugenio Derbez.

*Hijo mío, me despido, se feliz, ama a la vida, defiende lo que eres, lucha por lo que quieres, y recuerda que nadie puede hacerte sentir mal sin tu consentimiento, no le des el poder a nadie, y has siempre lo que tus convicciones te dicten conforme a la Ley de Dios.
Te amo.*

Cerré el sobre, adentro le puse el billete de cien pesos que traía en la cartera, y también en el contenedor metí mi chamarra de piel que me había comprado en Italia en el último curso de verano que estudié allá. Metí mi reloj Timex de metal que me había regalado mi abuelo en mi cumpleaños, y mi bíper...

Todo esto empacado en una bolsa en donde con una cinta mas-kin rotule: “Para el hijo o hija de Juan Andrés González de Alba”.

Mi mejor amigo Filiberto, metió sus exámenes, ¡todos! Hasta los que había reprobado, metió su mochila, así, como iba con calculadora, lápices, papeles, ¡hasta con un paquete de “sugus” de cereza que le gustaban mucho! Se quitó sus tenis nike que acaba de comprar y los metió, le sugerí lo de la carta, pero le dio flojera escribir, así que mejor prefirió dejar cosas muy personales, como su cadena de oro, y todos sus cd’s de chicago y de Enya.

El contenedor se llenó, mis amigas metieron hasta sus osos de peluche, sus almohadas, pijamas, cartas, perfumes, revistas,

fotografías de ellas, bueno el contenedor apenas cerró. Se cerró con un candado de alta seguridad y la combinación, se quedó escrita en una carta, con la leyenda de que será abierto hasta el 3 de marzo del 2015, bajo la protección del director del tec. Salimos de carrera, hicimos un mega pachangón en el hotel RIU, fueron nuestros papas, hermanos, amigos, yo invité a una niña que me gustaba mucho, Paty, si ni siquiera pensar que al año siguiente me iba a estar casando con ella... Filiberto invitó a su mejor amiga.

Dos años después Filiberto me anunció su boda, se iba a casar con una niña de México, y después iban a regresar a vivir a Toluca.

Un día antes de la boda, en la carretera, Filiberto tuvo un accidente en donde perdió la vida. Cuando me dieron la noticia, lloré como un niño chiquito. Mi amigo, mi hermano, mi cómplice, se había ido.

Cuando un amigo se va, sólo quedan los recuerdos, de quien te brindó su mano, de quien te decía hermano, de quien sólo con mirar tus ojos sabía de tu alegría, tu dolor o tu tristeza. Mi socio, mi aliado. Siempre te recordaré.

Entendí que un ángel, no nos escoge, Dios nos lo asigna, y esta vez, era Filiberto quien había sido el elegido por Dios.

Agosto del 2012

Faltan solo tres años para abrir la capsula, justo el tiempo que mi hijo Filiberto (le puse así en recuerdo a mi amigo) entrara a prepa al Tec Milenio, le platiqué que le tenía guardada una gran sorpresa para él.

Hoy en la mañana recibí una llamada, era la madre de mi amigo quien me pedía de favor que fuera yo, el que sacara de la

cápsula las cosas de Filiberto, mis ojos se llenaron de lágrimas, y mi corazón de nostalgia, Seré para mí un gran honor hacerlo. Cuando esto suceda, llevaremos sus pertenencias a enterrar con él.

En donde junto con sus cosas, le dejaré la siguiente nota:
“No perdí a un amigo, gané a un aliado que estará al final a mi lado mostrándome el camino”.

La muñeca de Lucía

Miércoles, 9 de diciembre

Estoy en quinto de primaria, dentro de tres días cumpliré 10 años. Estoy en un colegio de puras niñas, es un colegio de monjitas súper conservadoras.

¿Saben? Nunca me ha gustado el colegio, me resulta patético tener que lidiar con tanta niña sangrona, no es que yo sea muy buena gente, pero si me considero mucho más sencilla que el común de estas niñas que me rodean. Somos varias las que nos juntamos, y las que nos hemos identificado un poco por nuestro carácter, en el recreo, jugamos a brincar la cuerda, a los quemados, nos compartimos el lunch, y nos reímos de cuanta tontería se nos ocurre.

En especial tengo una amiga que se llama Lucía, es una niña muy bonita de ojos verdes, nos decimos de cariño “prima” porque sus papas son muy amigos de mis papas y existe muy bonita relación entre todos, para darles una idea del carácter de Lucía, es la típica niña que si tu no traes lunch, ella te regala el suyo, con ella siempre se duplicaban las alegrías y se dividían las angustias.

Hoy, después del recreo la madre Motilla, la directora del colegio, entró a nuestro salón de clases para hacernos una invitación... mañana 10 de diciembre, nos había organizado una visita a un

lugar nuevo, es una fábrica de muñecas que se llama “trapo mundo”. Saldremos del colegio en el transporte escolar.

Llegue muy contenta a mi casa con la circular en la mano... mi mamá la leyó y me dijo: –“No vas”... sin más, rompí en llanto, me explico que después ella me llevaría, y que me compraría todas las muñecas que yo quisiera...sabía que no iba a ser así, las promesas se cumplen, y los castigos también, eso me quedaba claro, pero mi mamá siempre lo olvidaba, le ocupaba su mente otras cosas. Toda la tarde me encerré en mi recámara a llorar, ni siquiera mi hermana pudo consolarme, que era la mayor y que para mí siempre tenía la razón, y me apapachaba todo el tiempo.

Jueves, 10 de diciembre

Me quede en casa, obvio fui la única niña que no fue a la fábrica de muñecas, mi mamá para consolarme un poco, me llevo a comprar todo lo de “mi fiesta de 10”, que será el sábado, aquí en mi casa.

Esta haciendo mucho frio, me puse mi abrigo muy de mala gana, porque no quiero salir, pero mi mamá me obliga a que vaya con ella... para animarme... finalmente me alegro un poco y nos vamos al mercado a comprar mi piñata, los dulces, velitas, luces de bengala y cuanta cosa existe, mandamos también a hacer los tamales con las madres Clarisas, muchos de piña que son mis favoritos, de piñones, de cereza y de frijoles rojos con queso... Después de una mañana atareada de compras, llegué agotada a casa, a llenar mis invitaciones, nunca me ha gustado hacer distinciones entre las niñas, así que invitaré a las 50 que somos en el salón de quinto B.

Viernes, 11 de diciembre

Llegaron todas mis compañeras platicando del paseo, todas con sus muñecas que habían comprado, claro, todas menos

yo... me platicaron de lo bien que les fue, y de lo que se divertieron, yo sólo me quede callada. Lucía me prestó su muñeca, a la cual, ya había bautizado con el nombre de “La Tuza”, una muñeca de trapo muy linda, con unas trenzas rojas tejidas y un vestido azul marino de cuadros rojos, sus ojos enormes, bueno, “La Tuza” era muy bella. Otras llevaban unas mas chicas, pero todas tenían una... no faltó la niña cruel que se burló de mí, porque yo no había ido al paseo, tampoco faltó la niña que se burló porque yo no tenía una muñeca de “trapo mundo”.

Aguantando las burlas, pedí permiso a la maestra, para repartir mis invitaciones... mi fiesta es mañana.

Sábado, 12 de diciembre

Me levanté muy temprano, citamos a las niñas a las 10 de la mañana, estoy nerviosa, porque después de la burla que me hicieron ayer, no sé si vengan a mi fiesta. Después de bañarme, me puse un jumper color vino de gabardina, que mi mamá me había comprado en una tienda departamental; también me había comprado “unos mocasines hermosos” los recuerdo porque eran mis primeros zapatos sin trabes de niña pequeña. Dieron las 10 de la mañana, empezaron a llegar las niñas, casi todas llegaron puntuales, vinieron muchas, casi no faltó nadie. Al final llegó Lucia, con el regalo, me lo dio y me abrazó muy fuerte, sentí su cariño, su lealtad, su amor de amiga.

Después de comer tamales y de jugar mucho rato, abrí mis regalos, todos lindos, pero ninguno, como el de Lucía... ¿Saben que era?

¡Era “La Tuza”! Envuelta por ella misma, mi amiga, me la había regalado... cuando la abrí, le dijo a todas: —¿ya ven? ya tiene su muñeca, jamás se vuelvan a burlar de ella... mis ojos se me llenaron de lágrimas, y mi corazón se inundó de un bello

sentimiento de amistad, la abracé, hasta que todas nos empezaron a hacer “bulla”.

Cuando la fiesta terminó, le enseñé a mi mamá que Lucía me había regalado su muñeca, me dijo que no lo podíamos permitir, que iríamos a su casa a regresársela... y así fue, pero antes de salir, tomé todos los dulces que habían sobrado, todo el pastel y me lo llevé a su casa, en donde devoramos todo con singular alegría, también me llevé varios de mis juguetes para jugar con ella. Le regresé a “La Tuza”, le dije que con su amistad me bastaba. Entonces hicimos un acuerdo, una temporada ella la iba a tener y otra temporada, yo la iba tener.

Y así pasó, hasta que crecimos, en secundaria, un día, a “La Tuza”, ya nadie la pidió, pasó a ser parte de mis juguetes empacados.

Muchos años después, cuando me iba a mudar de ciudad, me encontré una caja con todas mis muñecas, cada una, tenía su historia pero, indudablemente, ninguna como la historia de “La Tuza”, cuando la abracé, creí aspirar el aroma de aquél tiempo, y hasta entonces caí en la cuenta de que, mis papás no me habían dejado ir a “Trapo mundo” aquella vez, porque se habían gastado mucho dinero en mi fiesta, y una vez más, elevé mi mirada al cielo, para agradecer a Dios, por cuánta cosa que él me había dado, y pensé en Lucía, ¿Qué habrá sido de ella?! y como si la sangre y los recuerdos llamaran, ese día me la encontré, platicamos como cuando éramos niñas, nos dimos nuestros teléfonos y jamás, jamás volví a perderla... pues la amistad es una alma que habita en dos cuerpos, y un corazón que habita en dos almas.

Las amigas son fieles guerreras, insaciables, siempre luchando, en el campo de batalla... La amistad, como la sombra vespertina, se ensancha en el ocaso de la vida.

La trotamundos

Era un otoño de 1982, regresaba del colegio un poco cansada pues el calor estaba a todo lo que daba, pero a pesar de ese calor agobiante, traía en mi corazón la ilusión de que mi papá nos había prometido que esa tarde íbamos a ir a recoger una camioneta pick up de caja extra larga color blanca, que le había encargado al señor Vigna, agente de ventas, de la agencia Chévrolet, en la ciudad de San Luis Potosí.

Después de comer un rico mole con arroz que mamá preparaba durante toda la mañana, dirigida por “María” la señora que nos ayudaba, experta en moles y fritangas, nos alistamos mis hermanos y yo, para ir a la agencia que se encontraba en el centro, el trayecto de la casa a la agencia se me hizo eterno... la finalidad de comprar esa camioneta, era que mi papá nos había prometido que la iba a arreglar “como una casita rodante” para llevarnos de viaje.

Esa tarde, nos hicimos bolas los tres hermanos y mis papás en la cabina de la pick up y nos fuimos a dar la vuelta, nos fuimos hasta el “aeropuerto” en donde nos toco el despegue de un avioncito, estuvimos los cinco viéndolo hasta que lo perdimos de vista, papá volteó y nos dijo de broma: “En esta camioneta viajaremos mejor que en ese artefacto” lo dijo con una expresión en sus ojos, que en verdad nos emocionó a todos de la idea.

Y desde ese día, se dio a la tarea de que así fuera, la camioneta la guardó en una cochera que teníamos en el jardín, sólo la prendía de cuando en cuando, le daba dos o tres acelerones y disfrutaba oír su motor y todos los días, después de la comida, salía al jardín con su cinta de medir, a tomar medidas de la caja, se sentaba un rato en la cabina y con su libreta y un lápiz, con tres trazos, trataba de hacer un bosquejo de el espacio de la caja que el mismo construiría; todas las noches después de que llegaba de trabajar le dedicaba un tiempo para diseñarla. Cuando por fin tenía decidido el diseño, nos llamó a todos para que le diéramos nuestro punto de vista. Nadie entendimos mucho a ciencia cierta de cómo quedaría pero le dimos la aceptación a la nueva creación.

El domingo siguiente habíamos ido a buscar a “don Jonás”, el carpintero, quien trabajaba muy bien y era muy honrado, mi papá explico varias veces el diseño, le pasó las medidas y comenzaron a trabajar. También habíamos ido a buscar a “don Nico”, el herrero, quien le “haría la estructura de la caseta” a la camioneta.

Cada ocho días, íbamos con el carpintero y con el herrero a ver cómo iban quedando las cosas; a veces mi papá se los llevaba a la casa, y juntos, pegaban, median, modificaban. Recuerdo que a mí me dio una tarea muy especial, me dijo: “Princesa tú te vas a encargar de llevarme limonada helada cuando yo esté trabajando” y así lo hice siempre, durante 24 fines de semana, que fue el tiempo que le dedicó. Sólo me escuchaba llegar y paraba de hacer todo lo que estaba haciendo para tomarse mi limonada y, al final me hacía con sus dedos que le diera otra, yo le dejaba la jarra, pero si no se la servía yo, no sé la tomaba. Paraba de cuando en cuando para preguntarme “¿Cómo ves, te gusta?” y le gustaba tenerme ahí, parada ovacionándole todo el tiempo, cada clavo que ponía... o cada centímetro de la madera que lijaba, más bien ahora comprendo que le gustaba

sentirse acompañado, pues trabajaba en ella hasta que la luz del sol se metía y ya no le dejaba seguir.

“La casa rodante” iba quedando hermosa, me daba mucho orgullo que mi papá hubiera sido el creador de aquello. Algunas de mis amigas me criticaban, me decían que mi papá “era raro” más no era eso, era sólo que no era un ser como el común de los papás, pues su imaginación y su inventiva iba mucho más allá de ser solo un médico, y en sus ratos “libres” siempre hacía algo productivo. Y que por cierto, de estos ratos de ociosidad también elaboró un telescopio, que tenía un espejo de 15 pulgadas de diámetro, que mandó traer de San Francisco, California y que él mismo, con otros dos científico pulió.

Muchas veces, yo sola o con mis primas, nos metíamos a jugar a “la caseta” e imaginábamos que viajábamos a lugares recónditos, o que era la casita de la bruja, o que vivíamos en una cabaña, o que era una nave espacial; me gustaba el olor de la madera, el olor de la alfombra nueva, mmmm ¿Cómo podría describírtela?, eran dos sillones uno frente a otro con tapicería verde olivo, arriba de uno de los sillones había un closet, con un compartimento para cada uno de nosotros, con sus respectivas puertas, a lado de ese closet, un aire acondicionado, tenía una cocineta, con un fregadero bastante grande y arriba una alacena, y debajo un frigobar empotrado.

En frente un baño con sus puertas corredizas y un wc eléctrico, un lavabo y un espejo con botiquín. Arriba de la cabina, quedaba una cama bastante cómoda... y aquí la magia de mi papá, los sillones eran desmontables, y se convertían en una cama matrimonial, esto pensando en que nos daría sueño en la carretera y así podríamos acostarnos. También uno de los respaldos se hacía una mesa, y si queríamos ir jugando algún juego o queríamos ir comiendo, pues fácilmente lo podíamos hacer. Debajo de los asientos le había puesto unos “comparti-

mientos secretos” para guardar ahí cuanto cosa se le antojaba comprar, y no tener problemas en la aduana... Creo que esta caseta, encerraba muchos sueños e ilusiones, y muchas horas de trabajo arduo, fue un gran equipo el que se unió para llevar a cabo la idea de mi papá.

El día llegó, el viaje estaba planeado, íbamos a ir a Toronto: Una semana de ida, tres semanas en la ciudad y una semana de regreso. Un día antes de salir, mamá llenó la alacena de puras cosas ricas, como panes, papas, jugos, galletas, atún y tostadas, chocolates, pan bimbo, cajeta, mermelada, y en el frigobar, leches, refrescos, cervezas, gelatinas... en fin, todo lo que a un niño se le podría antojar en tanta hora de carretera.

Y la ruta sería la siguiente: SLP, Laredo, Houston, Memphis, Búfalo, Erie y Toronto. Como toda persona precavida y organizada mi papá había hecho “su bitácora” que era un cuaderno que contenía la información que él creía necesaria y le ayudaría en el viaje, y en donde iba redactando lo que iba sucediendo, ponía tips e ideas que le serían útiles en su próximo trayecto. La idea parecía descabellada, pero realmente más que un sueño, atravesar todo Estados Unidos manejando, era un reto.

Al fin salimos, por primera vez de muchas, un 18 de agosto de 1983... creo que todos estábamos nerviosos, mi papá llevaba su cajita de casetes de música instrumental con la que se relajaba mientras manejaba y de música linda como los Carpenters, no podía faltar la música ambiental, también como un plus le había metido a la camioneta un doble tanque de gasolina, un acelerador automático, una brújula, unos vidrios especiales para no quemarnos con el sol, en todo había pensado.

Cuando llegamos a Laredo, volteó y nos dijo: “caballeros bienvenidos a la primera frontera” Seis días después, al llegar a Toronto, nos bajamos en “la segunda frontera” y tomamos

muchas fotos. La sonrisa de mi papá, de total satisfacción la llevo grabada en mi mente.

Hicimos muchos viajes en esa camioneta, cada lugar que visitábamos, papá le compraba una calcomanía y se la pegaba a la caseta en la parte de atrás...

Llegamos casi a tapizarla de calcomanías... de broma le decíamos "La Trotamundos" recuerdo como dato curioso que cada que llegábamos de cualquier viaje, volteaba a vernos, lleno de satisfacción y nos decía: "Servidos caballeros, este pobre hombre ahora si va a descansar".

El otro día, acomodando unos cajones de mi papá, me encontré "la bitácora" de ese primer viaje, la sangre se me bajó hasta el suelo, se me "apechugó el corazón" se me hizo un nudo en la garganta... la olí, ya olía a viejo, y cuando la abrí, una de las líneas decía "Llegada a Memphis, primera salida, segunda salida, por si me paso, opción 1, si me vuelvo a pasar opción 2" así con cada llegada a cada una de las ciudades... Porque las carreteras parecían nudos de laberintos, pero él se aprendía los mapas de memoria y pocas veces se equivocaba.

En cierta ocasión volé por encima de Búfalo NY, me llamo la atención el enredo de carreteras, y comencé a reír... y pensé ¡Vaya, si mi papá hubiera visto esta encrucijada de ciudad desde arriba, no se hubiera animado! En realidad lo sabía, por eso la elaboración de "su bitácora" con tantas opciones, "por si se pasaba".

¡Ah! Mi papá siempre tan precavido, tan célebre, tan sabio, yo quisiera tener algo de sus agallas para hacer las cosas como él, su terquedad para cumplir sus sueños, su humor blanco para reírme de la vida, su mente para ingeniar, sus manos para crear...

Mi hijo me preguntó: – ¿Mamá que vas a hacer con “la bitácora” de mi abuelo, la vas a guardar?.

La volví a dejar en su cajón, le dije: – Mi vida, la guardaré en mi pensamiento con mucha melancolía.

En los viajes hay llamas que el viajero olvida, en los viajes hay cenizas que el viento dispersa, creo que en esto consiste la vida del hombre... en especial la vida de tu abuelo, viajero insaciable, guerrero incansable, corazón bravío, siempre parado al borde del mundo para desde ahí, alcanzar a ver más, mucho más.

La varita mágica

La envidia despertó en mí, cuando mi hermana Daniela, se encontró afuera del súper, justo en el estacionamiento, la cantidad de \$400.00 pesos doblados en rollitos de 50 pesos tirados entre la basura.

No podía pasar eso enfrente de mis narices... que buena suerte de ella y que mala suerte para mí.

Por supuesto no quiso compartir nada conmigo, al contrario, se la pasó todo el camino al súper presumiéndome en todo lo que se iba a comprar.

Primero agarró bolsas y bolsas de chocolate, pero a los dos o tres pasillos los dejó, después agarro unos discos de los Carpenters, sobó y sobó la portada, y también los dejó. Más adelante tomo unos lentes y unas pulseras, caminó con ellos varios pasillos pero de igual manera los aventó donde pudo.

Finalmente llegó a la juguetería, ahí se encontró algo mágico, maravilloso, inusual e indescriptible, ¡Una varita mágica!

No lo pensó dos veces y la compró. Era una varita color plateada, con una estrella hermosa en la punta, de fierro, como de unos 20 centímetros, que claro ni siquiera me dejo tocar.

De camino de regreso a casa, solo me dejó “oler” el papel celofán de la envoltura, y al igual que ella imagine todo el dinero que “Iba a poder aparecer” en un abrir y cerrar de ojos.

Duró planeando en dónde se iba a dar la primera aparición del dinero, si en nuestra recamara, si en el baño, o en la sala. Y si a mi bien me iba, me iba a “permitir estar presente.” Pero claro, cobrándome por el derecho a ver. Daniela siempre ha sido muy ambiciosa y negociante.

Llegando a casa, buscó y buscó las “palabras mágicas” dentro del cartón en donde venía amarrada la varita, pero no había nada.

Así que se arremangó su suéter azul, y se acomodó sus miles de pulseras para comenzar a sacudir aquella varita mágica.

Al principio todos éramos espectadores, la ilusión nos desbordaba el pecho, a mí, hasta me había mandado a traer unas bolsas de plástico en donde Daniela echaría el dinero.

Frotó por primera vez la varita, nada sucedió... la froto por segunda vez, nada sucedió... la tercera, la cuarta, la quinta, y nada. Un poco desesperada, Daniela pensó que lo que le hacían falta eran las palabras mágicas. Rápidamente llamó a mi abuela, que era muy ocurrente para ese tipo de cosas, y le expuso su caso. Daniela regresó con las palabras en su boca:

—“Silim Silim Silimdidero, quiero aparecer dinero”

Nuestros ojos que estaban más grandes que un par de platos, poco a poco fueron recuperando su tamaño normal... nada sucedió ¡Nunca! Toda la tarde la pobre Daniela lo intentó. Cada la noche todos nos fuimos a dormir. A la mañana siguiente encontramos a mi pobre hermana, acostada a lado de su varita, claro, con la mano torcida, y el mango de la varita roto.

Cuando despertó se puso a llorar, le pudo mucho haberse gastado su dinero en una cosa inservible.

Escuche que mi papá le dijo a mi mamá que le quería regresar los \$400.00 a Daniela, para subirle la moral.

Pero mi mamá, siempre inteligente y astuta no se lo permitió. Le dijo que esa era una buena lección de vida para ella, que la próxima vez, pensaría mejor en que gastar su dinero, y que en el desprecio de la ambición se encuentra uno de los principios esenciales de la felicidad sobre la tierra.

Les confieso que a mí en el fondo me alegró mucho que mi hermana no fuera millonaria tan niña. Así, me seguiría hablando...

Hoy nos acordamos de esa anécdota... y la ingrata aun me dice: –Mi varita si servía, lo que le faltaba eran las instrucciones de uso. Y nos echamos a reír a carcajadas...

Les aseguro que mi hermana ha logrado a base de constancia, método y organización el éxito que ahora tiene, y esos tres principios de vida le han sido mucho más útiles, que una varita mágica.

Los frijoles de otra casa...

Siempre me pregunté, ¿por qué todos los días mi mamá llamaba a mi abuela paterna para pedirle que “le regalara *tantitos* frijoles”? Y hasta tenía un bote especial, lo recuerdo de plástico rojo, triangular, en donde mi abuela depositaba y se lo entregaba lleno con los frijoles más ricos que he probado en mi vida.

Pero, lo curioso es que en el refri de nuestra casa siempre había frijoles, nunca entendí porqué se los pedía a mi abuela, hasta llegué a pensar que mi mamá era “*un poco cómoda*” y le gustaba que se los dieran calentitos, o que ¿a mi papá sólo le gustaban los frijoles de su mamá?

Un día, fueron a comer mis primas a mi casa, y mi mamá nos sirvió una carne con frijoles, los hechos por ella, no les dio los de mi abuela... y mis primas los devoraron y se los halagaron mucho, le dijeron que eran los más ricos que habían probado en su vida... yo las observé, mas no comenté nada. Días después yo fui a comer a casa de mi mejor amiga y de igual manera su mamá nos sirvió de guarnición frijoles refritos con queso, mismos que me supieron a gloria y, entonces, me cayó el veinte, los frijoles que comíamos de las casas ajenas, siempre son sabían diferentes, exquisitos... pero ningunos como los de mi abuela.

Un día, me tocó ver, cómo mi abuela les daba “*su toque rico*” a los frijoles que preparaba... los freía en manteca, y les molía

comino, unas gotitas de vinagre, después les revolví una bola de chorizo frito, cuando soltaban el hervor, los apagaba, y los dejaba enfriar...agarraba una tortilla de harina recién hehecita y me hacía un taco...

Se iba a la tortillería y compraba maíz quebrado, que ella preparaba después para hacer la masa de los tamales, le iba dando el punto poniéndole cucharadas de caldo de pollo, y untaba con delicadeza hojas de espinaca con una palita de madera, y rellenaba con los frijoles y una rebanada de queso “grande”, doblaba la hoja y los metía a la vaporera, nos daba de merendar los tamales más ricos de la vida.

Y cuando era el cumpleaños de alguien siempre ponía una mesa hermosa, ella hacía todo, pero lo típico era su mole, esposito, de un sabor sin igual, que mi papa degustaba con los ya mencionados frijoles ¡y una cerveza Corona bien fría! A los niños nos daban un Jarrito de limón o de tamarindo.

El tiempo pasó, y aún paladeo el sabor de esos frijoles, y me dije, ¿por qué no prepararlos igual? Me di a la tarea de ir al súper y comprar los cominos, vinagre, el chorizo y la manteca... Llegué a casa y los preparé, pero no fue tan fácil la cosa, como pensé, pues el chorizo, era de otra marca y les desvirtuó el sabor original, cerré mis ojos y traté de recordar la etiqueta que usaba mi abuela, repasando en mis recuerdos, me vino a la mente que lo compraba en el “Uruapan” un chorizo de Cedral de etiqueta amarilla... que jamás podré encontrar aquí.

Y entonces pensé... es hora de tener mi propia receta de frijoles y hacerlos como los hizo mi abuela, *inolvidables*...

Les paso mi secreto, los preparo exactamente igual, sólo que en lugar de ponerle el chorizo les pongo carne seca, frita con un chile serano rebanado y cebolla acitronada. Quedan listos

para saborearlos en burritos, totopos, tacos, para relleno de tamales y acompañarlos con cualquier platillo. Hace unos días mi hija invitó a comer a una niña, que es muy especial en la comida porque nada le gusta pero, le serví un filete de carne de res y una cucharada de mis succulentos frijoles... probó con la puntita del tenedor, no dijo nada, y dio una segunda probada, con el tenedor más lleno, y en un minuto los había devorado. Cuando terminó, me dio las gracias y me dijo: “Qué ricos los frijoles”... cumplí mi objetivo, ahora la niña presume que los frijoles que prepara “la mamá de Sabrina” son riquísimos. Pero creo que también tiene mucho que ver que ¡Son los frijoles de otra casa!

Di amigo Chuy

El otro día, me llamo mi vecina, esposa de Chuy para invitarnos al cumpleaños de él. Este vecino lleva una vida muy estresada, viaja todo el tiempo por largas temporadas, de Dallas a Chile, de Chile a Aguascalientes, de Aguascalientes a Nueva York... Y está pocos días con la familia. Su vida “súper ajetreada” no la envidio, de ninguna manera, tal vez lo que si le envidiaría es su cheque en dólares que le llega cada mes de la empresa de donde trabaja en Dallas.

Pero hoy, mi amigo Chuy, cumple 50 primaveras. Hizo una pausa en su vida, para dar gracias a Dios por permitirle llegar hasta este día. Contrataron una iglesia chiquitita, tal vez pensando que no asistirían muchos. Conté ocho bancas de cada lado. En verdad es muy pequeña, pero muy hermosa. Pertenece a las monjitas de Vergeles...

Cuando llegué a la misa, un poco tarde porque me perdí en el camino, me tocó sentarme mero atrás, siendo la mejor espectadora del acontecimiento, en cuanto me iba a sentar, sonó mi celular, y rechacé la llamada. A los pocos minutos, volvió a sonar.

Muerta de la vergüenza se me acerca una de las monjitas, un ser simpatiquísimo, *chapeteada*, de ojos grises; le calculé unos 20 años de edad, con su hábito negro, medias y huaraches y con una sonrisa esplendorosa, la cual yo no podía dejar de admirar,

y me dice con voz dulce: –Apaga tu celular.... Deja que Dios te llame y me guiñó el ojo.

En seguida lo apagué y me postré, hincada, ante Dios.

Lo vi en su cruz, pleno, lindo. Su mirada se dirigía a mí, y al de al lado, y al de adelante y al de atrás y a todos, como si nos observara detenidamente a cada uno, le dije: –Mi Dios, que buena jugarreta me hiciste; y sólo él sabe de que le estaba hablando, y proseguí diciéndole: –Pero como a tí, hoy ya me da risa, vaya manera de darme una experiencia más en mi vida. Muy mala broma, por cierto, le recalqué. Pero te respeto, te amo, has de mi lo quieras, solo te pido, no me sueltes de tu mano.

En eso el padre nos puso de pie, para decirle unas palabras a mi amigo Chuy, le dijo que toda su riqueza era pasajera, que sólo tenía su grandeza como hombre, su familia y sus amigos, que todo lo demás se acababa en un suspirar. Y que valorara eso por sobre todas las cosas, nos dijo que la felicidad, a veces es una bendición; pero, generalmente es una conquista.

Lo vi que de reojo, volteó hacia atrás, disimuladamente, a ver qué tan llena estaba la “la iglesita” y sonrió cuando descubrió que habíamos mas 100 personas acompañándolo. Y entonces me pregunté porque estaba yo aquí...

Recordé que en una ocasión un domingo muy temprano que Salí a comprar la leche de mis hijos, (cerca de las 7:00 de la mañana) olvidé mis llaves de la casa dentro, justo cuando di el cerrón a mi puerta de madera, me di cuenta. Estaba ahí, con mis dos niños chiquitos. Solos los tres, afuera... pensé qué hacer. Estaban todas ventanas cerradas, y recurrí a mi amigo Chuy, quien se despertó de muy buen humor. El pobre acababa de llegar de Perú, y venia sumamente desvelado pero, como siempre, me recibió con un –¡Qué pasó, *vecinilla!* Le dije que me

había quedado afuera, enseguida sacó una escalera kilométrica y se trepó hasta el segundo piso, y haciéndola de “MacGyver”, se pegó a mi ventana de arriba y logró abrirla...

También recordé cuando murió mi papá, que estaba yo sumida en una depresión, y él me preparó una cena en su casa para “alegrarme un poquito” y me estuvo consolando, sin imaginar ni si quiera que su mamá acababa de morir.

Y así fui recordando uno a uno los favores que este vecino me había hecho a lo largo de quince años de tenerlos a lado.

Volví de mis pensamientos absortos y seguí observando la misa que me tenía con la piel chinita, y conmovida hasta el alma, con tanto lindo detalle. Desde el cuarteto de violines hasta los puños de crisantemos frescos, haciendo perfecta armonía entre las hojas verdes y las rosas de castilla.

Me sorprendió una cosa, acudieron siete personas parálticas, entonces me di cuenta de que Chuy era un amigo muy valioso, un ser querido por muchos, y que a pesar de no radicar mucho en Aguascalientes, había sembrado buenas semillas y había cosechado buenos frutos, que las “raíces” que había echado eran para alojar arboles de buena madera.

Entonces me pregunté, ¿Cómo llegare yo a mis 50 años? ¿Llegaré tan feliz y satisfecho como él? ¿Y tú, como llegarás? ¿Con quién? Falta mucho tiempo, pero es momento de buscar las raíces que me atarán a mi gente querida.

El sacerdote se bajó del altar, y salpicándonos de agua bendita a todos nos dijo: “LES DESEO VIENTO EN SUS ALAS, LUZ EN SU CAMINO, E ILUSIONES EN SU CORAZON” y se acercó a cada uno de los lugares de los parálíticos para darles una bendición especial y la comunión...

Nunca me había tocado verlo.

¿Y a todo esto, por qué mi reflexión?

Pues aunque no estemos muchos cumpliendo 50 años, les invito a hacer lo que mi amigo Chuy. Paremos con el estrés del trabajo un sólo día y pongamos pausa a nuestra vida, volteemos a alrededor, preguntándonos ¿Quién está hoy conmigo?

Sin más, cuando terminó la misa, me acerqué a Chuy, le di un abrazo con el corazón, y le dije: —¡Felicidades, amigo!

Quien con su cara llena de alegría me dijo:

—*Vecinilla* —me dijo—, no solo festejo mi cumpleaños, también festejo que he cumplido todas las metas que me he propuesto. Nunca dejes el entusiasmo por la vida: Es una virtud tan valiosa como necesaria, trabaja, aspira, y siempre tiende hacia arriba, TRANSFORMA TUS DESEOS EN REALIDAD Y TUS IDEAS EN HECHOS”.

Se me acercó y, en secreto, me dijo muerto de la risa:

—Pero claro, todo acompañado de un rico vino chileno...

NO PERMITAS QUE EL HÉROE QUE HABITA EN TU ALMA MUERA EN SOLITARIA FRUSTRACION POR LA VIDA QUE MERECIAS, PERO QUE NO PUDISTE ALCANZAR. ANALIZA TU CAMINO Y LA NATURALEZA DE TU LUCHA. EL MUNDO QUE ANHELAS PUEDES SER CONQUISTADO. EXISTE, ES REAL, ES POSIBLE, Y ES TUYO.

Mis recuerdos olvidados

Mi clóset de niña era todo un desastre. Compartía el clóset con mi hermana mayor, si yo era desorganizada, ella ¡desorganizadísima! Dentro del clóset, cada quien tenía unas puertitas, con llave por supuesto, en donde guardábamos nuestras cosas más secretas. Un día no supe cómo ni en donde, perdí la llave de esa puertita, y jamás pude volver a abrirla.

El tiempo pasó; y, hace poco, cuando me encontraba de visita en casa de mis papás, la casa de mi infancia, y me metí a mi recámara, vi mi clóset, cerrado... Y la puertita aún se conservaba cerrada con llave. Metí una pequeña llave, que porto siempre conmigo, de un candadito de mi casa actual, y ¡sorpresa! Abrió la puertita. Me quedé parada viendo mucho rato, me entró una nostalgia increíble, no sabía si reír o llorar, ¿saben que guardaba? Mis tarjetas de Hello Kitty, una cajita de música que me trajo Santa, cuando yo tenía diez años, las instrucciones de mis patines de fierro, gomas para borrar en forma de corazón, que por cierto aun olían a perfume, una boligoma y la carta de una buena amiga. Mis ojos se llenaron de lágrimas al leerla, pues me contaba que se sentía muy triste porque no tenía amigas, que yo era la única que le hacía caso y que últimamente ni yo le prestaba atención.

Por la fecha del timbre en el sobre: 10 de octubre del 1982, supongo que íbamos en cuarto o quinto de primaria, esta amiga

había llegado en verano al colegio, acababa de quedar huérfana de ambos papás. Estallé en llanto sin más, porque hasta el día de hoy entendí su mensaje, me decía que “Dios le había dado una hermana conmigo”. Casi 30 años después, ¿de qué le servía ya? Guardé la carta y le di un beso. “Para ti amiga”, en donde quiera que estés. Ahora sé que a una buena amiga jamás se le abandona, si decide tirarse de una montaña, no saltaré con ella: La esperaré abajo para salvarla. Acaricié todas esas cosas que guardaba ahí en mi puertita del clóset, a mi hija le llamaron la atención los patines de fierro, y recordé que una navidad me los habían comprado mis papas y entonces pensé en ellos, en que me habían comprado muchas cosas y yo había sido una niña privilegiada.

Entonces descubrí la “trampa de mi mamá” había dejado mi clóset intacto adrede, para que yo algún día me diera cuenta, de que en esa casa había sido muy, pero muy feliz, y que todavía ese es ¡mi dulce hogar! De mi amiga “Gaby Arciga” la niña de la carta, jamás volví a saber nada. Solo de ella guardo un listón de su pelo que metió en el sobre y su sonrisa en mi corazón.

Cinco palomas

Estaban, cierto día, cinco palomas paradas en el alambre de la luz, platicando sobre todo lo que acontecía a su alrededor: Pita, Gonzalo, Juanis, Felipe y Rina. En esa mañana iban a emprender el vuelo, se iban a ir por un año y regresarían otra vez, hasta que el calor entrara... Cuando Pita voló, no sabía a dónde ir, ella no había tenido nunca palomitos, así que nadie la esperaba, duró mucho tiempo con las alas abiertas planeando sobre el aire, pensando hacia donde iría, hasta que se paró a lo lejos en una montaña, desde donde vio, toda ciudad. Suspiro y dijo: —Ay si tan solo yo me hubiera juntado con algún apuesto palomo, y hubiéramos tenido bebés, mi vida sería plena, llena de amor, diferente.

Pita decidió no ir a ningún lado, encontró el hueco de una roca y ahí permaneció refugiada, sola durante el crudo invierno. Gonzalo era un palomo muy activo, para no caer en hipotermia decidió ponerse a trabajar; primero busco un refugio, después recolectó mucha comida y fabricó un nido muy bello con ramitas de un sauce que se había encontrado, a él no le importaba estar en ese momento solo, más bien estaba emocionado, porque llegando el verano él sabía que encontraría a la paloma de su vida y, pensando en ella, hizo aquel nido. Juanis en cuanto agarró el vuelo se fue a casa de sus polluelos, les llevaba regalos e iba con el corazón desbordante de alegría, pues esperaba todo el año para estar con ellos.

Vivían en lo alto de un árbol, ahí se refugiaba toda la familia en el invierno, y pasaban una temporada muy feliz, se disfrutaban, se enseñaban cosas y Juanis daba gracias a Dios y al cielo por haber tenido a esa familia. Felipo regresó, después de un año de ausencia al hogar de los Armijo, que era una familia de humanos muy adinerada; él había trabajado ahí como “Paloma mensajera”.

Le daban dos o tres misiones y andaba por todos lados llevando y trayendo noticias. Los Armijo lo querían mucho, porque Felipo era la paloma más puntual y cumplida que ellos habían tenido, además de que su sentido de orientación era único. Rina había corrido con muy mala suerte, pues a unos pocos kilómetros de haber emprendido el vuelo, un chiquillo travieso la había atrapado, en contra de su voluntad, encerrándola en una jaulita muy pequeña.

Aquella ave de grandes alas soñadoras ¡Había quedado a merced de un niño malcriado y sin que hacer! Ánimas, la mamá de este pequeñín, se había conmovido de la pequeña Rina y había colocado la pequeña jaula en el jardín. Al menos no le faltaría comida, pero nada, nada, escúchenme bien amigos: Nada a cambio de la libertad. Cuando pasó el año y llegaron al mismo alambre de la luz, Felipo estaba ya, era el primero que había llegado, era muy galán, estaba regordete y se había echado un rico baño de tierra antes de ir a la junta con sus amigos. Se frotaba las alas y veía el reloj mientras esperaba.

Al poco tiempo llegaron Pita, Juanis y Felipo. –Yo le hice durante el invierno un nido hermoso a mi palomita, dijo el galante palomo, se lo llené de comida y, además, tendrá una vista hermosa para que ahí crie a nuestros hijos. –¿Te casaste ya? Preguntaron todos sorprendidos –No, pero este año, lo haré... en cuanto encuentre a la paloma de mis sueños. Pita, que estaba hecha un hueso, ella platicó: –Durante el invierno

no hice “nada, nada”; estuve deprimida y casi no quise salir a buscar comida... ¡Y se le notaba! Juanis, llegó contentísima platicando: – Con mi familia estuve muy contenta, jugamos, reímos, hicimos pasteles de gusanos jugosos, que si currucucu que si curru-curru, era lo que oían los humanos desde abajo del alambre. Felipe había llegado muy realizado como palomo mensajero, con hilo dorado entrelazado en su pata, –Yo cumplí puntualmente los recorridos y las misiones que me dieron. Estaban brillantes sus plumas blancas y el brillo de sus ojos delataba mucha felicidad.

Después de un rato se percataron que Rina no había llegado... y tristemente, nunca llegó. Así es, mis queridos lectores: Son las cosas de la vida: Pita, por soledad, había caído en depresión, en el hastío, a tal grado que ni siquiera le importaba comer. Gonzalo, era el soñador, se la pasó esperando al amor de su vida, sin nunca darse cuenta de la soledad de Pita: ¡La tenía a su lado! Pero nunca, nunca se dio cuenta. Juanis era muy agradecida con Dios, quien le había dado todo, y lo mejor era que ella se daba cuenta, y disfrutaba y vivía cada día al máximo.

A Felipe no le importaba la familia, sólo le importaba ser el mejor, el primero, el único... Y Rina, la pobre Rina, sin querer, había ido a caer a una jaula privada de su libertad, como tantas veces sucede, cuando alguien se adueña de tu vida y dejas de ser Tú. ¿Y tú, que paloma eres? ¿El depresivo, que sufre de soledad y angustia por no tener una familia. El soñador que vive esperando al amor de su vida, creyendo aún en la perfección del ser humano. El agradecido que se da cuenta y disfruta de lo que tiene. El egoísta que sólo piensa en sí mismo y en su grandeza. O el manipulado... el que se deja encerrar en una jaulita de oro... ¿privándose de sus sueños y su libertad? Cualquier parecido tuyo con el de alguna de estas cinco palomas, es mera coincidencia.

Los piquitos de María

María es una niña de cuatro años que tiene pasión por las chuparrosas. Su mamá le ha puesto en la terraza de la cocina un comedero de pájaros relleno de miel de rosas, que es el alimento preferido de las chuparrosas. María las ha bautizado con el nombre de “Piquitos” porque a estos pequeños pajaritos es lo único que se les ve. Los piquitos de María llegan todas mañanas al comedero de miel. Llegan piquitos verdes, rojos, tornasoles, grises y todos, absolutamente todos, son bellísimos porque cantan muy emocionados al aire, todo el tiempo; y, transmiten energía, un despliegue enorme de energía, a pesar de su diminuto tamaño. Y si no lo creen, si lo dudan, observen a estas avechitas. Rara vez paran a descansar, se alimentan de miel volando, moviendo sus alitas, suspendidas en el aire. Sí, vean sus patitas frágiles, aunque a veces es posible observar cómo se toman un brevísimo descanso en alguna rama, o, como es el caso, en el bebedero de María.

El cumpleaños de María se acerca y Memo, su hermano mayor, está fabricando una sorpresa para ella... Esta inventándole una máquina traductora de piquitos. Si, así como lo oyen. Memo es una persona muy inteligente, ingeniosa, tanto que ha causado la admiración de sus maestros y sus padres, sus padres, orgullosos, no desperdician oportunidad para presumir la inteligencia de este niño, bajito de estatura, rubiecito y sonriente. Memo sonríe siempre, siempre. Con esa máquina podremos saber qué

es lo que los piquitos alegan tanto –dice para sus adentros el pequeño inventor. Días después, tras mucho trabajo a sol y sombra, la máquina está lista para ser probada; Es una pequeña caja de fierro que se cuelga a los comederos y que tiene como finalidad traducir el idioma de las chuparrosas, según informa el propio Memo.

Realmente, la caja contiene una serie de alambres de cobre interconectados; una pila de cuatro voltios comunica energía a una bocina, de un radio de transistores viejo y, en la parte de arriba está un pequeño micrófono, arrancado a una grabadora de bolsillo, desechada por alguien de la familia en el sótano de la casa. Memo se ha esmerado en dar a aquella maquinaria un aspecto bello: la ha pintado de verde y ha colocado su marca de inventor: “Memo” con letra manuscrita. A la mañana siguiente, muy temprano, Memo pone a prueba el aparato. Espera a que lleguen las chuparrosas, pacientemente. Cuando llegan varias gritando Memo se pone atento y prende el aparato para escuchar: –¡Qué barbaridad, mira este estúpido comedero que nos pusieron, esta gente es tonta de nacimiento; no, no, Dios no les dio cerebro, a pesar de que tienen tamaña cabezota! –Despotricaba una avecilla, la de color rojo brillante. ¡Vaya que estaba enojada! –Sí, es un asco para nosotras, maldita sea que ¡rayos! –gritaba otra avecilla, aquella tornasolada. La ríspida conversación, grosera, mal educada de esas avecitas tan lindas terminó por entristecer a Memo.

Caramba, tan bonitas, tan chiquitas y con este vocabulario. Uf, uf, la máquina funcionaba correctamente, sí, pero aquel lenguaje procaz de las chuparrosas, aquella conducta altanera, soberbia le echaba a perder la sorpresa ¿Cómo, en verdad, cómo regalarle este maravilloso invento a María? Memo se puso muy triste cuando se dio cuenta de que las chuparrosas hablaban puras groserías. Caramba, era un dilema, sí, sí señor; llegaron los demás colibríes, el verde, el gris, un azul cielo... igual, sólo

majaderías salían de sus pequeños picos. Así, al descuido, sin el aparato recién inventado de por medio, los oídos humanos escuchaban trinos maravillosos pero, ya se demostró de manera científica que esos pájaros de un grupo de avecillas locas, supuso que llegarían otras con mayor educación, más corteses y agradecidas.

Esperó la llegada de otro grupo de colibríes, y llegó, en efecto: ¡Qué barbaridad, que injusticia, qué suciedad y así quieren los humanos que vengamos a comer; no, no, estos son realmente tontos! Decía el colibrí de tonos azules. Si, este es el peor comedor que he visto, y he visto —Decía otro—, verdaderas asquerosidades pero este, este, amigo, supera todo. Y hubo uno, que llegó, solito, mascullando también groserías.

Debió ser un colibrí de Alvarado, Veracruz. Realmente insoportable, pedante, desagradecido, más, mucho más grosero que los otros, tanto que me voy a reservar lo que expresó. Memo estaba desesperado, triste, desanimado, su gran invento, un invento como para ganar el Premio Nobel de la Ciencia, sólo serviría para descubrir que las chuparrosas son seres muy groseros. No, María no podía escuchar esto, ni María, ni nadie. Acongojado, Memo se puso a cavilar y, de pronto, se le prendió “el foco”. Se dio cuenta que el aparatito podía traducir la lengua de los colibríes, de las chuparrosas, al español, pero ¿Podría hacer que estas aves entendieran nuestro idioma? Así que invirtió la pila, cambió de lugar algún alambre, apretó un tornillo, y esperó a que llegara alguna otra chuparrosa... pero no llegó ninguna, porque la tarde caía y estaba oscureciendo; las oyó volar y las vio perderse entre las copas de los árboles.

Fue al comedero, quitó la cajita y se la llevó al garaje donde estaba su “laboratorio”; sobre un papel dibujó un esquema, desarrollo los circuitos necesarios, el mecanismo para invertirlos y colocó una válvula que, en automático, cada que pieran las aves

o los humanos, se pusiera en la posición de traducción, sea del chuparrosil o del español. Se desveló, sí, pero logró finalmente concretar la idea y, cuando el sol estaba saliendo, fue a colocar el aparato en el comedero, corrió por un néctar de rosas y lo vació generosamente. Esperó y esperó y las chuparrosas no llegaron. Habían decidido hacer una huelga en protesta por la fealdad del comedero y porque el néctar de rosas, parecía de gardenia, además de que estaba ajado. Con el lema de “No queremos miel de gardenia por miel de rosa” y gritos de ¡Humanos estúpidos, qué se han creído que se van a burlar así de nosotras! Se colocaron sobre el tendido eléctrico aéreo, precisamente enfrente del comedero.

María, que se había despertado ilusionada con sus piquitos, los descubrió en el alambre de la luz, formaditos, moviendo las alas y piando estridentemente. Ella pensó que le cantaban cosas lindas. Memo sabía que no. María le decía a Memo que le encantaba oír a las chuparrosas, que las quería tanto, que las admiraba, que para ella eran las aves más lindas del universo. Criaturas dulces, tiernas, frágiles, muy trabajadoras. Memo le seguía “la corriente”. No pudo probar el traductor automático, por temor a que María escuchara a las chuparrosas que, por el tono estaban soltando su repertorio más grosero. ¡Qué lindo, qué lindo están cantando! –Decía María aventándoles besos con las manos, saludándolas, sonriéndoles, pero Memo, Memo sabía que esas aves... en fin...Memo guardó la cajita en una bolsa, intentando que María no se percatara de ella, pero la niña se dio cuenta y preguntó ¿Qué es, memo? ¿Mi regalo? No, no es nada, María, no. Tu regalo será una sorpresa, le prometió él. ¡Sí, sí! –Exclamo María entusiasmada. Y lo abrazó con ternura.

Memo siguió, a la mañana siguiente, esperando probar el traductor inverso. Cuando llegó el grupo de chuparrosas quejumbrosas y groseras, y el aparato invirtió, les pidió con voz enérgica que se dejaran de sandeces, y le dijo, que si no... ¡Pajaritos

a volar! Y que jamás volverían a tener comida gratis. Después de eso les pidió que se comportaran porque desde ese día la pequeña María, una niña de alma inocente y buena estaría escuchándolas...y que no era justo que si ella las amaba, recibiera sólo groserías. Las chuparrosas se apenaron muchísimo, ¡tenía razón Memo! Pues de no ser por María, ellas no tendrían todos los días, su alimento seguro, aunque no les encantara la miel de rosas, no se debe hacer el feo a la comida que se te brinda; y, menos, con tanto amor. Las chuparrosas, arrepentidas por su actitud, decidieron preparar una sorpresa para María.

Cuando ella se despertó, ¡Era su cumpleaños! Y encontró a todos los pequeños pajaritos parados en su ventana cantándole las más dulces mañanitas...Fue así como María, por fin, extasiada por el invento de su hermano, pudo platicar, fascinada con las chuparrosas, en un lenguaje muy adecuado y cortés. Desde ese instante, las avecitas se distinguen como las más educadas de la fauna sitial del que se sienten ya muy orgullosas. Ni qué decir, platicaron, los piquitos con María, sobre las cosas más hermosas del mundo; cantaron, se divertieron y fueron las invitadas principales, claro, junto con Memo, en la gran fiesta de cumpleaños de María.

Guerra de Luces

Después de terminar la tierra, el cielo y el universo, Dios y San Pedro, admiraban su creación, parados a la orilla un mar...

Después de un rato de silencio, y de sentir el chocar de las olas en sus pies, Dios se frotó su barba, y dijo:

—¡Carambas, San Pedro, olvidamos algo importante... olvidamos conectar el horizonte con el cielo...!

Era cierto, todo funcionaba a la perfección. Todo, bueno casi todo, estaba planeado hasta el último detalle, pero no había una conexión entre el horizonte y el cielo...

—¡Mi Dios! Exclamó San Pedro ¿Y para qué crees que sea bueno crear una conexión, que lo una?

—Porque cuando las almas mueran, necesitaran un proceso de purificación... para entrar al cielo, un filtro que les libere de todo pecado, ya que en la tierra tendrán muchas tentaciones... será un sendero lleno de luz, que conduzca a los espíritus a la vida celestial.

—¡Ya se! Dijo San Pedro... algunos listones de luz, servirán de unión, purificaran y se engrandecerá el escenario a la pupila del hombre.

Dios entonces, convocó a todas las luces que cumplieran con los requisitos. Las más bellas que existían...

Las citó a todas en la orilla del mar, llegaron varias candidatas, entre ellas, la *Aurora Boreal* y el *Arcoíris*.

La *Aurora Boreal*, simplemente era hermosa, magnífica, enriquecedora ante los ojos de todos, se presentó haciendo un pequeño show con sus mejores capacidades. Cacia constantes cambios de luces debido a la variación de la interacción entre las ráfagas de viento solar y el campo magnético de la tierra. Mostraba dos colores a la vez y los iba cambiando, mientras movía su mágica cortina.

En eso llegó el *Arcoíris*, bellísimo de punta a punta, como un espectro hermoso, aventando gotas de agua cristalina y refrescando a todos, era el fenómeno óptico y meteorológico más lindo que existía. Era un puente perfecto, que en sus puntas posaba en el horizonte y en su cima tocaba el cielo.

Algunas luces, al ver la competencia, mejor se retiraron, se sintieron “poquitas” a lado de ellas. Otras hicieron el intento, pero ya cohibidas.

Dios y San Pedro, entraron en una controversia, pues la *Aurora Boreal* y el *Arcoíris* eran únicos...

Dios dijo: –La *Aurora* es simplemente fantástica, esa cortina que presenta en movimiento, hará que las almas pasen un proceso extraordinario, parece un espejismo: Es bellísima. Es un autentico derrame del cielo sobre el horizonte. La *Aurora Boreal* es un fenómeno completamente atmosférico.

San Pedro dijo: – Sí, pero el *Arcoíris* es emblema de nuestros sueños, es un enlace palpable, es una promesa, es inspirador, es

genial. El *Arcoíris* es un efecto completamente terrestre. —dijo Dios. Si, replicó San Pedro, pero la *Aurora Boreal* solo se podrá admirar en los polos, mientras que el Arcoíris podrá ser apreciado en cualquier punto de la tierra.

Ambos se quedaron callados, las luces estaban todas tomadas de la mano esperando la respuesta de los creadores, pues la que ganara, sería catalogada dentro de las mejores cosas lindas del Tomo 5 de la Enciclopedia Celestial que hablaba del Universo y los fenómenos mágicos y enigmáticos en él.

Después de pensarlo bien Dios les dijo:

—No ha habido ninguna ganadora... pues todas han sido creadas por mí, para ser disfrutadas; y, todas son regalos míos para el hombre... poco a poco, todas orgullosas, se fueron retirando.

—Alto ahí, ordenó Dios a la *Aurora Boreal* y al *Arcoíris*... Su intervención fue muy buena, quiero darle a cada una, una misión especial. Ambas pusieron atención absoluta...

Cuando el hombre esté sumergido en la tecnología, en lo material, y en las cosas irrelevantes de la vida, cuando el hombre de un paso más allá y salga al espacio en cohetes... necesito que desde donde esté, pueda apreciar a la *Aurora Boreal*, para que le recuerde al hombre que somos energía y parte de la naturaleza y aprecie mis creaciones en donde quiera que esté, acordándose de mi existencia.

Cuando el hombre se encuentre en la tierra, con sus ilusiones perdidas, y ya no mire más al cielo, por los aconteceres diarios de la vida que lo acongojan, saldrá el *Arcoíris*, con sus bellos colores, para hacerle recordar que después de la tempestad, viene la calma. Cuando todo el evento ya se había terminado, llegó la *Vía Láctea*, corriendo, súper excitada.

–Altísimo –le dijo a Dios, casi sofocada–, dame la oportunidad de presentarme, verás lo que puedo hacer... Y la Vía Láctea, después de un profundo respiro tomó forma de espiral conformada de gases y polvos interestelares entrelazados en perfecta simetría. Bailaba y giraba al compás del ritmo de las olas del mar; era una bella criatura, sin duda.

San Pedro le dijo a Dios que aún no habían escogido a alguien que subiera las almas al cielo.

Y Dios le dijo a la *Vía Láctea*, eres bella, eres muy bella, y te encomendaré una misión muy especial, pues tú serás la encargada de llevar a las almas de la tierra al cielo... utilizarás como medio tu espiral ascendente para succionar las almas y purificarlas... y por cada alma que subas, te regalaré una estrella...

Y así fue, desde ese día la *Vía Láctea* porta más de 400 mil millones de estrellas, las lleva orgullosa como trofeos sobre su alfombra negra de terciopelo, la *Aurora Boreal*, nos envuelve con su mágica cortina móvil desde el espacio, para hacernos recordar la grandeza de Dios mas allá de la mortalidad, y el *Arcoíris*, nos recuerda que para poderlo ver hay que tolerar la lluvia primero, trayendo con esta una promesa de esperanza. Todos los misterios que entraña el universo son solo un guiño de un Dios infinito...

Y CON UNA MANO, EL SEÑOR CREO AL AMOR, PARA QUE TODO FUERA PARTE DE ÉL Y FUNCIONARA A UN MISMO RITMO, PARA ASI CONCLUIR CON SU GRAN OBRA MAESTRA, LO CREÓ COMO UNA FUENTE INAGOTABLE DE REFLEXIONES, PROFUNDO COMO LA ETERNIDAD, ALTO COMO EL CIELO, GRANDIOSO COMO EL UNIVERSO Y HERMOSO E INEXPLICABLE COMO CUALQUIER FENOMENO DE LUCES Y COLORES SOBRE EL HORIZONTE...

Fuga de caracoles

Una tarde asoleada, se encontraban en un parque muy bello, varias familias de moluscos gasterópodos, hermafroditas, que se movían suavemente como gusanos, alternando contracciones y elongaciones al caminar... comúnmente llamados por todos: “caracoles.” Se encontraban: los Caraconte, los Caracortéz, los Caracolchero, los Caracoronado, los Caracornero.

Eran muchas familias las que Vivían ahí en el bello parque de “La Concepción” en donde miles de niños se reunían a jugar toda la tarde y a hacer todo tipo de maldades. En estas familias de caracoles, pasaba como en todos lados, los chismes, los líderes, las angustias, que no hay hojas frescas que comer, que las viviendas se inundaron, los caracoles justos, los guerreros, los flojos, los políticos, los comunes robos de conchas, en fin, todo estilo de gasterópodo habitaba aquí. Los niños que venían a este parque, se entretenían mucho porque encontraban muchas especies, algunos las recolectaban en un vasito, otros sólo observaban, otros hacían pequeñas ciudades de tierra y la amurallaban encerrando varios bichos rastreros.

Los caracoles hacían “toque de queda” por seguridad, optaban por encerrarse en sus casas, de 4 a 7 de la tarde. Esto para evitar que los niños que visitaban el parque, les capturaran. Se habían escapado muchos meses de caer en las manos de estos

pequeños seres humanos, tan curiosos y peligrosos como querían ser... Pero un día, algo sucedió, eran después de las 7 de la tarde, prácticamente el parque estaba vacío, y todas las familias comenzaban a salir a buscar la merienda... la mayoría se iban a la corteza de un árbol frutal, a comer costra con la miel que escurría, era tan rico como un pan con leche.

El árbol era enorme, así que había alimento para todos, des preocupados, mientras comían y platicaban los diferentes acontecimientos del día, sintieron de pronto una manita humana que los despegaba a fuerzas, y los iban echando a un "Terrario" si, era Polo, quien traía un envase grande y vacío de refresco. Le había hecho una pequeña ventanita le había metido corteza de árbol, tierra y agua, y sólo faltaban los caracoles para concluir con su experimento de biología.

Asustadas todas las familias de caracoles, respiraban fuertemente por su piel produciendo más dosis de baba de lo común y empañando el envase, nadie hablaba, era un silencio total, de pánico. Hasta llegar a la casa de Polo, quien vivía justo a lado del parque "La Concepción". El niño dejó el terrario sobre la mesa del comedor, en donde todos los caracoles se pegaron al envase para observar todo lo que había del otro lado, sólo se volteaban a ver, el silencio y el pánico reinaba, nadie sabía nada. Después de un rato, empezó una gran discusión, todas las familias estaban desesperadas y como tal decían entre sí:

—Moriremos de hambre, decían unas. —Es el fin, decían otras.
—Qué haremos sin agua. —Este humano nos va a asfixiar.
En fin todo tipo de comentarios se dejaban oír, dentro de aquel envase.

Los Caracortéz, que era la familia más prudente, puso en calma a todos, tenían que asimilar que habían sido capturados, después tenían que investigar en donde estaban y después pen-

sar en cómo fugarse. Pero, para sorpresa de ellos, Polo había resultado el ser más cuidadoso del mundo con su terrario. Les ponía las hojas más crujientes, inundaba de agua fresca el envase, los oxigenaba, los sacaba a que les diera el solcito... así que todos vivieron tranquilos tras la captura y hasta las mamás caracolas estaban muy contentas porque sus niños no podían irse muy lejos a jugar, de cierta manera, hasta les resultaba cómodo no tener que ir ellas mismas a buscar la comida.

Pero no podían quedarse ahí, “en ese hotel de lujo” de por vida, así que después de unos días de darse cuenta de que estaban en la casa del niño, decidieron planear la fuga y fue en donde diversificaron las ideas... “Que si era mejor en la noche, que si en fila india y todos se ayudan a bajar, que si cada quien salvaba a su familia...” Pero realmente era muy difícil y complicado, tenían que ponerse de acuerdo, y actuar ya... los días seguían pasando, pronto serían llevado al laboratorio del colegio para después ser abandonados en un basurero y morir. Los Caracornejo discutían mucho, pero finalmente el papá tuvo una idea sabia... –Escuché que se van de viaje el fin de semana; esperemos a que se vayan todos los humanos y salgamos con calma, con mucha calma.

Y cuando la familia de Polo, efectivamente se fue, los caracoles emprendieron su fuga, abrieron la ventana del terrario empujándola con una ramita... y listo... estaban libres, uno a uno fueron saliendo, y mientras lo hacían iban admirando *su jaula de plástico* desde afuera.

Bajaron por la pata de la mesa del comedor, luego cruzaron toda la alfombra de la sala, la travesía era dura, pues para ellos era difícil arrastrarse en tanto pelo de alfombra, se cansaron mucho pero, finalmente los 26 caracoles habían llegado a la puerta principal... Sólo que había un pequeño problemita: ¡No cabían por la parte de abajo! Comenzaron a pelear y a

echarse la culpa unos a otros, la fuga, el intento había sido un verdadero fracaso... –Abortemos la misión y regresemos al terrario de Polo dijeron los Caracoronado.

Al ir de regreso, la familia de Polo abrió la puerta de la entrada, estaban llegando cuando vieron aquellos gasterópodos afuera, el pequeño se sorprendió mucho y los regresó al terrario, los alimentó y ató la ventanita con una liga... ya no podrían escapar.

Al día siguiente, Polo los llevó al colegio. Los metió al laboratorio y descubrió, con un microscopio que su terrario estaba lleno de huevecillos: Ahora se multiplicarían sus caracoles. Al final de la práctica, todos los niños tiraron los envases a la basura. Todos, menos Polo, que conmovido por las nuevas vidas, decidió, llevarlos de nuevo a casa.

Habían pasado tantos días de que todas las familias estaban encerradas en el terrario que aprendieron a llevarse bien y a respetarse y, como en toda sociedad, habían elegido a un líder, las caracolas cocinaban, los adolescentes cuidaban a los niños. Se habían convertido en una gran familia, y todo les funcionaba de maravilla...

Al llegar a casa, Polo se quitó el uniforme y agarró el envase y se fue al parque... Los caracoles se dieron cuenta de que todo el tiempo habían estado a sólo cinco metros de la puerta del parque de “La Concepción” y se echaron a reír.

El niño se fue debajo del árbol frutal de corteza de miel y bajó en envase, le abrió la puerta, y con su manita se despidió de ellos... ¡Los caracoles salieron gritando en bola! Muy pero muy felices de haber llegado a su morada. El envase lo usaron para guardar ahí a los bebes, pues era muy cómodo y calentito, y lo convirtieron en *hospital de caracoles*. Se dieron cuenta de que

los humanos no eran tan malos. Y ellos aprendieron a convivir con las familias, sin pelear usando el valor de “la solidaridad, y la tolerancia” pero, sobre todo, valoraron la linda naturaleza que Dios había creado para ellos, y que no la habían apreciado hasta que se vieron privados de su libertad.

Bolitas de aire

Voy a contarles una historia, en verdad maravillosa. Ocurrió en un lugar al que, aunque había oído hablar de él, desconocía. Nunca imaginé lo fabuloso que es. Se encuentra en un poblado rural llamado Tamapatz, en el Barrio de la Unión de Guadalupe, del municipio indígena de Aquismón, allá en la Huasteca potosina, llena de sones y huapangos.

Todo, absolutamente todo, lo que vi me maravilló, aunque debo decir que no así el calor, porque, a pesar de la humedad y de la abundancia del agua en aquella serranía, el calor ambiente, promediaba los 30 grados de manera sostenida, incluso por la noche, y a pesar de las ligeras brisas y algunas lloviznas que se dejaron sentir. ¡Qué paisajes tan maravillosos! serranos y selváticos: la selva húmeda. Si bien es cierto que toda la familia paseaba con la boca abierta por la admiración, sorprendidos por el canto de las multicolores aves silvestres, el parloteo de los verdes loros de cabezas rojas y amarillas, las visiones ocasionales de los zorros, los tigrillos y los jabalíes. A mí me cautivaron los vencejos.

A primera vista, estos pajarillos negros, como de unos doce centímetros, me parecieron golondrinas y, seguramente a muchos, porque el sorprendente hábitat de estas avecitas, era llamado “El Sótano de las Golondrinas”, una oquedad perfectamente redonda en la superficie de la tierra, con un diámetro aproximado de 60 metros, conteniendo un abismo, en caída

libre, según me explicaron, de 376 metros... pero, amigos, la profundidad de ese abismo se prolonga hasta los ¡512 metros! Muchas personas bajan a rapel, y hay quienes se lanzan asidos de cuerdas elásticas y otros, mucho más arriesgados, en algo que los lugareños conocen como papalotes y bajan con esas alas artificiales dando vueltas, en espirales elípticas, evitando chocar contra las paredes que se van ensanchando más y más, de modo que el diámetro del fondo llega hasta los 300 metros. Desde luego que ni mis hermanos ni yo pretendíamos hacer tal cosa: Saltar a ese abismo que, seguramente, estaría lleno de animales y de bichos pero, me preguntarán

—¿Por qué se llama El Sótano de las Golondrinas si no hay golondrinas?

¿Recuerdan lo que dije de los vencejos? Pues, si, por eso, porque si uno ve a estos pajaritos con descuido, los puede confundir con golondrinas. Me pasó a mí ¡Y eso que ya me habían advertido!

Llegamos una tarde de domingo a la cabecera municipal de Aquismón, provenientes de Zacatecas, cruzamos por San Luis y tomamos la carretera San Luis-Tampico, nos detuvimos a comer gorditas en Rioverde, San Luis Potosí y continuamos hasta Tamasopo, donde nos llevaron a un lugar precioso llamado “Puente de Dios”, una pequeña cascada sobre un foso de aguas tan claras que podíamos ver perfectamente el fondo cristalino.

De ahí reemprendimos el viaje hasta Ciudad Valles, donde ya nos esperaba el guía contratado por mi papá. Era un señor charrito, de apariencia indígena, llamado Baltasar Juan Luisa... ¡Jajaja! Ya vi la cara que pusieron, pero así se llamaba nuestro guía. Es una costumbre indígena ponerles a los hijos, como apellidos, los nombres de su papá y de su mamá, supongo que así no hay pierde. ¡Qué simpático! ¿Verdad? Pero, bueno, les

contaba que llegamos a Aquismón, y a Tamapatz, como a las cuatro y media de la tarde, el guía, don Baltasar, nos llevó a comer a una casa particular un tamal enorme que llaman zacahuil, hay zacahuiles de dos metros de largo, y están hechos con tres carnes: pollo, cerdo y res... y mucho, mucho chile guajillo molido entre la masa.

También comimos bocoles de manteca de res con frijolitos negros y queso dentro. Don Baltasar nos llevó, a mis hermanos y a mí, una jarra de jugo de naranja y a mis papás un licor de capulines, que mucho le elogiaron.

Como a las cinco y cuarto, don Baltasar nos invitó a subir a una camioneta pick-up, bien destartalada, mamá y papá en la cabina y nosotros: Armando, Elisa y yo, en la parte de atrás, donde fimos dando tumbos todo el camino, hasta llegar al Barrio de la Unión de Guadalupe, donde nos bajamos para caminar sobre una vereda hasta llegar al pie de un montecillo que tenías que subir, no sé, unos 60 escalones. Sí, ahí estaba el hoyo, como a unos cien metros.

Don Baltasar, sin ver el reloj, sólo levantando un poco la vista al cielo, por encima de la visera de una polvorienta y rota cachucha de beis, nos alertó

—¡Chamacos, *tensen* listos porque ahí vienen llegando los pájaros! No tardan más que tantito —nos dijo.

Mamá nada más nos estaba cuidando, pidiéndonos que nos retiráramos de la orilla de aquel hoyo en la tierra, temiendo que algún aire sorpresivo nos empujara hacia él. Fue Elisa la primera que los vio: Una mancha en el cielo, negra, desde el oriente.

—¡Los vencejos, los vencejos!” —gritaba Elisa, saltando y agitando las manos...

—¡No, no son pájaros... son vampiros!” —quiso jugarnos una broma Armando, pero se calló, ante la severidad de la mirada de papá, a quien no le gustaban, ni le gustan, estas cosas.

Los vencejos volaban desordenadamente, don Baltasar nos dijo entonces que los pajaritos tenían mala fama en las “*Uropas*”, ya que los “primos” de los “gringos”, esto es, los ingleses, les decían “*pájaros del diablo*”, porque sus alas eran como guadañas y porque, siendo tan chiquitos, “no más se la pasaban todo el día trague y trague” “¿Pero no comen niñas, verdad, don Balta? —quiso cerciorarse mi hermanita, quien había visto, una semana antes, una película de no sé quién llamada “Los pájaros”. “No, niña, estos pajaritos comen gusanitos, nada más” —la consoló don Baltasar. Mientras Armando y yo, nos reímos hasta que nos dolió la panza.

Llegaba ya la avanzada, unos cuarenta o, tal vez, cincuenta vencejos, que comenzaron a dar vueltas sobre el agujero, hasta que se fueron juntando los otros. Mamá, sorprendida porque las avecitas, que parecían delicadas, estuvieron volando en círculos varios minutos, preguntó al guía: “¿Y no se cansan?”. “No señora, nunca se cansan de volar” —le respondió con mucha cortesía. “¿Cómo está eso?” —quiso saber papá. “No sé” —fue la respuesta humilde, sincera de Baltasar Juan Luisa. “No sé, señor. Sólo sé que hasta se duermen volando”. Papá soltó la carcajada... “¡Como yo, cuando manejo de noche!”. Don Baltasar, no lo escuchó; o, hizo como que no lo escuchaba.

Ya se habían juntado muchos vencejos, mil o más y comenzaban a descender, ordenadamente, con una enorme velocidad, en picada, hacia el fondo del abismo, emitiendo una especie de pitido y dejando tras de sí un zumbido como de turbina de avión. Papá calculó que estarían descendiendo a cien o más kilómetros por hora. “Si señor, a 160 kilómetros por hora, según nos han dicho los ornitólogos de la Universidad de Texas”

—respondió con seriedad el indígena, mientras papá abría tamaños ojos, maravillado. ¿Se imaginan? ¡160 kilómetros por hora! ¡Verdaderos relámpagos negros y grises! ¡Ah, y entre todos ellos, aunque pocos, unos puntitos verdes! ¿Qué son —pregunté a Baltasar Juan Luisa—, qué son esos puntitos verdes?

—“Loros, cotorras de cueva” —me dijo con sencillez. “Míralos bien” —agregó. Y sí, cuando pusimos atención los vimos. Eran loros que volaban, comparados con los vencejos, torpe y lentamente. Pero había otros pájaros negros, un poco torpes, suponiendo que eras críos, pregunté:

—¿Y estos, don Balta, por qué vuelan tan erráticos? —usé una palabra elegante que le oía cierta frecuencia a mi papá.

—¡Niño, niño! —Me regañó; o, pareció regañarme don Balta— ¿No vez bien? ¡Son murciélagos! Aunque en honor a la verdad el pronunció: “murciégalos”.

¡Qué bonito! Para apreciar este espectáculo, hay que estar ahí, a la hora que llegan, quien sabe de dónde, los pajaritos. Entenderán que a nosotros, que somos de Zacatecas, no nos entusiasman mucho los agujeros en la tierra, más cuando hemos visto tantos tiros de mina pero, aquel abismo, que se encuentra entre los más grandes de México, nos impresionó, vaya que sí.

Imaginen esto: Los vencejos llegan, desde el Oriente, al atardecer, en parvadas enormes que oscurecen el cielo antes de que se haga de noche; en grupos de entre cuarenta y cincuenta pajaritos, “danzan” alrededor del agujero en la tierra unos minutos, dos o tres y, luego, se lanzan en picada al fondo, a una velocidad enorme; otro grupo los suple en la danza y se lanza también, con gran determinación y sigue otro y otro y otro grupo, entre pitidos, haciendo lo mismo, aleteando y lanzándose al abismo en línea recta... Cuando el último grupo ha

descendido, comienza a ocultarse el sol y aquel espacio verde se llena con unas vivientes lucecitas amarillas que los lugareños llaman “cocuyos”; sí, las luciérnagas que ustedes y yo conocemos tan bien.

Don Baltasar dio por terminada la excursión. Por aquella noche, como no estábamos preparados, dormiríamos en el pueblo. La siguiente, acamparíamos en las inmediaciones del Sótano de las Golondrinas.

—Esta noche —nos dijo a los niños, don Balta—, no se van a desvelar, porque mañana tenemos que estar tempranito en el Sótano.

—¿Pero, para qué, don Balta, si ya vimos a los pájaros? —preguntó con un dejo de fastidio Armando, quien planeaba irse a bañar a las hermosísimas cascadas de Tamul.

—Tempranito nos vamos” —insistió.

Como mamá no entendió bien nos dijo que teníamos que estar levantados y arreglados a las ocho de la mañana. Don Baltasar, que ya se iba, se volvió para decirle a mamá:

—No señora, a las cuatro de la mañana, tenemos que estar en el Sótano a las seis”.

Mamá sintió que se caía de espaldas y... más nosotros ¡Qué horror! Y así fue, a las cuatro en punto, don Baltasar estaba tocando a nuestras puertas, para llevarnos, todos somnolientos y picoteados por los mosquitos hematófagos a una gran mesa de madera, donde dos mujeres servían platillos con frutas, tres humeantes tazas de café, que olían riquísimo y tres jugos de naranja, así como seis platos con huevos revueltos, frijoles con queso y tortillas recién salidas del comal. A las cinco, ya estába-

mos todos a bordo de la destartalada camioneta de don Balta. Llegamos a las cinco y media de la mañana; del cielo, negro aún, colgaban la luna y las estrellas. Había un silencio absoluto, solo roto por el viento. Hacia las cinco cuarenta y cinco, don Baltasar Juan Luisa nos pidió que guardáramos silencio. Dentro del Sótano de las Golondrinas se oían los pitidos de los vencejos que acababan de despertar. Los vencejos, duermen en el aire, agitando sus alas sin cesar pero, al despertar, emiten pitidos, algo así como piit, piit, y es, entonces, cuando el primer grupo vuela en círculos y comienza la danza para preparar la salida, ahora en espiral, desde la cámara de la cueva para, apenas llegando a la superficie, lanzarse como cohetes al espacio, como fuegos artificiales, y volar hacia el Oriente.

Don Balta preguntó a papá si quería acercarse a la orilla del hoyo, pero él rechazó hacerlo, argumentando que los pájaros se iban a asustar. La verdad es que el que tenía miedo era él. Se lo vi en la expresión de su cara. Yo, como el mayor de los hermanos, pedí a papá que me dejara. Don Balta me ató una cuerda en la cintura, antes de que papá me diera permiso, él se enredó la cuerda en su mano derecha y se cercioró de que el otro extremo estuviera atado a su vez a una estaca, situada a cinco metros de aquel hoyo. Papá aceptó darme su permiso y don Balta me dijo que caminara hasta la orilla del agujero y, con los pies puestos sobre la tierra, me inclinara lo más posible, mientras me sostenía con la cuerda. Fue cuando vi, entre las sombras a los pájaros negros volando en espiral y pitando muy fuerte. Vi cómo se preparaban para lanzarse, como fuegos artificiales al espacio, a gran velocidad, hasta perderse de mi vista. Volaban esquivándome, pero sentía que de vez en vez alguno de ellos me daba un aletazo en la cara. Cuando la parvada había salido ya, hasta el último de aquellos pájaros y unos pocos loros, don Balta me levantó y nos pidió a todos que observáramos el cielo, señalando una mancha negra que se iba haciendo más grande y comenzaba a volar hacia el Oriente.

—¡Allá van —nos dijo—, volverán como a las siete de la tarde, luego de que se hayan alimentado.

¡Valió la pena levantarnos tan temprano, yo volvería a hacerlo una y otra y otra vez, con tal de ver a los vencejos salir de aquel abismo maravilloso! Papá, mamá y Elisa decían lo mismo, me nos Armando que insistía en que nos fuéramos a algún río... A las cascadas de Tamul.

Mamá decidió que aquella tarde no regresáramos al Abismo de las Golondrinas, porque había visto en Aquismón unas máscaras de madera y, algunas de cartón, multicolores, que le fascinaban; papá nos pidió que los dejáramos irse solos a la cabecera municipal y le pidió también a don Baltasar Juan Luisa, con seriedad de profesor:

—Don Baltasar, por favor, ¿puede contarles a mis hijos un poco más sobre los vencejos?

—Sí, señor, con todo gusto. Nomás que esta es una historia larga que nos llevará un “tiempito”.

—¡Mucho mejor! —exclamó mamá, seguramente sintiéndose liberada.

Apenas se fueron, don Balta nos dijo que subiéramos a la camioneta destartalada y que nos lleváramos nuestros trajes de baño.

Irámos al arroyo de El Tanute, no a Tamul, porque los ríos estaban crecidos y la cascada era peligrosa para los niños. Armando saltó de gusto, y Elisa también...

—¿Pero, don Balta... No iba a contarnos una historia?

—Sí, pero se las contaré allá. Aquí hace hartoo calor —me respondió y, entonces corrí a buscar mi traje de baño, mis sandalias, mi jabón y mi shampoo.

Llegando al Tanute, un arroyo en verdad increíble, de aguas transparentes, azul-turquesa y tremendamente frías, nos dimos un chapuzón rápido, mientras que don Balta se recargaba sobre el tronco de un árbol gigantesco, con grandes raíces, a donde nos llamó para contarnos la historia de los vencejos ¿No la quieren oír ustedes?

“Los vencejos –nos ilustró don Balta–, son el aire mismo, nunca dejan de volar, pueden, si quieren, mantenerse flotando, sostenidos con sus alitas, hasta tres años sin tocar el piso”

–¡Vaya, eso no se lo creo, don Balta –le repliqué.

–No lo digo yo, lo dicen ellos –me respondió con presteza, sacando un cuadernito de entre sus ropas y mostrándomelo: un libro de ornitología en el que se recogían apuntes de unos investigadores de la Universidad de Texas. Con esta prueba, don Balta continuó su relato, con los ojos cerrados.

–Los vencejos, pueden volar hasta dormidos, no necesitan nidos; sólo cuando empollan. Miren, estas avechitas vuelan dormidas y comen volando, nunca paran porque sus patitas son muy delicadas, yo diría que no les sirven, porque si caen, ya no se pueden levantar y se mueren si alguien no las toma y las lanza al aire, como se fueran piedras.

“No sé si puedan volar tres años sin bajar, pero yo los he visto volar durante una semana entera y no bajan. No bajan nunca. Los he visto dormiditos, volando; los he visto comiendo mientras vuelan –nos decía.

“Son como las chupa-rosas, más que como las golondrinas, así que alimentan a sus críos, esos sí en un nido, volando sin parar, metiéndoles en el pico, bolas de gusanitos que ya traen “masti-

cados” debajo de la lengua; y, cuando y tienen sed, bajan a los ríos, a los arroyos y beben agua sin dejar de volar.

—Es un pajarito que vive y que muere en el aire —decía, sonriendo.

“El vencejo, es una de las aves más veloces del mundo, como ya han visto, puede alcanzar una velocidad de hasta 160 kilómetros por hora y, también es una de las aves que pueden mantenerse sin comer —aunque se la pasan comiendo—, tres o más semanas.

“El vencejo es una de las pocas aves que rivaliza con los gavilanes, los halcones y las águilas, pues es capaz de alcanzar alturas de más de dos mil metros y desde allá, bajar en picada cuando tienen el antojo de un insecto y, también es capaz de evitar las tormentas; no hay otras aves capaces de hacer esto.

“¿Saben cómo construye el vencejo el nido para sus crías? ¿No? Utiliza todo lo que arrastre el aire, plumas, semillas, ramitas secas y hasta su propia saliva, nunca baja al suelo, como les he dicho; sabe que, si baja y no hay nadie que lo pueda ayudar, se va a morir; diría yo que los vencejos, se mueren en el aire sin que nadie se entere. Más que pajaritos, son como bolitas de aire fresco, de aire de la noche” —nos decía don Balta, antes de quedarse dormido.

La historia de los vencejos quedó inconclusa; sin embargo, lo que conocimos de estas avecitas de pies frágiles es absolutamente maravilloso. Sé que hay más, muchas más cosas que tenemos que saber de estas aves, parecidas a las golondrinas y a los colibríes y que viven en este lugar maravilloso: el Sótano de las Golondrinas en la huasteca potosina, a donde tenemos que volver como los vencejos, muchas, muchas veces, hasta que podamos descender a rapel a esa enorme cámara abismal, donde nos esperan todavía miles de historias y no pocas aventuras. Quizá, con suerte, se encuentren con don Balta.

El columpio solitario

Abandonado en un descuidado parque, en las inmediaciones del asfalto de un camino olvidado, cerca de una arboleda silvestre, yacía un columpio solitario. Vivía, sostenido, aferrado a la esperanza de volver a ver la cara alegre de un niño inquieto, rebosante de felicidad; pero vivía con la conciencia de saberse imposibilitado para moverse e ir a reclamar las causas de su abandono, a no sé quién. Hacía ya seis meses que no pasaba un alma por aquella fría carretera, aunque algunas veces se escuchaba el ruido de algún auto a muchos kilómetros de distancia, en la lejanía. Un auto que nunca llegaba a la vera del abandonado parque. Melancólico, el columpio pedía a Dios, por un niño más, un último niño a quien divertir, para así poder marcharse de este mundo, feliz.

Un día pasó algo sin antecedentes: Una familia, que llevaba tres días de viaje, pasó por aquel triste sendero. Él se alertó y por más que gritaba y se movía impulsado por el viento, pero la familia no lo escuchó. El pobre columpio, inconsolable estaba, de pensar que el estar solo sería su destino por el resto de sus días; y, este presentimiento lo hacía llorar lágrimas de óxido que iban recorriendo sus cadenas. Se puso triste, pero pensó que esa familia debería de regresar y, entonces, él gritaría más y más fuerte, para que lo escucharan; pero la familia nunca regresó.

Mil noches y mil días pasaron. Había llovido, nevado, helado y el columpio seguía firme, siempre ahí. Firme a sus convicciones.

Lo único que lo mecía era la mano del aire dejando oír el nostálgico rechinado de sus estructuras; pero, también lo sostenía la esperanza de abrazar a un niño con sus largas cadenas de fierro oxidadas. Al transcurrir de unos meses otra familia pasó frente al columpio; él columpio divisó a un pequeño niño, sentado en la parte de atrás y su corazón comenzó a latir fuertemente. En eso ocurrió algo inesperado: Un neumático se tronó por un clavo que había en el olvidado camino, razón por la cual se detuvieron a cambiarlo.

Mientras tanto, aquel niño se dedicó a explorar la zona, cual extravagante y valiente excursionista y, al encontrar el columpio ¡la que se armó! El niño se columpió una y otra vez, escaló los polvorientos tubos de su estructura y los utilizó como si fuera una poderosa nave espacial que viajaba a gran velocidad por el espacio para defender al mundo de una catástrofe inminente.

Una nave veloz y poderosa, equipada con tecnologías de punta; y, él, el piloto valiente y solitario, llevando a cabo una secreta e importante misión. Pasado un tiempo, tuvo que subir otra vez a su coche para continuar el viaje con la familia. Y aquel columpio se quedó sin su compañero... Lo vio partir, suspirando, con lágrimas resbalando en sus mejillas. Lo vio partir asomado al medallón del auto familiar, hasta que este se volvió un puntito en el delgado horizonte gris de la carretera... Pero ya había cumplido con su misión.

Estaba entonces al máximo de su resistencia y, al no soportar las mordeduras del óxido, el polvo y la humedad ambiente, se desplomó. Se desplomó, consumido por el tiempo pero, sobre todo, por la prolongada e hiriente soledad. Se desplomó hasta el suelo cayendo estrepitosamente, esparciéndose en pedazos que, paradójicamente, le permitieron liberarse de los restos de una vida solitaria y triste. Murió sin tristeza, con una enorme sonrisa. Con la conciencia de haber cumplido con la misión

de dar alegría a los niños. Gracias a ese pequeño e imaginativo niño, sus últimos momentos los vivió feliz. Comprendió que era duro caer; pero, en esta ocasión, su perseverancia, su fe y su optimismo fueron, sin duda las sólidas bases de... ¡Su victoria!

El huerto mágico

Cuando era niña, mi papá tuvo la idea de poner un “huerto en el jardín de la casa.” Comenzamos a sembrar elotes, zanahorias, calabazas, aguacates, rábanos, lechugas, duraznos, manzanas, moras y fresas. Todos los días, salíamos a regar aquellos sembradíos, en los mismos que, una mañana de verano, y sin saber cómo, mi mamá descubrió una cosecha especial. Había desenterrado unas zanahorias ¡enormes... gigantes! Días después sucedió lo mismo con las calabazas, los elotes, los duraznos. Este resurgimiento de la tierra nos elevaba el espíritu. Era, sin duda, morada de Dioses. Simplemente era maravilloso, porque con aquella cosecha mágica llegaron también todo tipo de insectos.

Recuerdo unas mariposas blancas del tamaño de mi mano, las catarinas de todos colores; en especial, había unas color púrpura que me encantaban. Había libélulas hermosísimas, color verde tornasol, ¡y qué decir de las abejas! Aquel huerto era, en verdad, algo maravilloso. No sé si porque todos lo regamos con mucho amor o porque Dios quiso darle un poquito de matiz a nuestras vidas, sorprendiéndonos con algo fuera de serie, porque la naturaleza es sabia y el hombre, por mucho que lo intente no podrá jamás superarla.

Entonces yo sí creo que toda aquella cosecha era un regalo del cielo. Y el regalo venía desde que Dios nos había concebido

una familia feliz. En aquellos años de los ochentas, cuando la vida nos sonreía y cantaba, cuando no había más preocupaciones que ir a la escuela y vivíamos en armonía, en paz, y que los niños salíamos a ese jardín a jugar; cuando no existían las computadoras, ni los celulares, ni las consolas de juegos... salíamos a mojarnos, a perseguirnos; y, seguramente la tierra percibía toda aquella alegría, que la fertilizaba y la hacía fecunda y bella.

La motivación de mi familia en aquel huerto tenía más poder que ni todos los fertilizantes del mundo. Hay quien dice que a los arboles y a las flores hay que cantarles para que crezcan, y quiero que sepan que esa teoría yo la comprobé en aquel huerto mágico que inundábamos con música y con cantos. Cada tarde mi mamá salía al jardín y llenaba canastas de duraznos y manzanas. Convertía esas frutas deliciosas en pays, mismos que nos daba de merendar en compañía de un refrescante vaso de leche fresca; allá en esos tiempos en que nadie, padecía la intolerancia a la lactosa. Hoy añoro tanto aquella época, la que llevo guardada con un gran suspiro aquí, sí, aquí dentro de mi pecho, y en ese cofrecito que es el corazón; cuando veía mi vida simple reflejada en un charquito de agua; añoro volver a aquella libertad perdida y que nos entregaba, generosa, un mismo cielo para todos.

La tierra fértil y las cosechas mágicas sólo nacen en las almas grandes y a la vez sencillas, aquellas, aquellas que tienen sólo los niños, porque son ellos los dueños de las esperanzas y de las promesas, los dueños del futuro. Hoy, el huerto mágico ha muerto, mi padre ha muerto y sólo me queda la cosecha del recuerdo dando vueltas en mi mente junto con las risas de mis hermanos y el sabor de esos pays recién horneaditos por mi mamá, el recuerdo de aquella vida maravillosa y sencilla que me hace suspirar y darle gracias a Dios por haberme permitido ser una niña feliz... una niña con una enorme sonrisa y una mirada ingenua, tan brillante como las estrellas.

El pan de canela

En cierta panadería, llamada “La concha” todas las tardes don Juvencio sacaba una poderosa, deliciosa y exquisita dotación de pan dulce, desde las conchas, los chamucos, las donas, las campechanas, los cuernitos, los churros, las trenzas, el polvorón, los libros, las semas, las hojaldras, los bísquets, todos, todos, deliciosos. Pero había un pan en especial, que era único... el pan de canela. Elaborado con tres leches, pasitas, nueces y enrollado en exquisito caramelo de canela. Este pan, sin duda, era el que primero se acababa en la panadería “La concha”.

Cerca de las 6:00 de la tarde la gente comenzaba a llegar a la panadería para comprar el pan de canela, seguido por las conchas y los cuernitos. Ciertamente el pan de canela era una delicia, un lujo para el paladar y, lo mejor, estaba en el gusto de la mayoría de los clientes de don Juvencio. Ah, pero una de esas tardes en que don Juvencio elaboraba su dotación de pan, el de canela se paró frente a todos y les dijo orgulloso: –“Queridos panes, como ya sabrán, yo soy el favorito de la gente, todos me compran y soy el primero que me acabo, por lo tanto desde hoy, soy diferente a ustedes y tienen que guardar su distancia conmigo”. Se había vuelto presumido y engreído, ¿si saben, no? como muchas personas que llegan a destacar en algo y ya con eso se sienten elegidos por Dios. Su vanidad, lo había vuelto ignorante, ¡tan ignorante! que no se percató de que todos los panes eran únicos y especiales.

Nadie entre los panes le respondió, sólo se alejaron de él y le dejaron de hablar. Pasaron los días y, un verano, sin saber por qué, la panadería “La concha”, poco a poco fue vendiendo menos pan, casi hasta llegar a la ruina. Don Juvencio comenzó a bajar los precios de sus panes y, por consiguiente, los costos de producción, reduciendo la materia prima y bajando de manera importante la calidad de sus productos. Así hizo churros con menos azúcar, donas sin tanto chocolate... ups, y pan de canela sin pasas y sin nuez y, desde luego, con menos canela, ya que el precio de esta se había, además, incrementado sustantivamente en el mercado.

Esto era una reverenda burla y una auténtica desgracia para aquel pan fanfarrón que se sentía lo máximo. La gente lo notó y llegó el momento en que, una tarde, el pan de canela ya no se vendió más. Bueno ese día hasta los bísquets, que siempre se quedaban, se habían vendido. A la mañana siguiente todo el pan encontró al de canela, frío y duro. —¿Pues qué pasó, no que muy fregón? ¿Pasaste toda la noche solo en las charolas? ¿Qué pasará si ya no te vendes más? Todo tipo de preguntas y comentarios del resto de los panes se dejaban oír.

Don Juvencio también había observado el fenómeno, incluso, al reducir los ingredientes, sintió que su pan estrella, el de canela, tendría que desaparecer, pues la relación costo de producción-precio de venta, estaba en números rojos. Sin embargo, el panadero sintió que debía conservar al pan de canela; más cuando, en otros tiempos, mejores que este, le había dado a ganar, pero sobre todo, le había dado tantas satisfacciones, pues el pan era constantemente elogiado por sus clientes. Desde luego, el pan de canela, incluso por encima de los churros, era el favorito de los niños.

El pan de canela tuvo que pedir una disculpa a todos sus hermanos panes por su actitud soberbia. Tuvo que dejar su orgu-

llo, porque si no el mismo acabaría en el desprecio, solo y sin amigos. Así es, mis queridos lectores, hay que dejar la vanidad a quien no tiene otra cosa que exhibir. Hacer menos a la gente no tan afortunada, no lleva a la perfección, sólo te hace quedar como un verdadero bobo reflejando ignorancia e insatisfacción propia. Por eso, amigo lector, amiga lectora, me atrevo a pedirte, dulce y respetuosamente, que no te comportes nunca, como aquel engreído pan de canela.

Ranas y sapos

La casa de la señora Cataño, siempre me había llamado la atención. Estaba sobre la avenida Juárez, en la ciudad de Guanajuato. Era una casa muy linda, en estilo francés, de fachada verde olivo y el remate de las paredes en detalles de cantera con grecas, ciertamente hermosas.

La casa estaba en una esquina, y se dejaba ver poco la entrada, porque la cercaba un jardín espléndido, tal vez, el más cuidado que mis ojos hayan visto. La señora Cataño era una señora muy alta y extremadamente delgada, habrá llegado, si mi cálculo no me fallaba, al metro con 75 centímetros. Su cabellera era plateada; tan brillante que siempre me pregunté si usaba peluca, porque jamás cambiaba de peinado. Ella, la señora Cataño, se dedicaba a hacer pasteles y, también, eran los más ricos que mi paladar haya saboreado, tal vez por eso la recuerdo tanto.

Los pasteles habría siempre que pasar a recogerlos a su casa. No sé por qué ella jamás salía a la calle. Alguien decía, no recuerdo quien, que no estaba bien de la cabeza, otros decían que vivía sumida en una depresión, tras la muerte de sus hijos en un accidente de tránsito. Algunos otros, los de lengua más malvada, viperina, venenosa, hasta llegaban, osaban, se atrevían a decir que ella, era una bruja. Lo que sí era verdad, era que la señora Cataño era muy extraña en su trato, muy hosca y siempre ensimismada. Pocas veces te entregaba ella personalmente los

pasteles, casi siempre era su mayordomo quien, atento y educadamente, salía a entregarlos y a los pocos segundos te cerraba la puerta en las narices, oyéndose el manajo de llaves por detrás de la puerta, con el que cerraba la chapa.

Ese día mamá había mandado a hacerle el pastel para mi primera comunión, era de almendras y lucía hermoso. Después de la ceremonia y ya en la fiesta, que fue en el jardín de mi casa, nos reunimos para partir el pastel. Mi mamá sirvió tremendas rebanadotas en cada plato de cada chiquillo, mismas que todos, todos, devoraron, todos menos yo que me dediqué a observarlos; ya saben, por aquella costumbre que tengo de observarlo todo. ¡De pronto algo empezó a suceder! Todas las niñas se fueron convirtiendo en ranas y todos los niños en sapos, aquellos anfibios ojones y asquerosos brincaban por mi vestido y me veían con aquellos ojotes saltones.

Recuerdo que mi mamá se reía de lo lindo, a carcajadas, y solo decía, gritaba: –¡Lo dicho, la Señora Cataño es una bruja! Mis ranas y mis sapos, bueno mejor dicho, mis amigos pronto se dispersaron por el jardín – ¡No se vayan, quédense a mi fiesta! Les gritaba yo con tanta angustia, con tanta desesperación. En ese momento, mi mamá recibió una llamada telefónica. Era ella, la señora Cataño, pidiendo una disculpa porque se había equivocado de hechizo, que diga de pastel.

Y que lo que teníamos que hacer para romper el hechizo era que, todas la ranas besaran a los sapos... ¿Qué qué? ¡Vaya cosa! Mi mamá, que se desternillaba de risa, explotó aún más y sus carcajadas –que ya eran histéricas–, estallaron en el cielo como fuegos de artificio. Las mamás de mis amigos ranas y sapos, corrían desesperadas tras los batracios que creían que eran sus hijos.

Algunos sapos con anteojos eran llamados por sus mamás; había una ranita, incluso, con los labios pintados, y otra, jejeje,

que habría perdido sus lentes de contacto. ¡De la que me salvé! ¿No? Bueno, en el fondo, la solución dictada por la señora Cataño para romper el hechizo la creía genial, sí ¡Genial! Así que comencé a llorar, preguntándome ¿Quién de las amigas sería tan afortunada de recibir en sus labios un beso de Jaimito, el niño que tanto me gustaba? ¡Qué rabia! ¿Cómo no echarme a llorar? Y mamá, risa y risa. Veía cómo la risa le movía la panza, pero también cómo surcaban sus mejillas gruesas lágrimas, lágrimas de histeria, de desesperación.

Sólo estábamos ella, las mamás de los amigos invitados y yo. ¿Qué podía hacer? Y, las mamás de los amigos... estaban peor, correteando a sus saltarinas y croacantes criaturas... Ni qué remedio; me tocaba a mí poner orden, llamar a los amigos, formarlos en dos filas y dirigir el beso que tendrían que darse para romper el hechizo... Mmm, alguna, y desde luego también Jaimito, se quedarían hasta el fin de su vida convertidos en batracios... En eso, mamá me sacudió fuertemente, y con una voz alegre me urgió:

—¡Levántate floja que ya vamos por el pastel!

La cucaracha con buena racha

Cukis era una cucaracha que nació en el jardín de una casa. Desde que nació, se caracterizó por su inteligencia, y sobre todo porque de los 150 compañeros, ella era la única que soñaba en ser libre y conocer nuevos horizontes.

Y uno pensaría que Dios no se fijaría en un ser tan discriminado e insignificante como una cucaracha, pero a Cukis le había dado esa virtud.

Su andar era pautado, lento, arrastraba sus patas, se consideraba una cucaracha plena y feliz que no corría con prisas.

Un día Cukis abandono el hogar... se fue caminando y caminando hasta que llegó a la terraza da la casa.

Ahí estaba la hija mayor de la familia con sus amigos, “en el tradicional jueves de Pokar”.

Se metió entre un huequito de la pared y los observo por un rato, alerta, moviendo sus antenas con sus ojos muy abiertos... La hija y los amigos fumaban, entonces la cucaracha pensó:

-“que raro, ellos mismos se fumigan” y no entendía el porqué, le llego el humo del cigarro y empezó a toser, casi se ahoga

entre nube y nube de humo, pero alcanzo a ver que al refresco le servían “alcohol” y que poco a poco, todos iban perdiendo la cordura, hasta decirse groserías entre ellos... no pudo seguir escuchando, mejor busco un huequito de la puerta de la cocina y como pudo se filtro....

Ahí estaba la mamá, con la vecina, platicando de una tercera vecina, Cukis, se metió detrás de la basura para que no la vieran y poder escuchar... ¿a quién criticaban tanto? ¿Quién era una pobre engréida muerta de hambre?

Como no entendió, camino hacia el cuarto de tele de la casa, en donde estaba el papá en short tomando cerveza, “viendo el fut bol” mucho rato, ni se movía, ni se inmutaba por la presencia de ella, solo le gritaba como un loco a la pantalla. Cukis se acordó que un día su mamá le dijo que el mejor legado de un padre a sus hijos es un poco de su tiempo cada día, y al parecer este señor no lo aplicaba.

Cukis paso a ser ignorada por completo... sentida, se subió las escaleras... en el reflejo del vidrio se observo, no era tan fea como la sabían los humanos, tenía un color cobre hermoso, unas patas fuertes, unas alas bien contorneadas e inteligencia, lo que tal vez esa familia no tenia.

Se metió a la recámara del hijo de en medio, quien jugaba turista con un amigo, y a quien le hacía trampa todo el tiempo, Cukis lo cacho “robando el dinero del banco varias veces.”

Estaba impresionada, a las personas les “escandalizaba” la presencia de las cucarachas, hacían un “pancho” cuando las veían, no las bajaban de horribles, asquerosas, buenas para nada y sucias” pero ¿que había de lo horrible cuando los adolescentes se intoxicaban con cigarro? ¿Que había de lo asqueroso del lenguaje de la mamá, criticando a las personas? ¿Qué había del bue-

no para nada del papá peleándose, despotricando y gritándole la tele? ¿Que había de lo sucio de el otro hijo robando el dinero?...

Cukis se sentó a llorar en un peldaño de la escalera, hubiera preferido ser aplastada antes de darse cuenta de la vida del hombre, pero era demasiado inteligente para pensar en eso y decidió volver a casa.

Iba en camino cuando el hijo pequeño la descubrió...

-¡“Es mi fin, pensó... este niño será tan cruel que me va a aplastar”!

Y solo cerró sus ojitos para esperar el aplastón, cuando escucho una vocecita que le decía:

-¿”Tú también estas solita”? ¿”Tu familia tampoco te hace caso”?

Pero el caso de Cukis era todo lo contrario, ella venia de una familia numerosa, amorosa, en donde siempre andaban todos juntos de la pata, y en donde los papás convivían con todos los hijos y platicaban y jugaban todo el día compartiendo la comida que conseguían.

La cucaracha pasó saliva, su corazón se hizo chiquito y con sus antenas abrazó un dedo del niño, quien lo acariciaba, bueno al menos no todos los humanos eran malos, pensó.

El niño la tomo con un palito y la iba a sacar al jardín, cuando se tropezó con su hermana y sus amigas y al verla, gritaron tan “histéricas” que Cukis comenzó a llorar, no era posible que ella despertara tanto asco, cuando mas asqueada estaba ella de la vida del hombre.

El pequeño la dejo a salvo en una piedra del jardín, Cukis corrió a su casa, en donde sus papas y sus hermanos ya andaban

buscándola, en cuanto la vieron, todos la abrazaron, le manifestaron su amor y ella se dio cuenta de que adoraba a su familia, y que aunque fueran cucarachas eran fieles, leales, compartidas, amorosas y comprometidas.

La unión de la familia no se mide por el número de miembros, o por la especie sino por la unión que hay en ellos pues la familia es una joya única e invaluable, no la dejes sólo por no tener brillo.

El hombre le da la vuelta al mundo para buscar lo que le hace falta... pero finalmente regresa a casa y es ahí donde lo encuentra... Como yo que salí a buscar aventura abandonando mi casa, pero no me gusto lo que descubrí, y regrese a mi nido con mis papas y mis hermanos, quise ser la heroína de un instante, pero me di cuenta de que para serlo, no me bastara toda la vida para intentarlo pues hay mucho que hacer allá afuera... Y desde el punto de vista de una simple cucaracha hoy se que: vivir no es solo existir, hay que gozar, crear, sufrir, soñar, intentar, realizar, descansar y vivir hasta el límite, antes de morir aplastado o fumigado por el mundo...

Mundos paralelos

Escuché a mi hermana discutir fuertemente con mis papás, porque quería ir el fin de semana a unos quince años “*al antro*”, que además del permiso, implicaba ropa nueva y el carro. Mi papá le respondió con un típico ¿Otra vez? Por lo que mi hermana terminó por echar chispas de coraje por la nariz... si bien no las vi, las sentí.

Ella tomó las llaves del auto de papá, como diciéndole “haber quítamelo” y me dijo: “Acompáñame Elena” papá me hizo una señal con su cabeza de que fuera con Nina (así le decíamos a mi hermana mayor) Nina no era mala. Era sólo un poco rebelde, muy influenciada por sus amistades y, por supuesto, por la adolescencia. Subimos al carro de papá, era un *Grand Marquis* negro, y su adoración. Lo cuidaba con toda su alma. Nina arrancó, hasta eso muy despacito y cuidadosa, y fuimos a dar la vuelta. Seguro que era para desestresarse; O, para buscar a Mikel: el amor de su vida, quién siempre estaba parado en la heladería, con todos sus amigos.

Y que si se lo encontraba, ya valía gorro yo porque me dejaba por horas esperándola. Pero no, Nina no encontró a Mikel, así que sólo nos limitamos a dar unas vueltas por el boulevard principal de la ciudad. Cuando veníamos de regreso, ya directo a casa, observé tres puntos en el cielo, en forma de triangulo equilátero “Nina, mira arriba” le dije asustada. Nina sacó un

poco su cabeza y los vio... “Quizás sean aviones de la fuerza aérea”, dijo tratando de sacar un poco más la cabeza para observarlos otra vez, pero nos percatamos de que avanzaban junto con nosotras.

Venían muy cerquita, casi encima del carro de papá. Sólo veíamos tres enormes luces, color magenta, Nina se paró en una de las callecitas antes de llegar a casa, y nos dimos cuenta de que las luces se pararon encima de nosotras. “¡Tengo miedo!” dijo ella, ¿Nina tenía miedo? Eso no era bueno para mí, ¡Nina nunca tiene miedo! ¡Oh cielos! Apagamos el motor del *Grand Marqués*, nos encerramos por dentro y nos hicimos las dos para en medio del asiento, para que la cosa esa que venía encima de nosotras, no nos viera, y nos abrazamos.

De pronto, sentimos que los rayos magenta traspasaron el capote del carro de mi papá y nos iluminaron las caras, con una fuerte luz cegadora que no podíamos ni abrir los ojos. Mismas que nos jalaban hacia arriba, como en un tobogán ascendente y nos metieron a ese artefacto triangular. El carro quedó literalmente abandonado, cerca de casa, con las llaves pegadas y las puertas cerradas con el seguro. Arriba Nina y yo no nos soltábamos de la mano, observábamos aquel lugar, era un espacio sin forma, lleno de máquinas, como las que usan las estéticas para secar el cabello, de esas que te sientan en una silla y te meten la cabeza a calentar, cuando te hacen tintes. Sólo había una ventanita chiquita.

Las paredes eran de color blanco y hacía frío, mucho frío... caminamos un poco, pero algo muy extraño o más bien, alguien muy extraño nos sorprendió. Era una mujer con cara de perrita, no no no, ¡Qué digo! Era una perrita con cara de mujer, con cuerpo de perro, no perdón cuerpo de mujer muy peludo ¡O ya ni sé! La que llegaba y nos empezó a hablar, no más bien, nos empezó a ladrar... “¡Guaf, guaf guaaaaafffff!” Nos “decía”.

Nina y yo soltamos la carcajada, pero la risa no duró mucho porque salió un perro muy grande, enorme... gigante que nos agarró y nos subió a una mesa de acero frío. Comenzaron a revisarnos la nariz, los pies, el pelo, la piel, y nos pusieron varias inyecciones ¿O eran vacunas?... Entonces, comenzamos a llorar ¡Vaya, no se trata de una broma de mi papá, como pensamos al principio”, Nina se hizo bolita, por el miedo o por el frío; y yo les pedía a esas criaturas peludas: “Regrésanos a nuestro carro.

Nuestros papás están preocupados” pero solo escuchábamos “¡Guaf, guaf, guaffff!”. Por la ventanita vi a lo lejos el planeta Tierra ¡Otra vez! Le dije a Nina que veníamos de regreso, y nos dio mucho gusto. Ciertamente era idéntico a nuestro planeta tierra, pero ¿Qué creen? Que no era... ¡No era! ¡Era un mundo paralelo! Idéntico al de nosotros, pero en lugar de humanos, los habitantes ¡Eran perros! ¡Eran perros los que reinaban! Sí, perros, así como lo oyen.

Nos bajaron en una casa idéntica a la nuestra, como en la que vivíamos con nuestros papás, en la otra tierra, respirábamos oxígeno y todo igual: Había máquinas expendedoras de cosas; había bancos, había colegios, hospitales, supermercados, calles, autos, banquetas, pero todo con perros. Nuestra casa, era como estar en ella, en seguida salió un niño, niño-perro, como un Golden Retriever que se me imaginó igualito a mi hermano Diego.

La señora “cara de perrita” sí, la que había viajado con nosotras, nos dio un beso sobando nuestras cabezas y nos puso unas correas en el cuello, medio ahorcándonos. A Nina una roja; y, a mí una azul. Nos ataron al barandal de la escalera y nos entregaron a ese Golden Retriever. En seguida salió papá-perro, un Golden enorme, con un pastel que era como una croqueta gigante. ¡Y el olor, wacala! Y, varios regalos más ¿Qué? ¡Sí! Éra-

mos uno de los regalos... salieron muchos perros de diferentes razas. Pienso yo que los que estaban en la fiesta y todos nos sobaban. Unos nos jalaban las manos, otros nos jalaban los pies, otros nos veían las pompis, nos daban de comer cochinas. No pude evitar el pánico.

Tenía muchas ganas de ir al baño pero con tantas cosquillas que me hacían los perros, ¿Qué creen? Que me hice pipí. Ahí, al borde de la escalera. ¿Qué? ¡Somos las mascotas de nuestra propia casa, pero en otro mundo! Nina, al ver mi pipí y con el olor del pastel de croqueta ¡Se vomitó! En seguida mamá-perra, nos sacó al jardín, casi nos agarra de la piel de la espalda, ¡Auch, como duele! Y, sin piedad nos dejaron afuera. Nosotras gritábamos desde la ventana de la cocina: “¡Hey, ábrannos, mátanos... hace frio, está lloviendo!” Pero sólo el niño-perro, abrió poquito la puerta, poniendo una pata para que no nos metiéramos y nos aventaba pedazos de comida fría de su refrigerador.

El jardín era igualito al nuestro. ¡Más bien, era ese! Y yo, que les temo tanto a las arañas, ahora tenía que convivir con ellas, y con todo tipo de bicho rastro. Papá-perro, que también se me hizo muy familiar, salió y nos puso una tina de agua de la llave. Nos observó a Nina y a mí. Nos veía directamente a los ojos mientras movía la cola. Nos levantaba su pata y nos decía “¡Guaf!” creo que nos daba la orden de: “¡Sentadas!” Nina y yo nos sentamos, el papá-perro nos aplaudió y mandó llamar a toda la familia y a los que quedaban de la fiesta y, después, ya éramos el centro de atención: Ellos decían “¡Guaf!” y levantaban la pata y Nina y yo nos sentábamos.

Después de un rato, como a Nina le cayeron gordos, agarró la tina de agua y se las vació en la cabeza, motivo por el cual papá-perro le dio de periodicazos en la nariz. Nos ataron y nos dejaron afuera toda la noche, muriéndonos de angustia. A la mañana siguiente, ya nos andaba de hacer nuestras necesida-

des... mamá-perra, nos desató y nos iba a sacar a la banqueta, a que hiciéramos “allá afuera”... popó y pipí ¿Qué? ¡Esperen! No pensarán que... y recordé mi pipí de la escalera y, ahí mero me hice otra vez... mamá-perra me agarró a periodicazos y me hizo oler todo. Que sensación tan desagradable... Realmente nos deprimimos Nina y yo. Y más cuando, en un bote de plástico, nos dieron nuestra comida: Arroz y frijoles fríos, remojados en agua.

En ese momento un milagro ocurrió... Nina recordó que traía su celular escondido en la bolsa del pantalón y, sin que la familia perro nos viera, nos metimos a la casita de plástico, que era para nosotros (que por cierto ahí adentro encontré uno de mis tenis del colegio que traía perdidos y el balón de futbol de de Diego) y marcamos a la casa... Nos contesto Diego, –“Diego, pásanos a Ruperto” Ruperto era nuestro perro, pero Diego sólo preguntaba y preguntaba cosas como ¿En donde están? ¿Por qué se fueron? ¿Y el carro de papá? ¿En dónde durmieron? ¿Están bien...? ¡Qué desesperante! –“¡¡¡Por favor, Diego, pásanos a Ruperto!!!” Cuando oímos el respirar de nuestro perro en la bocina, le platicamos todo lo que había sucedido.

Sólo el podría abogar por nosotras en este mundo paralelamente perruno. Y yo creo que así sucedió, porque Nina y yo, después de hablar con Ruperto, nos quedamos profundamente dormidas dentro de la casita y, cuando despertamos, nos encontramos nuevamente adentro del auto de papá, abrazadas y aún con las correas puestas. Nina y yo lloramos de felicidad, y encendimos el auto para volver a casa.

Cuando llegamos, vimos a nuestra familia hermosa, Nina abrazó a papá y a mamá, y ambas, abrazamos a Diego. ¿Y Ruperto? ¿Por qué no salía para recibirnos como solía hacerlo? ¿En donde está? Mamá se puso muy triste y nos dijo: –“Desde anoche Ruperto desapareció, no sabemos si se salió de casa o se lo robaron”.

Era simple... Ruperto se había ido en lugar de nosotras. ¡Sólo un perro responde con esa lealtad hacia su dueño... *¡Lección uno aprendida!* Bien dicen que los animalitos dan hasta su vida por nosotros, los humanos. Eso no era justo... Aunque pensándolo bien, creo que Ruperto también regresó a su casa. Pues quise entenderlo así, para no sufrir y no extrañarlo... Salí al jardín y me metí a su casita para darle el último adiós y me di cuenta de que mi tenis y el balón no estaban. ¡Se los llevó en recuerdo de nosotros! ... Sin más comentarios ¡Qué lección aprendida!

Por cierto que Nina... *—¡Lección dos aprendida!* — ya no quiso ir a esos quince años. Prefirió quedarse en casa, viendo películas en familia; ella desde ese día valoró mucho a nuestros papás, pues temía, perderlos una segunda vez... y ella y yo, jamás platicamos nada de lo que nos sucedió. Y, hay una *¡tercera lección aprendida!*... ¡no trates a los animales como no quieras que te traten!

Sabio corazón

Arkantus el jefe de cupidos era el encargado de poner el corazón a las almas que iban a ir a la tierra. Un día llegó Dios con una alma mujer y le dijo: -“Esta alma mujer es especial, escógele el mejor corazón que tengas en bodega”.

Arkantus obedeció, se metió a la bodega de corazones, prendió las luces... ¡Había, corazones de todos tipos! Desde los de papel, hasta los de diamante molido, los de cristal, de piedra, de goma, de dulce, de liga, los desechables, de esponja, de madera, corazones sensibles, corazones de roca, corazones fríos, calientes, chiquitos, grandes, grandísimos, con caritas, sin caritas, con manitas, sin manitas, de olor a fresa, a uva, a moras, a canela, a yerbabuena, a lavanda, a vainilla, los dulces, los saldos, los amargos, los enchilados, los agridulces, corazones rojos, azules, amarillos, verdes, blancos, negros, neón...

En fin había, ¡un abanico amplísimo de todo tipo de corazones! Los Ángeles productores de ellos se pulían mucho para crearlos pues todos eran irrepetibles e irremplazables.

Arkantus desplegó sus alas color salmón, y se miró en un espejo, quería observar como era su corazón, era rojo, grande, con olor a canela y fresas silvestres, tenía destellando rayos blancos dentro de él, que eran los que le mantenía la energía, y se dijo: ¡Ya sé, mejor mandaré a hacerle un corazón especial...!

Y se fue con los ángeles productores y les dijo: –“Tengo un pedido especial para ustedes, es un encargo de Dios”.

–“Quiero un corazón, que sea tan especial como único, tan auténtico como diferente... de color ámbar, hecho con diamante molido, con rayos ultravioleta a dentro, que lo hagan vibrar cada segundo, que huelga a menta con chocolate, que sea libre, travieso, que sea enorme, capaz de amar, de entregarse, de comprender, de sonreír, de compartir, un corazón que cuando baile, tiemble el mundo.

Los ángeles tomaron nota en un papel y en seguida lo comenzaron a diseñar, y dijeron que en tres días estarían entregándolo.

Y así fue, al cabo de tres días buscaron a Arkantus y lo entregaron montado en un cojincito guinda, dentro de una caja de cristal.

Arkantus lo sacó, lo puso contra luz y observo la originalidad del diamante molido, el corazón había quedado hermoso, tal y como lo pensó, y con un beso lo activo... estaba listo para ser injertado en el alma de la mujer...

Dios tomo a la bebé en sus brazos, soplo su pecho y sonriéndole le había puesto el corazón mas único y original del universo... el experimento comenzaba.

Nació la bebé, dentro de una familia amorosa, con valores, buena y comprensible como tenía que ser, Dios se la había elegido, era una familia especial para un corazón especial, tuvo que cuidar su entorno a la perfección.

Y esa bebé así creció, pero el tiempo paso, y ella un día se fue de casa...

Lo primero que sucedió, fue que se encontró con un alma de corazón osco, envidioso y criticón... siguió caminando

Después descubrió otra alma de corazón arrogante, triste, y apagado... siguió caminando...

Más tarde se topó con un corazón lleno de ira, obsesivo y seco...

Y así, se fue conociendo corazones de todos tipos, los pacientes pero egocéntricos, los corazones buenos amigos pero ansiosos, los optimistas pero dormilones, los solidarios pero nerviosos, los bondadoso pero vengativos...

Pero ninguno como el de ella, esto tenía que traerle mucha amargura y frustración pero en su corazón aunque fuera enorme, no le cabían esos sentimientos...

Dios se angustiaba, porque se daba cuenta que ella sufría por ellos, en especial, le afectaba mucho un tipo de corazón:

Los que le prometían no hacer daño, y eran los que más daño le hacían.

Mandó pues llamar a Arkantus, a quien le dijo que esa pobre alma, no podía andar por la vida así, que el experimento de poner un corazón tan puro y tan autentico, les había fallado. Arkantus le dijo que el corazón era irremplazable, que ya no lo podían cambiar... más sin embargo existía una manera para que no sufriera tanto.

Se fue entonces con los ángeles productores de corazones y les dijo que se inventaran un barniz impermeable, transparente, inoloro e insaboro que no afectara al gran corazón.

Días después, mientras el alma dormía, Arkantus entregó a Dios el barniz especial, y con su mano mágica ungiendo como brocha, invisible como la fuerza que ata a las estrellas, poderoso

sa como la fuerza que mueve las olas del mar... le dijo con una voz potente:

-“Que el mágico barniz te lo absorba tu corazón para que sin duda algo tuyo que está muy dentro te haga cambiar y te proteja esta noche, y todas las que vienen dándote un descanso celestial, para que el amanecer y el rocío de la mañana te despierte, con un beso lleno de bendiciones, alegría y amor...”

Y así fue... esa mañana el alma se sintió diferente, seguía siendo pura y única, pero desde ese momento los defectos de sus corazones compañeros ya no le afectaron tanto. Comprendió que un poco de indiferencia, hacia las situaciones difíciles, y los caminos sinuosos, a la larga le provocaría mas felicidad y estabilidad a su corazón, pues la audacia hace magia y la magia es probar a saltar sin mirar, es caer y volver a empezar.

La vida transcurre entre el amor y el odio, el éxito y el fracaso, la soledad y la multitud, y no solo porque alguien no te ame como tú quieres, no significa que no te amará con todo su corazón, solo cuando comprendas esto sabrás que es necesario alcanzar la sabiduría sí, pero es necesario también saberla aplicar con el tipo de corazón que te haya tocado.

Arkantus y Dios siguieron poniendo corazones buenos, pero desde ese día no olvidaron poner una buena capa de barniz impermeable a cada uno.

Super~ña por accidente

Estaba sentada en el salón de clases esperando mi turno para entrar al laboratorio de química, porque solo hay lugar para ocho personas y somos 32 en el grupo de tercero B de secundaria...

Tras esperar un rato, por fin me tocó, tome mi libretita de apuntes, y mi equipo de química, me puse la bata blanca y me dirigí al laboratorio de química... trate de sentarme enfrente del profesor Jimmy para comprender mas el ejercicio de hoy, necesito sacar un diez en esta práctica para poder salvar el semestre, ya que la química no es mi fuerte, suelo confundir las fórmulas de la tabla periódica... que jamás me he podido aprender de memoria.

Estaba en ese proceso de seguir las órdenes de un libro de química para crear un experimento de una combinación de fórmulas para crear una "Bologoma" que iba a presentar como mi proyecto para el examen final, cada quien tenía que hacer algo diferente, cuando un estornudo interrumpió mí pulso a la hora de vaciar de la pipeta el X2L a la matraz del H03, derramándose esta sobre dosis en mi uña índice de la mano izquierda, corrí entonces a enjuagarme, todo el grupo se quedó en silencio un poco ahogados por el humo amarillo y el olor a cobalto, que se esparció e invadió poco a poco el laboratorio, hasta hacerse insoportable seguir ahí, y entonces todos nos salimos tosiendo.

Acordándose de mí, en no muy agradables comentarios.

Mi experimento había sido un fracaso, y mi calificación del bimestre supongo peor aún, frustrada salí del colegio y me fui a casa.

Iba cabizbaja caminando, -Claudia Claudia pensé, ¡hasta cuando se te va a quitar lo atarantada! Y lo pero era que en el colegio de eso tenía fama, de ser la niña boba y atarantada, de quien medio mundo se burlaba, y siempre por traer la mente pensando en cosas que no existen, suelo imaginar más de lo normal, y eso no me ha traído nada bueno, en fin, sólo ausentarme de la realidad, arrastrarme a la distracción y a la desgracia como la que me acaba de pasar hoy en el cole. Cuando llegue a casa, me volví a lavar las manos, mi mano izquierda en especial, en donde se había chorreado la formula, la sentía rara toda dormida, en especial mi uña, la vi de un tono amarillento, creo que era normal, pues Jimmy, mi profe, se hubiera alarmado si me fuera a suceder algo malo. Él era el encargado del laboratorio.

A la mañana siguiente entrando al salón de clase, tarde, como siempre, por culpa de mi hermano que nunca está a tiempo, más de uno de mis compañeros se comenzó a burlar de mí... – Claudia, me decían, enséñanos tu “boligoma”; y, muchas burlas por el estilo acompañadas por los comentarios sarcásticos de todos los demás. Sin soportarlos más me salí corriendo a encerrarme en el baño, tenía que contar hasta 100 y tranquilizarme, para hacer caso omiso a las burlas de mis compañeros a las que debería de estar más que acostumbrada.

Regresé al salón de clases, entre risas y burlas, tomé mi lugar. Tenía dos opciones: Tirar la toalla y salir de ahí para siempre, ó usarla para secarme el sudor y seguir adelante e ignorar el “Bullying” de mis compañeros. Y me fui por la segunda opción, así que saqué mi libreta de dibujo para comenzar a ensayar los

trazos de un isométrico que tenía que entregar en geometría. Saqué mi botecito, donde deposito la basura de mis lápices de grafito, los que uso para mis trazos y, cuando estaba por sacar punta, me vi mi uña. La del accidente de ayer. La encontré muy crecida y amarilla... tal vez de medio centímetro, hablando de que traigo mis uñas al ras de la piel, porque el colegio no nos permite las uñas largas. Ayer me la había cortado, no era posible que me creciera 5 milímetros en una noche y, entonces con los dientes me la comí, desesperada, casi arrancándola. La dejé al ras de la yema del dedo, todo el día observé mi uña, y se quedó así, chiquita... Al menos delante de mis narices no crecía.

A la mañana siguiente, cuando iba a subirme al carro, otra vez corriendo, sin querer rasguñé a mi hermano en su brazo, quien me reclamó en seguida, creo que hasta le saque la sangre. No entendía como había pasado, ni con qué le había lastimado, hasta que voltee a ver mis dedos y mi uña... ¡Otra vez, crecida, pero ahora un centímetro!... ¡Caray, qué pasaba! Y de igual manera que el día anterior la recorté con mis dientes. En un tris, me di cuenta de que estaba más dura que ayer, mucho más y más amarilla.

Y así pasaron los días, mi uña crecía más, cuando yo la cortaba; hasta que decidí no volver a tocarla. Por supuesto, en el colegio más de uno ya se había dado cuenta de que mi uña era enorme... y también era lógico que empezaran los apodosos “La bruja” “Clauñotas” y como me dolía tanta burla, decidí que tenía que cortarla antes de entrar al salón. Ya traía en mi bolsa de la falda del uniforme un cortañas y, aunque creciera por las noches, yo a la mañana siguiente la volvería a cortar... Y cada vez, y cada día, se tornaba mas difícil pues a la uña cada que la cortaba agarraba fuerza y salía más y más dura y era muy difícil deshacerme de ella. Esta situación me estaba angustiando mucho.

Una noche acostada yo en mi cama, como a los quince días de mi accidente en el laboratorio, como suelo hacer a las 10:00 de

la noche en punto, me acomodé para dormir, y metí mis manos bajo mi almohada. Siempre he dormido en esa posición, y de pronto... ¡Madre mía! Escuché una voz, quedita que me decía: “¡Me asfixias, no me pongas así no seas cruel, déjame respirar!” Saqué mis manos, inmediatamente de debajo de la almohada, y prendí la lamparita de mi buró y no quería verlo, pero tuve que hacerlo... Lentamente llevé mi mano izquierda al frente de mi cara ¡Y estaba ahí... mi uña amarilla, de unos cinco centímetros de largo, y con una micro carita de angustia, que me decía... “¡Qué bárbara, no conforme con cortarme a diario, ahora me ahogas bajo tu almohada ¿Pues qué te crees que yo no siento?!”.

¡Ah caray! la sangre se me bajó. No le respondí nada. Pensé que mi imaginación estaba haciendo su trabajo, una vez mas, y decidí salir de mi cama e irme a la cama de Ileana, mi hermana mayor, quien apenas se estaba lavando los dientes para acostarse, y cuando lo hizo y se metió a su cama, me preguntó qué me pasaba, porque no era usual que le visitara en las noches. Saqué, lentamente, mi uñota... y se la mostré... y mi uña dijo, como angustiada: “¡Ay no, ahora tener que aguantar a la hermana también!”

Ileana se quedó pasmada, mucho rato sentada, sin decir nada... “Manas, ayúdame, por favor, mi uña cobró vida”, le dije...

Ella, en seguida, agarró su cortauñas y clic, clic, clic la cortó con todas sus fuerzas... después agarró acetona y pasó el algodón varias veces por mi uña. Finalmente, con un esmalte rojo la cubrió. Nos quedamos mucho rato esperando a ver qué pasaba, hasta que nos quedamos dormidas las dos.

A las 6:00 de la mañana desperté para meterme a bañar, no recordé la uña, y seguí mi rutina tempranera como siempre. Me puse el uniforme desayuné y me subí al carro, a las carreras;

diario hay que esperar a que Roberto, mi hermano chiquito, se termine la leche, pues es un mañoso y un chillón y siempre la quiere vomitar. Mientras Ileana y yo le pitamos desesperadas, pues... ¡Nos cierran la puerta!

En el carro, Roberto me ve con mucha insistencia, —¿Qué pasa, enano? Deja de verme, le dije, molesta... y sin más, señaló mi uña... ¡Oh oh! Estaba sin pintar, amarilla y súper enojada conmigo. No me decía nada, pero en su micro cara se lo noté. Y esta vez, yo no tenía el valor, ni de comerla, ni de cortarla. Así que me enrede un kleenex y lo amarré con una liguita del pelo, transparente y me bajé corriendo para alcanzar a entrar.

Llegando al salón me puse a pensar en qué momento me había ocurrido todo aquello, esto ya no era mala suerte, era ¡MUCHÍSIMA MALA SUERTE!

Y me entristecía estar destinada a soportar por siempre el “Bullying” de mis compañeros. Después de que la maestra pasó lista le pedí permiso para ir al baño. Nadie había visto mi uña, pues la traía envuelta. Me metí a al WC y me encerré. Me quité el kleenex y me puse frente a ella...

—¿Que es lo que quieres? —le dije, con voz recia, ya harta de esta situación. Y ella se puso a llorar y me dijo:

—¡Sólo quiero llevar una vida digna, sin acetonas, sin esmaltes y sin ser cortada, sin que me ahogues...!”

Le dije: “¡Tú eres un motivo más de que mis compañeros se burlen de mí... Y, yo no te quiero...! —le confirme cruelmente. Ella me dijo: —¡Pero tú me creaste, y yo no pedí estar aquí! Y, si confías un poquito en mí... yo te voy a ayudar.

Regresé al salón de clases con mi uña envuelta otra vez. Me senté, aguantándome el llanto de desesperación, cuando llego

la hora de química y entró Jimmy para que le mostráramos parados al frente, los resultados de los experimentos... Estaba muerta, yo no contaba con el mío. Sólo tenía puros problemas, y ¿Ahora que iba a hacer?

El profesor comenzó a llamar a uno por uno por orden alfabético, yo soy la número 17, cuando iban en el 15, mi corazón comenzó a salirse de mi pecho, y comencé a sudar frío... cuando escuché a mi uña que me decía: –Vamos bonita, muéstrame: Yo soy tu experimento. ¡Esto no se me había ocurrido...!

Cuando llegó mi turno, me paré al frente del salón de clases, con la mirada serena, en lugar de compañeros, me imagine 31 conejitos que estaban ahí, sentados y, entonces me comenzó a dar risa, y me relajé, pues me los imagine con sus orejotas y sus dientotes, asombrados por mi uña, muertos de rabia porque ellos no tienen una... ni la tendrán jamás... ¡Aja! Esto me daba ventaja sobre ellos...

–¿Dónde está su experimento Claudia?! –Me preguntó Jimmy asombrado, pues no veía nada en mí, más que una gran sonrisa

–“¡Acérquense todos, les dije... Esto les va a encantar...!”

Uno a uno comenzaron a rodarme... ahí tenía a todos mis conejitos y conejitas, como niños curiosos y asombrados quienes no han visto nada... y por primera vez en todo el año escolar, me sentí muy importante... pues yo era el centro de atención...

Despacito... descubrí mi uña... y cuando le quite el kleenex ella les dijo: “¡BUUUUU!” todos gritaron y se echaron para atrás y yo, me pude carcajear de todos... poco a poco comenzaron a acercarse ganados por la curiosidad, mi uña se había aprendido el nombre de todos, así que a cada uno les iba diciendo... Hola

Kike, El Gordo. Hola Pía, La Fea. Hola Jaime, El Bobo. Hola Mely, La Lenta...

Todos sorprendidos y muy indignados porque la uña dio el saludo de tal manera, le dijeron a mí uña: -. “¡Qué te pasa! ¿Por qué nos insultas, si no te hemos hecho nada?”

A lo que ella respondió... “¡Bingo! Dieron con el clavo... Estos son los saludos que día con día Claudia tiene que soportar de ustedes.” Y, por desgracia para ella, sin leyes para detenerlos.

Todo el salón se quedó callado, avergonzado... se sentían verdugos, los peores seres, y esta vez... tuvieron miedo de hablar...

Esto me enaltecó, la prueba y las burlas habían acabado. Me saqué diez en el experimento. Varios de mis compañeros fueron al laboratorio de química para crearse una súper uña, pero a nadie les salió la formula exacta...

Creo que el ser tan atarantada tiene sus ventajas...

Al cabo de un tiempo, sentí como mi uña, se iba a desvaneciendo, su fuerza se termino... hasta que un día desperté y ella ya no estaba, la voy a echar de menos, pues platicábamos mucho durante las noches. Y ahora por consejo de mi uña, cada que alguien me quiera molestar le voy a decir:

“Si papi y mami no te prestan atención, no te desquites con tus compañeros. Nosotros no tenemos la culpa.”

Una ciudad de marfil

Cuentan, que en algún lugar en este mundo, habitan unos pequeños ratoncitos que, no son comunes y corrientes, su pelo es color blanco azulado y sus bigotes completamente transparentes, sus ojos grandes de color avellana como canicas, y sus pequeñas orejitas, tan suaves y estilizadas, que a cualquier niño le gustaría tener uno de ellos como mascota, pero, casi nadie ha logrado verlos nunca.

La labor de estos pequeños seres es recolectar todos los dientes que a los niños se les caen, para con ellos, construir una ciudad de marfil donde habitan miles de ellos, los dientes mas blancos son los que forman los muros que dan al exterior, pero los dientes mas amarillos y cochinos son los que forman los pequeños calabozos.

A este lugar donde ellos habitan le llaman “Ratoncito” y digo que casi nadie ha logrado verlos porque un día un niño llamado Santiago si logró ver uno y aquí es donde comienza la historia...

Santiago tenía 7 años, era un pequeño muy introvertido, hablaba poco, pero tenía una cualidad muy grande, era un niño muy observador, y era muy inteligente, aunque no le gustaba demostrar su capacidad con los adultos, pues no le interesaba quedar bien con ellos, así que pasaba horas y horas encerrado en su mundo jugando con sus carritos.

Un día al pequeño se le cayó un diente, el primero, cuando era el primero diente de un niño, era muy especial, pues tenían un brillo muy singular, que los pequeños ratones adoraban y se peleaban entre ellos para ir a recogerlo. En esta ocasión le tocó al ratoncito flash ir por el diente de Santiago, ya que era el ratón más joven y entrenado de todos, pues hacía 10 segundos en ir hasta donde estaba el diente y dejar el billete de \$ 50 pesos más nuevecito que fabricaban ellos mismos en Ratoncito.

Pero Flash no imaginaba lo que se le esperaba... esa noche, Santiago se fue a dormir y dejó su diente a lado de la lamparita que dejaba prendida toda la noche, Flash ya lo estaba espiando hacia unos minutos, tenía tan solo unos segundos para cumplir con su misión... y en cuanto vio que Santiago cerró sus ojitos el diestro compañero entro como rayo, pero, ¿cuál no sería su sorpresa que cuando subió a la mesita, Santiago le dio un manotazo en la cola, atrapándolo? Santiago no esperó tener tan buen tino, ni Flashi esperó ser capturado tan rápido.

Ambos se voltearon a ver y al mismo tiempo gritaron, tan fuerte, que el papá de Santiago entró de inmediato para saber que pasaba... el niño rápidamente, lo escondió con las manitas por detrás, agarrándolo de la cola, el pequeño Flashi estaba en problemas.

Mientras tanto en “Ratóncity” una fuerte bocina dio la alerta a todos los habitantes “acaban de capturar al camarada Flash”, todos los ratoncitos dejaron de hacer sus labores para poner atención. Por lo general esto casi nunca pasaba, los ratones tenían la creencia de que los niños eran malvados, y si alguno caía en manos de un niño, pronto sería destruido por siempre, así que se dejó oír un exclamo común, un: “¡Oh nooooo!” ¡Todos lo lamentaban tanto! Algunos se pusieron sus manitas en la frente, otros rascaron su cabecita, y algunos pasaban la noticia por su móvil, a otros.

Cuando su papá descubrió que nada pasaba, lo acostó y lo cobijó, Santiago sin que lo viera, escondió a Flash, bajo su almohada, y casi lo ahogaba, al niño le urgía liberarlo pero su papá no dejaba de hablar... al fin cundo abandonó la habitación, Santiago sacó al pobre Flash todo despeinado, y le dijo: -“discúlpame compañero” el pequeño roedor, sacudiéndose su pelo le respondió -“si, si, no hay cuidado” en eso, los dos se dieron cuenta de que ambos hablaban y se voltearon a ver al mismo tiempo, pegando un grito que se escuchó hasta la casa de la esquina, nuevamente el papá de Santiago entró a ver qué diablos pasaba.

Flashi se aventó fácil otros 10 minutos debajo de la almohada mientras que Santiago inteligentemente fingía dormir para que su papá pronto se fuera.

Flashi trato de convencer al niño, -“vamos libérame, de nada te sirvo en cautiverio” pero Santiago sin contestarle nada lo seguía acariciando y lo observaba colgándolo de la cola...-“dime una cosa” ¿por qué si corres tanto estas tan panzón”? le dijo el pequeño haciéndole cosquillas al ratoncito con su dedo índice, Flashi no podía parar de reír.

Mientras tanto en Ratóncity, en la placa de los “expulsados” ya estaba la foto del pobre Flashi, por haber sido atrapado en su misión “por un niño” él ya no podía regresar a la ciudad de los ratones. Flashi, se soltó a llorar cuando le informaron sobre la noticia de su expulsión. Pero el tierno de Santiago, le dijo con su vocecita entre cortada, -“no te preocupes, mi papá me da de comer mucho queso para mi crecimiento, te prometo guardarlo para tí”- en seguida Flashi se dio cuenta de que los niños no eran malos como todos ellos creían, tenían una mala impresión, o, al menos Santiago era el niño más bueno que existía, eso, le queda claro a Flashi.

Así pasaron los días, Flashi y Santiago se habían hecho los mejores amigos, ahora el pequeño conversaba todo el día y se

mostraba accesible con sus papas, y a su vez el pequeño roedor, le enseñaba como era la vida de un ratón y pasaban horas enteras dibujando Ratóncity. A Santiago le impactaba como los ratones formaban calabozos con los dientes mas amarillos y cochinos de todos los niños del mundo, le decía Flashi -“son los dientes con mas caries, mas descuidados, llenos de salitre y podridos” y le contaba que era un lugar muy “baboso” y mal oliente, que era más digno ser expulsado que caer ahí.

Pero algo imprevisto ocurrió en Ratóncity, debido a la ausencia de Flashi, el trabajo de recoger los dientes y de entregar dinero se había retrasado, los demás ratones eran muy lentos y no lograban sacar el trabajo del día, y como recogían muchos dientes, perdían algunos en el camino, y esto no les convenía, pues era la materia prima de los ratones.

Así que después de someter al pueblo de ratones a una ardua votación, llegaron a la conclusión de que Flashi, tendría que regresar. Pero para cuando esto sucedería, Flashi y Santiago, ya eran los grandes amigos, ambos disfrutaban mucho de estar juntos, y la noticia les cayó como balde de agua fría, le notificaron a Flashi que debía de regresar a Ratóncity lo antes posible. -“llévame contigo” le dijo el pequeño, con los ojos cristalinos, Flashi lo dudó un momento, pero después pensó que era buena idea, pues si en la gran ciudad de ratones conocían a Santiago, se darían cuenta de que era un niño genial, y de que no había nada que temer, en cuanto a niños se tratara.

Y entonces, Flashi tomó de la mano a su amigo y ambos cerraron los ojos, y en un “flash” estaban cruzando el portal del tiempo y del espacio para llegar a “Ratóncity”, -“se sintió como un zumbido” dijo alegremente el pequeño bastante excitado por el viaje que acababa de experimentar. Cuando cruzaron el portón de entrada, Santiago se dio cuenta de que todo, completamente todo, estaba fabricado con mil y un dientes, de mil

y un niños, acomodados, uno grande, uno chico, uno grande, uno chico, en un orden espectacular, y se dejaba oler una menta fresca bastante agradable.

En cuanto entraron y los vieron, todos los ratones comenzaron a gritar y a correr de un lado a otro, como si el gato más voraz los tuviera en la mira, Santiago y Flashi, seguían tomados de la mano, el pequeño era cuidadoso de no aplastar a nadie... -“calma, calma” dijo el roedor con voz un poco nerviosa y con mucha temblorina en sus puntiagudos bigotes, -“les voy a demostrar que los niños son buenos, y si quieren que retome mi puesto, les pongo de condición aceptar a este pequeño que se ha convertido en mi mejor amigo” todos los habitantes de Ratóncity, poco a poco comenzaron a acercarse, Santiago, tenía los ojos como par de platos, no les hacía ni les decía nada, solo observaba... un ratón muy bonachón, se le subió a la mano, y otro empezó a tirar de la cinta de su zapato, así poco a poco, se vio rodeado de miles de ellos, Santiago perdió el miedo y empezó a jugar con todos, terminó tirado en el suelo muerto de la risa, pues entre todos le hacían cosquillas, en pocos minutos, todo Ratóncity ya era su amigo.

Pero la despedida llegó, Santiago sabía que se tenía que marchar, pero antes pudo probar a los ratones que los niños no eran como ellos pensaban, y Flashi le dio un pequeño recorrido por la gran ciudad, los calabozos de los dientes amarillos eran más asqueroso de cómo él los había imaginado, pues eran chiquititos y mal olientes, pero no los habitaba nadie, no por ahora, y la fabrica de los billetes de 50 pesos era espectacular pues se fabricaban 100 billetes en menos de 1 minuto, Santiago quiso agarrar alguno pero el encargado le dio un manotazo.

Al final, Flashi tomo de la mano al pequeño y lo regresó a su recámara, la despedida fue larga, pues ambos se prometieron muchas cosas, Flashi siempre sería el encargado de recoger los

dientes de Santiago, y Santiago, los lavaría diario para que estuvieran muy limpios, también Flashi le regaló un billete de a 50 pesos, pero no era un billete común y corriente, cuando Santi lo frotara, Flashi sería notificado de que el niño lo necesitaba, y correría a su lado siempre, claro, mientras Santiago siguiera siendo un niño bueno. Y Flashi a cambio, se llevó un dibujo de un corazón, que el pequeño le pintó, adentro tenía un niño y un ratón, este dibujo lo puso Flashi de bandera en el centro de RatónCity, como muestra de la sincera amistad que existía entre niños y ratones.

La cereza del pastel

Cierto día, estaban 35 cerezas guardadas en un transparente frasco de vidrio, ¡todas ellas jugosas, dulces, esplendidas! Tenían ya muchos días ahí envasados, para entonces ya se habían generado muchos pleitos entre ellas, pero también muchas ya eran las mejores amigas. Desde su proceso, ¡todas! Ya han reído, gritado y llorado juntas.

Una tarde de frío invierno llegó al supermercado una viejita que traía en la mano una lista de ingredientes para hacer un pastel. Las cerezas escucharon la voz de la viejita que iba palomeando: Harina, huevos, azúcar, mantequilla, leche...y las cerezas. Cuando escucharon su nombre, todas se emocionaron, se reían a carcajadas de gusto, unas aplaudían otras, como podían, brincaban, claro molestando a las demás. Nunca faltaba la cereza amargada que les decía: Ni se hagan ilusiones, ¿saben cuántos frascos de nosotras hay en este estante? ¡Cientos! ¡Miles, quizás! Pero como la suerte en verdad existe, el frasco de aquellas alocadas cerezas fue elegido por la ancianita.

Al llegar a casa, todas silbaban y cantaban emocionadas, veían a través del frasco como la viejita preparaba el pastel, todas soñaban con ser la elegida, la reina en ese mágico imperio de merengue. Pero todas sabían, estaban conscientes, que sólo una iba a ser elegida, una sola la que adornaría ese pastel tan bellamente elaborado por la ancianita. Sólo una la que honraría

la tarta deliciosa, la que se hundiría en tan exquisito betún, esa, esa iba a ser “la cereza del pastel” y, sin duda, la privilegiada; y, claro, la envidiada por todas. Adentro del frasco comenzó el debate: Que si me van a escoger a mí... que no... que será a la mejor... que si la ancianita recurrirá a un sorteo, o si escogerá a la más roja y jugosa, o a la más grande, o a la más lista. A decir verdad, y a ojo de buen cubero, todas parecían idénticas y todas tenían la misma oportunidad, según las leyes estadísticas.

En ese momento, como en cámara lenta ocurrió lo que ansiosas esperaban: Todas las cerezas miraron hacia arriba, con sus ojitos llenos de esperanza y, algunas con sus manitas en la boca, al oír el tronido de la tapa del frasco que, al abrirlo la viejita, dejó entrar aire, aire puro, y todas se subían unas arriba de otras gritando “escógeme a mí” “escógeme a mí”, los dedos arrugados de la viejita, abiertos en forma de tijera o de pinza, tomaron a la cereza de mero arriba y a vista de todas, así, sin pensar, sin más, sin remedio fue triturada por aquellos piquitos de dientes de la anciana.

La cerecita sacrificada iba y venía entre aquellas chimuelas con un ruido de chasquidos y rechupetes que a todas, a todas paralizó de miedo. Y del miedo pasaron al terror, al testimoniar, con impotencia, como la infortunada cereza había sido cruelmente devorada. Después, le siguió con otra y con otra y con otra, ya a las ultimas las agarraba del tallo y primero jugaba con ellas pasándolas entre su lengua para despojarlas de su jugo... Las pobres cerecitas estaban en el paroxismo del terror, de un terror cósmico, al que las había conducido su ingenuidad, su candidez... y claro, la vanidad.

Al final sólo quedaban seis en el frasco, las rojas cerezas no daban crédito a lo que acababan de ver, a ese trágico final al que irremediamente se les había conducido, desde que alguien las arrancó; luego fueron transportadas, por montones, pero

con cuidado, en carretas primero y luego en camiones y hasta en grandes furgones de tren hasta la fábrica, donde fueron seleccionadas minuciosamente, según su tamaño y su color; las que conservaban sus tallos fueron separadas de las que no lo tenían ya.

Miles de manos, en su mayoría de mujeres, las colocaban en bandas transportadoras que las llevaban de un departamento a otro, en uno de los cuales fueron desinfectadas y lavadas con chorros de agua fría; y, de ahí, a un departamento que olía delicioso, donde fueron bañadas en almíbar. Estaban tan ilusionadas, las trataban como reinas y, todas, aunque eran miles, quizás millones, se sentían así: reinas, soberanas, y ninguna era menos, ni mejor que cualquiera de las demás. Ah, cuando las llevaron a los envases, cuando taparon el frasco, sellándolo herméticamente, y las transportaron al supermercado, sintieron que estaban ya a punto de arribar a un reino nuevo, limpio, con súbditos que se afanaban recorriendo los limpios y largos pasillos con carritos llenos de mercadería.

Imaginaban un reino con supercarreteras, sin un solo bache. Ah, sí, pero sólo una de ellas sería la reina... Así soñaron, hasta que pasado un tiempo, agobiadas por la rutina, pronto comenzaron a sentir que se asfixiaban dentro de aquel frasco de salmuera. Conforme pasaban los días y las semanas y los meses, se iban haciendo viejas y más, más envidiosas, cuando veían que otras cerezas tenían más suerte que ellas... hasta que llegó esta ancianita... y ya ven, ya ven lo que está pasando.

La viejita nuevamente hizo tijera con sus dedos para sacar las últimas seis y con esas adornó, haciendo un perfecto círculo el merengoso pastel. Todas sentían un alivio muy grande, al sentir el merengue fresco y suavcito... mmm, y con aroma a limón. Empezaron entonces a sentirse alegres y a reírse de felicidad, sin duda ellas, habían corrido con suerte. Pero la suerte que no

duró mucho tiempo porque, al poco rato llegó en tropel un desordenado ejército de niños; la viejita comenzó a poner en el pastel muchas velitas y, una a una, las prendió. Las pobres cerezas pensaban que iban a morir quemadas y que tendrían como tumba una espuma de merengue con sabor a limón... pero no fue así, no acabaron chamuscadas por el fuego, sino que acabaron en diferentes bocas de chiquillos, saboreadas y disfrutadas al máximo. Y amigos, pues las cerezas, para eso son, para ser disfrutadas de miles de maneras. Sólo una cereza quedó en la charola llena de migajas, ya seca y un poco arrugada.

Nadie la quiso, y aunque por momentos fue una de las estrellas de la fiesta, acabó tristemente en un bote de basura. Curiosamente era aquella cereza refunfuñona y pesimista, la que en el fondo de su alma ambicionaba el reinado merengoso. Triste meditaba los acontecimientos vividos a lo largo de este proceso, desde que fueron arrancadas de las plantas en el campo hasta que fueron utilizadas como adornos del pastel de cumpleaños de una niña. Sí, es cierto, todas sus compañeras pecaron de ingenuas, y todas, hasta ella, olvidaron que habían sido sembradas y cosechadas para ser la delicia de la gente y, claro, de los niños.

Todas sus compañeras, las 34, a pesar de todo, habían cumplido con su destino, con su función, y habían endulzado la boca de los comensales, de los niños traviosos y festivos. Ella, que por momentos se creyó a salvo, cuando fue a dar al bote de basura, se dio cuenta de que, en realidad los niños la habían desechado, porque su espíritu estaba lleno de pesimismo y de amargura. Esta fue, la lección recibida por la cereza envidiosa, cuyo espíritu hoy respira entre la basura. Tú, no seas como ella, no dejes que tu alma se llene de amargura, vive la vida feliz, disfrútala, cumple tus metas, satisface tu destino. Claro, no eres tú una cereza del pastel, pero tampoco una cereza echada a la amargura. Eres un ser humano, tienes ante tí un destino

maravilloso. Si eres niño serás aun sencillo e ingenuo, pero irás aprendiendo, te enseñará la vida, muchas lecciones con las que madurarás, fincarás tus metas y pugnarás siempre por alcanzarlas y por superarlas, con realismo, con esfuerzo, con sencillez, con paulatina madurez y sin vanidad. Tendrás, en tu evolución, tiempo para todo, pero deberás aprovecharlo siempre con las herramientas de la sensatez y de la inteligencia. ¿Estamos de acuerdo?

Nostalgia por las ranas

Cuentan que, hace muchos, muchos años, el lago que se encuentra en el centro del bosque estaba poblado de ranas y sapos; que su croar, debido al número de batracios, era tan fuerte y llegaba tan lejos, pero tan lejos, que no sólo no dejaba dormir a los animales del bosque, mismos que fueron adquiriendo hábitos franca y enteramente nocturnos, porque los búhos y las lechuzas, así como los murciélagos, en el principio de los tiempos eran animalitos diurnos pero, por culpa de las ranitas y los sapos... Pues bien, un día. O, mejor dicho, una noche, también cansadas de tanto desvelo, las serpientes del bosque y, aún aquellas que vivían en un desierto lejano, convocaron a una reunión general, con la intención de sumar fuerzas para acabar con los ruidosos y con los desconsiderados batracios.

Los intentos de los búhos y de las lechuzas habían fracasado del todo, debido a la superioridad numérica de las ranas y los sapos. Los castores también habían realizado alguna acción, con miras a cambiar el lugar de residencia de los sapos y las ranas; las zorras probaron su arte de engañar y quisieron provocar una guerra interna entre los batracios, sin éxito. Lo mismo aconteció con los lobos y con los coyotes.

Los monos también fracasaron, aunque durante muchos años hicieron el negocio de su vida, vendiendo a los animalitos del bosque taponés para los oídos, confeccionados con hojas fres-

cas y hasta con palitos. Conforme la población de batracios creció y creció exponencialmente, los artilugios se iban volviendo insuficientes y francamente inservibles. Ahora todo estaba en las manos, mejor dicho, en las fauces venenosas de las serpientes.

Los animalitos del bosque no aprobaban la violencia pero pensaban que no había otra forma de silenciar a los batracios. Una noche, aprovechando el croar emitido a desconsiderado volumen, las serpientes rodearon el lago, se metieron al agua y nadaron hacia las ranas y los sapos, a los que fueron engullendo uno a uno, pero eran tantos ¡Tantos!, que pronto necesitaron refuerzos y llamaron a las rastreras de la sierra, de la estepa y la sabana, quienes llegaron por montones, por millones, y hambrientas.

En tres noches habían ya acabado con los ruidosos batracios. Las serpientes durmieron tres días con sus noches, ininterrumpidamente y el silencio recuperado le ofreció descanso a los animalitos del bosque, algunos de los cuales, incluso debieron dormir durante el día. La cuarta, la quinta y la sexta noche fueron noches de paz y de felicidad, pero al despuntar la mañana que antecede a la séptima noche, encontraron la desagradable sorpresa de un intenso e insoportable zumbido. Millones de moscas comenzaron a llegar al bosque de todas partes del mundo.

El zumbido que producían resultaba peor que el croar de las ranas y los sapos... Las serpientes, que ya habían digerido a los batracios, comenzaban a tener hambre y, claro, trataron de cazar moscas y, aunque atraparon algunas, se quedaban con hambre, por lo que la octava noche, comenzaron a desaparecer, extrañamente, muchos animalitos; la novena noche, el reporte de desapariciones se había multiplicado por tres, la novena por cuatro y la décima por diez y seis.

Fue cuando el búho más viejo comenzó a notar que las serpientes se paseaban gordas y satisfechas por todo el bosque, para ver que lograban cazar, por lo que se propuso vigilarlas hasta que pudo probar que ellas eran las responsables de las desapariciones misteriosas. Ahora mataban por matar, y dejaban los cuerpos despedazados de los animalitos del bosque por doquier y estos se iban llenando de moscas.

El búho convocó a reunión general: algo se tenía que hacer. Fue cuando llamaron a las águilas y a los halcones y estos llegaron desde la montaña, poco a poco, cazándolas con sus garras y picos, se fueron llevando a las serpientes a las montañas, donde las engullían. Les tomó diez noches reducir la población de ofidios. La noche veintiuno volvió el añorado silencio al bosque, pues las moscas se habían ido o se habían acabado con el picotear constante de otras aves que se animaron a trabajar al lado de sus hermanas mayores... ¡Qué descanso! La población animal del bosque estaba con seguridad, sin embargo, llevados por la nostalgia, ni esa noche ni diez noches más pudieron conciliar el sueño: Extrañaban el croar de las ranas, ya que para ellos aquellos, habían sido los mejores tiempos del bosque... pues amigos, bien cierto es el dicho aquel que dice que “¡Nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido!”

El libro *Nostalgia por las ranas* se terminó de imprimir en mayo de 2015 en los Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria Potosina, Av. Topacio esq. Blvd. Española, Fracc. Valle Dorado.
El tiraje fue de 250 ejemplares.



UASLP

Universidad Autónoma
de San Luis Potosí



ISBN: 978-607-9343-89-7



9 786079 343897